

# **El ámbito del miedo**

**Miguel Ángel Olmedo Fornas**



A nuestros enemigos,  
vencidos con inteligencia.



Hablan por ti, piensan por ti.  
Deciden por ti y tú obedeces.  
Tú cumples y sirves en el mundo cerrado.



Era la forma de ser y la manera de hablar en público y en privado de mi enemigo, el más cobarde de mis enemigos. Aunque quizá confundo lo uno con lo otro porque mi experiencia no quiere distinguir lo que se supone público de lo que se supone privado. Quiero decir que su presencia no difería de su ausencia y que me sonaba idéntico su tono de voz cuando se dirigía a nosotros o cuando, sin preocuparse de lo que pudiera llegarnos, citaba a Heda a su lado. Bastaba un leve gesto, bastaba un arquear los labios, bastaba un carraspeo. Ella prestaba su oído de pie o en cuclillas o medio sentada sobre el brazo del sillón dominando nuestra curiosidad, disimulada curiosidad, o inclinado el torso ladeando su cabeza velada por el cabello largo, suelto, adornado y lacio; y en escorzo sumiso, arrodillada con los párpados caídos y las facciones desdibujadas. Deduzco que Heda se confabulaba con su cabello para impedir que las miradas indiscretas y las miradas interrogadoras captaran todas y cada una de sus reacciones, imposibles de controlar en un espacio tan reducido y delator como el rostro humano. Heda obedecía y yo apretaba hasta dolerme los puños y las mandíbulas. En ese momento hubiera matado al causante de la humillación.

Para mí era una humillación.

Iba a matar al causante y él, sin querer morir, sin imaginar mi venganza, me ayudaría.

No tomo en consideración el sentimiento de Heda; yo creo que no podía pensar mientras él estuviera presidiendo la escena, mientras él la retenía y amordazaba con esa fuerza extraña e impúdica concedida por la pasividad destilada del miedo, de la jerarquía y del aleccionamiento. ¿O era aceptación? Una aceptación incondicional, alienante, aniquiladora. Sé que la estoy justificando, que le hago una defensa que ni a ella ni a mí nos deja bien parados. Veía a Heda suspirar quedo. No era una suposición, no la imaginaba sufriente como una virgen derrotada por el designio superior. Presentía a Heda víctima de la misma angustiada zozobra que se apoderó de mí anteriormente, cuando obligado, en solitario y ajeno al mundo de la frontera debía informar de las consecuencias directas e indirectas del misterio; una angustia que ya era dueña con diferente plasmación en cada uno de ellos.

Heda es una mujer fiel. Esa estúpida, esa perversa fidelidad la estaba consumiendo y al resto nos arrojaba al infierno.

Quería liberarla al tiempo que yo me liberaba. Liberarnos los dos a la vez era mi deseo.

Pero él era aún poderoso, el gran escollo, tan fuerte como la inercia.

Me refiero a Dimo, de él estoy hablando en una voz que puedo oír como si fuera la mía. Probablemente es mi voz pero soy incapaz de certificarlo porque aquí donde estoy nada me lo confirma ni me acerco la mano al cuello para notar si la nuez sube y baja mientras hablo. Llevo el cuello protegido. También llevo protegidas las manos. He puesto una barrera a mi piel que se adapta aunque no perfectamente a mis movimientos. Es el capote que me entregó Minos y he conservado en honor a una amistad inconcebible. Hablo de Dimo.

La voz de Dimo podía expresar sus maquinaciones más recónditas con frases cortas, con inflexiones de voz a propósito de la intriga que gustaba esparcir alrededor. Era su juego, eran sus bazas. La del juego es una de esas habilidades que o ha escapado de mí o que nunca la he tenido a mi disposición. Antes, claro.

Todo lo que cuento pertenece al pasado. Ese pasado que transcurre de hoy a un tiempo que no alcanzo a justificar en su estricto sentido. Todo lo que cuento es de mi incumbencia pese a las rémoras que se han ido formando en derredor y que amenazan con succionarme adonde me dirija.

Unas bocas tramposas que circundan la casa sin asomarse a la vista. Para verlas hay que adentrarse en los dominios del agua oscura, de superficie agitada por el viento racheado y fondo insondable, de orillas cenagosas y de un atractivo enigmático, cruelmente tentador. Hay que estar loco para llegar aquí. Había que estar desesperado. Hay que estar convencido de seguir el único camino hacia la liberación. ¿Lo digo o lo escucho? Hay que estar loco y convencido para querer llegar hasta aquí. Respiro un aire sin aire, piso un suelo inconsistente. Estoy loco y convencido. Mi locura me ha convencido. ¿Cuánto hace? Se volvían irremisiblemente locos en su encierro.

Nadie me ha obligado. Nadie. Lo he hecho porque he querido. Porque he querido. Es mi voluntad. Mi voluntad. Pero esto es sólo el principio. El principio.

Entonces (no recuerdo bien cuándo empezó todo; no soy capaz de escribir la fecha en un papel; tampoco soy capaz de decirlo; me pregunto si tiene importancia) y ahora ha sido mi voluntad quien me ha dirigido hasta aquí.

Dimo volvió a decirlo agravando su ronquera:



—Hay etapas en las que se recorre enormes distancias sin que sean registradas por aparatos de medida.

Al cabo de pronunciarse de aquella manera tan suya, solemne y sombría, desplegaba sobre nosotros un silencio meticuloso y desafiante del mismo estilo enigmático que la sentencia. Sin mirarnos. Sin apartar la mirada de lo que veía. En su tercer acto de potestad, caduca.

Como de costumbre si estaba presente, y allí su presencia era constante, Minos era el primero en reaccionar a través del gesto o de la palabra. Y casi como siempre desde que pienso intencionadamente en los episodios que protagonizamos en aquel mimético escenario vacío de casi todo, Heda atajaba el intento de exposición, puede que de controversia inmediata o de provocar en los demás opiniones que aventaran el condensado ambiente que nos dominaba. Minos se enfadaba con gesto informe y el nervio en ristre; comedida, disciplinadamente, aceptando la autoridad subsidiaria de Heda. Evitaba importunar a Dimo con peticiones inherentes a su condición de soldado. Yo también evitaba importunar a la autoridad delegada, desde mi estrategia. Todos evitábamos importunarlo con esas opiniones nuestras ceñidas a la circunstancia del momento.

La mente de Dimo frecuentaba otro nivel, por supuesto superior, accesible únicamente a la comprensión de Heda. A veces también a ella le costaba seguir el hilo de los pensamientos de Dimo. Pero Heda, imperturbable, concentrada al límite, al final daba con el sentido que Dimo quería transmitirnos. Heda era la pieza de engarce, una pieza fundamental y la máxima aspiración para mí.

Sigo creyendo que se habían apartado del mundo ignorantes de las verdaderas secuelas. Su realidad, que ya no era de mi incumbencia, provenía de una concienciación adquirida a fuerza de asentimiento. ¿Sumisión?, puede. No digo que estuvieran forzados a la obediencia ciega, ni mucho menos que fueran sirvientes de una ofuscación, quizá paranoide, compartiendo un trastorno obsesivo; aunque, una vez encaminados a ese destino, con el frío, las sombras y el miedo acompañando, provocando, honestamente tampoco podría definirlos entonces dueños de sus actos. ¿Alienación?, puede. Es lo que pasa cuando una voluntad se impone y el resto de voluntades acata. Es lo que pasa a diario en cualquier parte.

Cuatro voluntades al unísono, una dirigiendo y la mía por libre. De las cinco voluntades, excluyo la de la autoridad, insertas en aquel refugio que nos deparaba la decisión de la autoridad, la voluntad de Heda destacaba en la atención a los deseos de Dimo. Llegaba a interpretar lo que él decía y lo que no decía con la garantía de quien lee un guion previamente acordado. El sincronismo era patente: primero él, a continuación ella, posteriormente él y de nuevo ella, y así sucesivamente hasta que ambos, creo que ambos, quedaban satisfechos de sus respectivos papeles. Es una suposición por mi parte lo de que Heda seguía un guion elaborado bien por Dimo, la autoridad por delegación, o bien de común acuerdo; no digo que ella actuara siguiendo el guion de una actriz con la iniciativa cercenada. La verdad es que no sé qué decir o pensar de la invariabilidad de los roles. A mí Heda me tenía cautivado.

Me fascinaba. Me enamoré de Heda.

Estoy enamorado de Heda.

Quiero seguir enamorado de Heda.

Me convencí de hacerlo por ella, sin decirle nada. De repente, de un día para otro. Se daría cuenta después, o un poco antes de que todo acabara. Iba a demostrarle la verdad; luego que ella decidiera y sólo cabe una decisión en la disyuntiva entre la vida o la muerte. Mi esperanza era que Heda tomara partido por mí esta vez y para el futuro; un futuro reservado para los dos, porque mi egoísmo desatado no atendía a convencionalismos sociales ni prácticas de urbanidad. Sin cargo de conciencia. Dimo ha tenido su oportunidad. Roeg ha tenido su oportunidad. Lubo y Picaria tuvieron su oportunidad. Nuestra sociedad había tenido su oportunidad.

Pese a mi determinación flaqueé en un aparte provocado, cerca ya de dar el paso. Le pedí que me escuchara a solas, fuera del alcance curioso de los demás, también de Dimo o especialmente de Dimo. Ultimado el fingido acatamiento me había ganado el derecho a un aparte con ella. Debía hablarle con franqueza, sin esperar una ocasión mejor que no iba a llegar. Empezaría así, imaginaba: “Heda, estamos muriendo y yo quiero vivir. ¿Tú quieres vivir? ¿Verdad que quieres vivir? Dime, Heda, ¿a qué lo has pensado? ¿A qué lo sientes igual que yo? Aquí no está la vida por mucho que la esperes. Esto apesta a muerte.” Deseaba marcharme pero no sin convencerla de que me marchaba definitivamente en razón de mi dignidad; el plan que me traía entre manos quería alejarme de aquel escenario

desvanecido con sus personajes mustios, ridículos, desvariados, introduciendo mucha distancia entre el pasado y el futuro, con ella a la expectativa. Ella fue el motivo de salir y buscar la primera vez, estoy seguro. Ella era el motivo para esta segunda vez encontrar el paso a la leyenda. Heda debía confiar en mí. Pero me faltaba el aire, me ahogaba y mi voz, tímida o cobarde, acomplejada o aturdida, se negaba a susurrarle, y aún menos gritarle, el propósito. ¿Era por el amor que sentía? El amor provoca asfixia, lo sé. No fui capaz de ordenar mínimamente las palabras salvo para justificar mi petición de intimidad con una excusa pueril de esas que eliminan el deseo de seguir escuchando a quien le llega. Peor hubiera sido soltar un: “¡Perdona!, no quería decir eso.” Así que dejé la excusa interponiéndose en la extrañeza de Heda y mi absurda parodia. Para acabar musitando un: “Perdona.”

¿Quería o no quería atraerla a la posibilidad de sobrevivir, la última para cualquiera de nosotros?

Me cosquilleaba la garganta una pregunta que no me atrevía a formular: “Heda, dime, ¿estás enamorada de Dimo?”

Mejor empleando un tono de autoridad, de seguridad en mí mismo: “Heda, ¿te has enamorado de Dimo?”

Con un deje de sarcasmo.

Por qué precisamente de Dimo. La pregunta podía ser otra o formulada de manera que me concediera espacio y me ayudara a soportar la tensión. Podía preguntarle si estaba enamorada, simplemente si estaba enamorada. Esa era una pregunta fácil de responder y con distintas alternativas por las que adentrarse en un minuto. Con un minuto tendría suficiente para hacerme dueño de la situación.

Cuando tras darle mil vueltas a la configuración de la frase me decidía a preguntar, Heda se anticipaba retomando la iniciativa de la lasitud. De vuelta a la conformidad, a la resignación y a la maldita espera. Sé que sus ojos me hablaban, porque los ojos de Heda son de lo más expresivo, pero yo no lograba entender el significado. El amor ciega, he oído. De lo que no me cabe duda es que Heda entendía a Dimo y que Dimo cumplía estrictamente una obligación impuesta por él mismo. Heda y Dimo se complementaban. Supongo que me convertí en humo a los ojos de Heda. Herido y humillado por mis propias armas, rogándole que no volviera al lado de Dimo. Mi voz sí me jugó esa mala pasada: “Espera, quédate

conmigo.” Destrabada de sopetón mi voz se complacía en dejarme en evidencia: “Quédate conmigo.”

La cara de Heda no era de burla. La cara de Heda reflejaba una profunda fatiga y algunas dudas irreprimibles. La cara de Heda me buscaba en la periferia de la insania. Impreso en los surcos de aquella imagen adorada existía un atisbo de intimidad, cierto, naciente, y en la laxitud de sus miembros hormigueaba el afán por comunicarse conmigo; era nítida la percepción para mí vehemente anhelo. Yo encarnaba una desvaída normalidad aún asible para ambos; puede que también para Jol, Naria y Minos, mi apreciado Minos; sobre Dimo ninguna hipótesis. Dimo no me interesaba, no me incumbía, estaba muerto; pero era mi enemigo, una amenaza continua y la barrera espinosa entre Heda y yo.

Empezábamos a contactar ella y yo, se acercaba a mí y yo a ella.

El rostro de Heda se turbaba; eran sus facciones las de la mujer amada profesando un amor vedado. Sé que me reconocía y su cuerpo se dejaba llevar al extremo opuesto de la habitación. “Ven, vamos”; no, no se lo dije, no se lo dije así, con estas mismas palabras, con ninguna palabra le dije que me siguiera. La imaginaba esforzándose por creerme. Podía escucharme deslizándose su cabeza cerca de mi hombro. Sería mi voz quien le abriera los ojos que le cerraban la de Dimo. Había una silla; había varias sillas dispuestas junto a las tres paredes por detrás de Dimo y su sillón. Para cada uno una silla: Jol, Naria, Minos, Heda y yo en nuestras respectivas sillas gran parte del tiempo, esperando, quietos, sumisos, obedientes, apenas cruzando nuestras miradas influidos por el temor de una advertencia, de un imprevisto, aunque tan deseado, giro del destino; yo disimulaba. Me hubiera dado un vuelco el corazón si giraba el destino. Imposible, yo lo sabía con toda certeza. Minos refunfuñaba por lo bajo, Jol susurraba a nadie y Nadia suspiraba invocando una transformación. Nadia solía hablar de transformaciones y mutaciones cuando creía era su turno de palabra, pendiente de la magnanimidad de Dimo con nuestro esparcimiento. Jol ofrecía un recital de viajes que acababa por confundirnos tanto como la prolongada inacción, no sabíamos si reír o compadecernos de él; y era contagioso. En cualquier momento los cuatro, Heda era inmune a los contagios, constituíamos material de laboratorio para el estudio de las reacciones en cadena motivadas por un emisor. El emisor Dimo, el emisor Jol. Éramos receptores de todas las disfunciones, de todas las anomalías y de todos los experimentos. Yo engañaba. Minos protestaba

a su estilo hosco, bruto; era el más fuerte y el más bonachonamente estúpido, el único con redaños para enfrentarse a los espectros y a la fosforescencia de la podredumbre; yo era el único que podía situarme frente a Dimo a espetarle su pasividad, su repugnante paciencia, pero eso hubiera sido ayudarlo y no estaba en mi ánimo precisamente ayudar a Dimo, a Jol o a Naria. Minos, de asaltarle esa idea la cabeza, por sí o a instancia de persona calificada como yo, propinaría una paliza memorable a Dimo. Y yo aplaudiría el embate contra el fiasco, tomaría la mano de Heda y con ella me plantaría a centímetros de la masa informe que la furia de Minos habría desparramado sobre la madera podrida y gritaría: “¡Esto queda del sucedáneo de héroe!”

Pero Minos no daría ese paso. Ni yo abrazaba la forma humana de Heda sentada en mis rodillas, los dos en aquella silla oculta y vacía que me tentaba. “No nos verá.” “Eres un cobarde.” “Lo voy a hacer por ti.” “Eres un cobarde.” Heda no me dijo nada. Esperaba, ella también esperaba que me decidiera, alguien tenía que decidirse. “Eres un cobarde.” Heda turbada y sentada en mis rodillas, su cuerpo adherido al mío y su cabello, lacio y largo, encubriendo una declaración silenciada. “Eres un cobarde.”

Minos me señalaría con su dedo oscilante, acusador: “Eres un cobarde.”

Jol me compadecería.

Naria acogería mi fracaso como amparaba el de Dimo o como recibía sin ápice de reproche la obstinación de Heda. “Somos mujeres, nos comprendemos.”

“Somos hombres, nos entendemos.”

—Nos entendemos, ¿verdad, Dimo? —terciaba Minos soltando una risotada. El bestial Minos acudiendo eventualmente en auxilio del jefe de la manada.

Dimo nos podía ver, nos podía intuir, qué más da; nos controlaba. Si entonces Dimo hubiera dicho algo inconveniente o algo que a mí me sonara ofensivo me hubiese lanzado a su cuello, le hubiera reventado los ojos, le hubiera devorado las entrañas, le hubiese despellejado, le hubiera golpeado la cabeza y las manos y las piernas astillándole los huesos en fragmentos cortantes con los que habría completado su disección. Deseaba atacar visceralmente a Dimo pero no me dio el motivo final, y no quería ensuciarme con su miseria. La astucia hace prevenido al hombre y el desespero lo convierte en un pelele vencido antes de batallar. Necesitaba la excusa apropiada que se interpusiera en el presumible arrebato de

Heda. Necesitaba tiempo y espacio para convencerla de que actuaba en legítima defensa; de que era nuestra salvación. También la de Dimo.

Asonaría a las mejillas de Heda el rubor del asentimiento. Entendería que todo aquel tiempo pendientes de una decisión cada vez menos probable, cada vez más cuestionada en las propias filas, cada vez más inserta en una ficción que acabaría destruyéndonos, era un tiempo malgastado y nocivo, sofocante y contrario a la ley natural. Enardecido por la turbación de Heda continuaría exponiéndole mi irrefutable argumento. Yo, el paradigma de la discreción, disertando sobre nosotros dos en mitad del yermo, en el centro del reducto astroso en el que nos hacinábamos no tanto por las reducidas dimensiones sino para disponer de un espacio, mínimo, donde respirar, parpadear, boquear y estirar los brazos y las piernas sin temor a distraer la concentración de Dimo. Con ella pendiente de mi voz le dibujaría el siguiente panorama: “Nos convertirán en despojos de casquería a un precio ridículo, alimento para alimañas o trofeos de caza para los avezados cazadores que nos sujetan a un mundo desaparecido. ¿Los presentes? Esos golpes que parecen lejanos, esos crujidos que parecen provenir de otro piso o del putrefacto desván, esa lascivia que anticipa el placer de la fiera al tener acorralada a la presa, una presa desvalida y paralizada por el terror, son ellos y están alrededor. Han atravesado los canales turbios del Nogra y nos tienen a tiro de juego.” Otro paso equivocado, otra concesión a la paciencia y de nosotros se escribiría con nuestra sangre, con nuestras vísceras y con nuestras cenizas. “Hazme caso, Heda. Este no es lugar ni para ti ni para mí.”

Provocaría la vulnerabilidad de Heda. Sentada sobre mis rodillas, con la cabeza ladeada hacia la mía, con voz débil, asustada, ya ignorante del resto, empezando a desasirse del influjo de Dimo, susurraría: “¿Cuál es nuestro lugar? ¿Cómo llegaremos a ese lugar?”

Debía preparar una respuesta concisa y por eso convincente. Una respuesta con alas.

No sé cuánto tiempo llevábamos esperando a que Dimo se decidiera por lo que fuera. Le costaba recuperarse una eternidad. El golpe había sido aniquilador; otro en su lugar no sé si estaría tan indeciso, aturdido o receloso como él. Con miedo, con mucho miedo. Como nadie allí le miraba de frente, apenas sí Heda al recibir alguna instrucción de boca a oído o al comentar algún suceso de la misma manera, guardando la distancia con los demás: uno, dos, tres o cuatro, la

intensidad de su mirada así como el mensaje que transmitía eran un misterio; en cambio la dirección que invariablemente tomaban sus ojos no llevaba a engaño. Dimo vigilaba detenidamente la casa Tule. Así un minuto tras otro, una hora tras otra, un día tras otro. Cumplíamos encomendados al recuerdo, a la obsesión y a la mitificada espera de una señal o un acontecimiento. Yo fingía.

Dimo había sufrido una derrota humillante. En toda regla sin posibilidad a un apañó conciliador. Una derrota terrible. Su cuerpo y su espíritu revelaban la dureza de un castigo que había sobrepasado sus límites, los de un hombre cercano al riesgo, lo que era una enormidad para él, y esa experiencia brutal recibida directa e indirectamente alteraba hasta la deformación la imagen que cultivaba de sí mismo y hacia los que formábamos lo más intrínseco de su mundo. Él era nuestro jefe meramente por razón de la inercia; Dimo no era un líder admirado y propuesto unánimemente como lo fue su hermano mayor, su maestro, el espejo en el que se miraban pequeños y grandes con ese respeto que ocupa plaza en el concepto de temor reverencial a quien es y se sabe por encima de la voluntad ajena. Dimo se imaginaba poderoso como Roeg, porque era de su estirpe, y capaz de las mismas proezas que él, aspirando a sucederle en el mito aunque contaba con un número de adeptos reducido, excesivamente enajenado a la simulación, venal y menguante. Pero Dimo distaba de ser como su hermano y la cruda realidad le vapuleaba los sentimientos y las intenciones. Parecía decirse: “Vamos, tú puedes”; y al cabo, a poca distancia, esa voz surgía escarneciendo su parálisis, su sobrevenida flojedad, su delatora quietud que nosotros no denunciábamos salvo en lo más recóndito del respectivo pensamiento. Por lo menos yo sí conservaba ese ápice de independencia y de dignidad. Quiero creer que también Heda.

La ficción de Dimo alcanzaba el intercambio de personalidad y un aire en la fisonomía; esto último relativamente asequible gracias al vestuario, al corte de cabello y al peinado. Tampoco tuvo suerte Dimo en el reparto de caracteres; los hermanos eran diferentes sin matiz intermedio que los destacara de su vinculación sanguínea por parte de padre, extremo que no suscitaba dudas o controversia en ningún ámbito. Cada uno era de una madre distinta, más joven pero menos atractiva la de Dimo, pero eso no significó al menos aparentemente un obstáculo en la relación entre ambos. Roeg dirigía porque era el mayor, el más listo, el más osado y el más fuerte; Dimo seguía sus pasos corriendo y tropezando

porque era el segundo resignado a serlo mientras un golpe azaroso no modificara el estatus; pero era pícaro y taimado, con las ideas claras para su futuro. Con el supuesto intercambio de personalidades y roles debido a ese golpe del azar, Dimo comprendía hasta qué punto el engaño le condicionaba en la toma de decisiones. No era como Roeg pero no podía confesarlo abiertamente entonces, inmerso en la venganza con su reducida hueste esperando orden tras orden que los motivara y los impulsara contra el enemigo. La raíz de la mentira envenenaba la sangre de Dimo a la par que contaminaba la relación que precariamente sostenía con los dependientes. Conocía su debilidad y sus miedos; era un ser absorto en un plan desestructurado que nació de una idea fugaz, posible sólo si era ciegamente creída, si la obediencia era igualmente ciega y si las circunstancias conducían a un desenlace previsto en la imaginación y exento de riesgos. Nada que ver con la actitud vital de Roeg.

Tal vez si en algún momento de la larga espera Dimo hubiera gritado puesto en pie que él sentía y obraba por sí mismo, sacudido de su indolencia cobarde, ignorando el apoyo implícito de Heda o esa envolvente quietud amorfa que evidenciaba la carencia de recursos de todo tipo y aún más iniciativas que aportar individual o agrupadamente por un brote de inspiración; si Dimo elevado a la altura de sus piernas y pateando el cuarteado suelo de vieja y maloliente madera, apartando fieramente de su camino hacia la puerta o la ventana lo que se interpusiera en su decisiva determinación; si de su voz saliera el estentóreo clamor de que él no iba a cometer la estupidez de Roeg, tal vez las cosas pintarían de un modo manifiestamente opuesto y con visos de liberación conjunta. Suposiciones, conjeturas que yo no deseaba.

Desde aquella noche que recuerdo como el inicio de las perturbaciones que le han acometido después, Dimo se debatía sin solución de continuidad ni un protector equilibrio entre las arenas movedizas y el miasma, y unos cuantos mortales con él. Suposiciones y conjeturas. Los sinuosos brazos del Nogra reclamaban presas desprendiendo veneno; un veneno lábil que engaña al incauto y aun al temerario que persigue la gloria efímera y el honor de ser evocado en cantares de gesta por las voces difuntas de sus predecesores. Suposiciones, conjeturas, amenazas y desgarros. Yo callaba.

Hasta entonces y protegido por la extensa sombra de su hermano, y la devoción que le dispensaba nuestra sociedad, que entonces congregaba a un número



importante de miembros, por haberse atrevido a no sabíamos bien qué —yo continuaba sin saberlo cuando me vinieron a buscar y me vi abocado en un trance fantástico, pendiente de las sombras, los accidentes y los ruidos que una vanidosa promesa carente de auspicio, huyendo del miedo, me imponía capturar como trofeo comunitario, o, si fracasaba, que acabarían por engullirme o triturarme o fulminarme diluyendo el sueño del regreso en olor de multitud, desmitificador—, Dimo se imaginaba capaz de cualquier cosa, prodigios incluidos, un dechado de audacia con público entregado y hueste adicta velando armas y profiriendo gritos guerreros que infunden ánimo a la desquiciada tropa y amedrentan a un enemigo agazapado. Suposiciones y presunciones múltiples, regueros de pólvora con la mecha calcinada. La leyenda proseguiría de su mérito y palabra, a fin de cuentas era el heredero, el vitoreado por los oportunistas corifeos que permanecen en sus puestos de revista y lucimiento, enfatizando un estribillo o a lo sumo dos estribillos, y nadie pida sacrificios estériles a los continuadores del proyecto si fracasaba en su magna empresa el sucesor del gran Roeg. Dimo el heredero y depositario de todas las virtudes y logros de su hermano. Un halo de resquemor cimbreante adornaba el escenario el día de la proclamación de Roeg. Yo no fui testigo, yo no fui reclutado, no me ofrecí voluntaria y enardecidamente a ser uno de los héroes que acabarían con el maldito misterio del territorio Nogle; no fui otro de los corifeos loando las futuras proezas de nuestro conductor.

Yo no era nadie en la jerarquía. A mí no se me puede achacar culpabilidad o servidumbre. No soy culpable y servil como la compasiva Naria, culpable y servil como Jol el místico. El atolondrado Minos cumplía con su deber por lo que se le atenúa la culpabilidad y el servilismo.

Tampoco pronuncié mi nombre al viento mordiente de una madrugada desapacible; infausto presagio que pasó inadvertido. Negué mi consentimiento para consumir la venganza que resucitaría a Picaria, a Lubo y especialmente a Roeg. Era una pantomima. ¿Cómo iba a querer Dimo que le desposeyera de su título el que le antecedió en el escalafón?

Pero no me había dado cuenta porque yo vivía en otro nivel, con las responsabilidades de mi vocación. Me cuesta calcular las hojas desprendidas del calendario, pues el tiempo es un agente traidor que borra las pistas que lo delatan con tentáculos similares a los viscosos y succionadores del Nogle. No soy un retoño de la torpeza. No soy el vástago de una obsesión malsana. Mi diagnóstico

fue tardío pero atinado. No es cierto que diera traspiés y me enfangara hasta el cuello, eso le puede pasar a cualquiera y probablemente ninguno hubiera regresado para contarlo. Yo sí.

“Heda, quiero hablarte; a solas tú y yo”

Tarde, a destiempo.

Heda aceptaba, por fin vendría a mi rincón a escucharme y hasta puede que a entregarse a mi abrazo para que la rescatara del infierno.

Demasiado tarde.

Lo vio Heda, lo vimos todos; por orden, quizá. Dimo rebullía en su sillón, perpetuamente sentado en su sillón de autoridad —que hizo traer en la misma mudanza que el rústico mobiliario para el séquito cuando intuía el exilio— frente a la ventana, a dos metros de la ventana que enmarca la casa Tule, la siniestra Tule, la Tule prohibida, el reclamo de los tentados. Una casa a dos distancias muy diferentes la una de la otra. El río Nogre y sus ocho brazos rodeando cual foso impenetrable el distrito homónimo. Uno de los oscuros tentáculos, el más sinuoso, el más abisal, es el linde entre el distrito Nogre y el lugar donde nuestra vigía se prolongaba indefinidamente sin atisbo de la menor realidad a la que asirse.

Dimo lo vio antes que nadie y fue cuando se le escapó un gemido. Un lamento mezcla de aullido y quejido, el chillido de un cachorro huérfano y el sarrillo de un macho viejo agonizante. Estaba asustado, quedó tan encogido que su sombra cubría la contorsión de su cuerpo proporcionándole un manto conmovedor. Naria la compasiva le hubiera brindado una fuerte dosis de consuelo de haberlo posibilitado el pasmo. Puede que el primario Minos saltara a interponerse entre el panorama y el horror como el benemérito guía que estando inmunizado a la sorpresa la mitiga personificado en antídoto; pero sus ojos no captaban más emoción que esas dos manos rasgando el alféizar de la ventana pugnando, con sangre y desespero, por agarrarse a una prominencia salvadora, a una grieta donde hender los dedos trémulos y descarnados. Son dos manos que buscan apoyo y señalan a los atónitos espectadores de este lado.

Situados detrás del sillón de Dimo asistimos a una escena repetida. ¿O la anterior fue el ensayo general?

“No puede ser...” —musitó el sucesor.

Las manos de Roeg procuraban inútilmente encontrar un asidero.

Hubo una primera vez. Esta segunda vez eran las mismas manos con los mismos cortes, la misma sangre adensada, la misma sangre en reguero purulento, la misma carne hedionda e idénticas mutilaciones en los dedos extremos que tiznaban el cristal de por sí opacado por la suciedad acumulada.

Eran las manos de Lubo rasgando un asidero desmantelado.

Desde el muro que rodea la casa Tule nos observaban y se complacían con nuestro terror. Era opinión unánime de los cinco entrevistados que un muro, además de los cursos de agua oscura, rodeaba la casa Tule. Los espectros apostados en su palco cerraban el círculo de la condena, también en opinión unánime de esos cinco encuestados.

Eran las manos de Picaria sañudamente aplastadas y seccionadas de un cuerpo desaparecido.

Nos observaban deleitándose con la provocación.

Las manos esforzadas asían el vacío y acabaron desplomadas sin ruido, amortiguado el impacto por los muchos hoyos de variable profundidad que cercaban el asilo de los resistentes; y por nuestro sepulcral silencio que amplificaba los latidos del corazón y el flujo de sangre en los puntos sensitivos; y por un silencio peor que el transformado por la sordera, el de los objetos que han perdido la sonoridad. Sin embargo, aún no era tanto el miedo como el asombro y el susto ante lo impredecible. ¿Quién acudiría en auxilio de los desahuciados?

Minos recibió el empujón del destino, abrió bruscamente la ventana y sacó la cabeza unos centímetros por la ventana mirando hacia abajo. Él relató la peripecia de aquellas manos amputadas de un cuerpo sin rastro. Tardaban en reaccionar, demasiadas emociones consecutivas impiden la necesaria concentración para captar sonidos y movimientos. Abajo yacían las manos de Roeg, de Lubo, de Picaria, las manos de Roeg era la conclusión generalizada. ¿Y arriba? ¿Qué era ese rodar desacompasado? ¿Y tras la puerta? ¿Y a los lados, tras las paredes? Impactos en serie, unos débiles alternados con otros violentos, de un cuerpo estupefacto. ¿Un cuerpo? Qué otra cosa si no. Por encima de nosotros rodaba una cabeza perpleja. Ese era mi diagnóstico: en el piso superior rodaba desmañada una cabeza con los ojos desmesuradamente abiertos. Ese era el diagnóstico de quien podía emitirlo con conocimiento de causa. Una mano, ya sólo una, con visos de la autoridad otorgada, un signo de fatuidad envilecido por el sarcasmo, perseguía un apoyo inestable a unos centímetros del suelo; la otra,

inmóvil, mostraba la palma sin huellas ni líneas de interpretación quiromántica. Los ojos de Minos penetraban la oscuridad mientras su boca salivaba en un entreabrir alelado.

—¡Se la tragaré la tierra! Se la traga...

El asombro de Minos era contagioso, porque la curiosidad vence muchas resistencias; pero ninguno de los presentes —los cinco dedos de una mano, me sumo para redondear la cifra, qué feliz coincidencia— se atrevió a imitarle pues el miedo era superior a la tentación. Aún menos se atrevieron a imitar su conducta cuando, presa de convulsiones que denotaban una tensión superando con creces cualquier estado transitorio de nerviosismo, el de cada uno de nosotros por ejemplo, Minos empezó a perseguir, exactamente era una persecución, siguiendo el perímetro rectangular de la habitación, el registro sonoro de impactos, roces y siseos, atento a la cadencia que imaginaba yo interfería el bronco latido de su corazón. Ahora suena, me dije, les dije, tenía que decir algo, tenía que parecerme a ellos aún. Canturreaba: “suena, no suena; ahora suena, ahora no suena; fuera no suena, dentro suena; da miedo, da miedo”. Minos esquivaba con una habilidad impensable en un bruto enajenado a su deleite el exiguo mobiliario que salpicaba caóticamente, excepción hecha del sillón de Dimo, la habitación-refugio. Con la oreja rasgando la pared como si de esa manera, más gráfica que efectiva porque los golpes y los rasgueos eran perfectamente audibles desde todos los ángulos, pudiera localizar y hasta anticipar los espeluznantes movimientos. Se lastimaba el pabellón auditivo el cazador Minos.

—¡Aquí... aquí!

Iba señalando con sus manos-zarpas los puntos de resonancia y nosotros los confirmábamos miméticamente. Una paradoja. Éramos la cabeza y las manos de un cuerpo mutilado implorando su reconstrucción. Disculpa, Minos; mi calificación hacia ti no es peyorativa.

Minos trazaba signos en la pared cuando atinaba en su pesquisa.

—¡Aquí!

Maquinalmente estiraba el cuello en pos del techo y unos segundos después se tiraba al suelo para captar lo que circulaba por debajo; sin olvidar la sincronía en el seguimiento a las manos, a una de las manos, nuevamente herida en su porfía escaladora.

Minos cazaba y Dimo huía. El maldito cobarde se replegaba a su miedo. Minos jadeando echaba el bofe.

—¡Voy a salir!

¿Se lo impedimos? Jol miraba a Naria provocando una respuesta. Naria pretendía encontrar a Heda pero me interpose y mía fue la respuesta.

—¡Sal, Minos!

Minos brincaba por la excitación. Jol se apartaba de la caótica trayectoria desplazando su cuerpo vacilante hacia el centro y Naria se estrujaba las manos suplicando la intervención de Heda. Podía oírla: “No le dejes, no le dejes.”

—¡No son nada!

No eran nada, no eran nadie; ¿quién mejor que yo para diagnosticarlo?

Seguía animando a Minos para que arrancara la puerta o la derribara con su demente fortaleza.

—O ellos o nosotros, Minos.

Costaba mantenerse en pie. La habitación oscilaba sacudida desde los cuatro puntos cardinales. Costaba dirigir la atención hacia los sitiadores. ¿Dónde mirar? ¿Dónde esconderse? ¿Qué partido tomar?

Dimo boqueaba atacado por la zozobra, incrédulo otra vez; nunca en el pasado estuvo tan cerca de proclamarse héroe.

—Díselo... —farfullaba Naria. Jol había alcanzado el centro geográfico del mundo conocido y allí se detuvo con los brazos colgando, mirando alrededor entregado a una suerte caduca. Pobre Jol, el teórico Jol, la voz de la conciencia cuando se carece de ella. Pobre estúpido Jol, insensato; iba a ser consumido sin comprender que la adversidad juega sus bazas en penumbra.

Minos acusaba la fatiga; parecía que su fuerza se debilitaba por momentos acercándose a la extenuación, o quizá le era sustraída a través de la puerta. Le faltaba aire, a todos nos faltaba aire o nos sobraba miasma. Frente a la puerta quedó disipado el coloso. Triste remedo de sí mismo. ¿A imagen y semejanza? ¿Por qué esperas la orden de la autoridad muda, cobarde, ensimismada en su miedo? Frente a la ventana temblaba Dimo, náufrago en un mar proceloso. Qué cuadro idílico. Los amantes aguardan la última palabra. ¿Quién la ha de pronunciar, serás tú, seré yo, será el canto del cisne o el crujido del desmoronamiento? En el rostro de Dimo se coagulaba la sangre que vierten los cobardes. Yo quería reír.

Entonces llegó nuevamente el silencio. ¿Coincidencia? Oía respirar a Heda, criatura atónita, aún a mi lado o casi. Me dije que no era tarde. Pero era tarde. Fue tarde desde el principio, cuando nos creíamos capaces de todo, capaces de vencer al mundo, a la luz y a las sombras; capaces de atravesar la maraña del Nogre, capaces de enfrentarnos a la seducción de Tule. Era demasiado tarde; habíamos nacido tarde. Nuestro destino se había consumado antes de permitirnos opinar al respecto. ¿Tienes algo que decir? Sí, tengo algo que decir, pero no lo dije entonces ni ahora puedo expresarlo con claridad para que Heda me haga caso.

Heda ocultaba lo que podía de sí.

Desde el muro unos ojos protegidos de la luz y de la sombra siguen la evolución de la descomposición. Creo ver, sin mirar, las manos y los dedos que señalan hacia este lugar sobrecogido, aislado e infortunado. Desde el muro, creo ver, sonrían complacidos por la marcha de la guerra.

—Heda...

Aislados, Heda. Tú, yo, la primaria supervivencia de Minos, la idealizada sumisión de Jol, la evanescente credulidad de Naria, el desconcierto pavoroso de Dimo; tú y yo, contagiados de esas patologías, evidenciamos los mismos síntomas pero nos queda un ápice de consciencia.

Yo disimulaba.

—Heda...

Estremece el silencio plagado de sonido. ¿Oyes? Son pasos, vienen, se acercan; han preparado el terreno. Desde el muro observaban a cada instante; no ha pasado un segundo, una vez iniciado el juego, sin estar sujetos a esa ulcerante observación.

Juegan con ventaja.

“¿Por qué no me asomo?”

—¿Por qué no te asomas?

¿Por qué nosotros, finalizada la ceremonia de proclamación, asumimos el silencio y nos fiamos a la contingencia? ¿Por qué decir sin más: “¡Lo conseguiremos!”, en vez de: ¡Fuego! o ¡Tempestad! o ¡Seísmo!? ¿Y por qué siendo tantos somos nada? Me pregunto ojeando en derredor qué pasos rebeldes me han guiado hasta aquí. ¿Qué hago yo otra vez aquí?

Lo sé perfectamente.

—Heda... Hemos de irnos.

¿Hemos? No podemos seguir así; nos han dejado sin tiempo. En breve, cuando les plazca, cuando les aburra jugar al cerco, nos dejarán sin espacio y acto seguido sin aire. Este será un lugar de sacrificio, explícitamente del último sacrificio; exactamente lo que ha sido, es y será mientras haya algo que extinguir. Lubo, Picaria y Roeg son los antecedentes inmediatos; nosotros los consecuentes. No puedes hacerte a la idea de los antecedentes dispersados hacia allí; es un cálculo imposible. Estoy decidido. He tomado una decisión. Ya he conseguido lo que me proponía en primera instancia.

—Heda... en el muro se apoyan ellos, nos superan en astucia, en resolución y en poder. Míralos. ¿Puedes verlos? Acércate a la ventana y echa un vistazo al exterior.

Se me ocurrió mirar de través, sorteando las piezas pendientes de una voz de mando o del siguiente asalto de la furia, lo primero que se produjera. Si Heda se acogía al mimetismo el triunfo me lo anotaba. En el sillón se agitaba apenas perceptible el miedo agudo. Encogido, caricatura mordaz del antihéroe, Dimo aguardaba el desenlace, el movimiento final, absolutamente entregado. Criatura desvalida. Nulidad.

No sé si fue ese movimiento sentencioso del que pretendía jactarme el que hizo trepidar la puerta cortando con estridencia la penúltima esperanza. Minos se abalanzó a obstaculizar el asalto. El corpachón de Minos era un estorbo corredizo, el baluarte defensivo. ¿Durante cuánto tiempo podría detener el ímpetu de Voystrom? Déjalo pasar, démosle la bienvenida que merece un invitado de su categoría.

“¿Vas a abrir la maldita puerta, Minos?”

Minos apoyó su espalda contra la puerta. Eso fue suficiente para calmar las sacudidas y devolver un mínimo de serenidad a los acorralados.

“Buen trabajo, chico”.

Parecía que acababa de llegar. Para preguntarle en voz alta: ¿Qué tal por ahí fuera? ¿Hace calor, hace frío, llueve, nieva, graniza? ¿Cuántos son, cuántos tenemos? ¿Qué nos queda, hombretón?

“¿De dónde vienes?”

Minos sudoroso y jadeante. ¡Menuda carrera te habrás pegado! Cuenta, cuenta. Minos expelió su ronquera.

—¿Tú no eres como él, verdad Dimo?

Minos preguntaba y afirmaba mixturando los tonos.

Dimo no abre la boca ni habla por el estómago. Miraba a través de la ventana, hundido en su asiento, penetrando el arcano exterior.

Minos comparaba a Dimo con Lubo. No, Minos; Dimo no se parece a Lubo. La tozuda realidad certificaba la ausencia de parecido sin temor a equívocos.

Mi turno de pregunta.

“¿Verdad, Dimo, que vosotros no sois como ellos, a pesar de las apariencias?”

Minos pregunta:

—¿Somos como ellos?

¿Ellos? ¿Te refieres a Lubo, a Picaria y a Roeg? No somos como ellos, Minos; nosotros se supone que estamos vivos, ellos se supone que están muertos. No somos como ellos, sino unos cobardes, unos tramposos, el residuo tóxico de la gloriosa estirpe; fíjate bien en el matiz.

“¿Somos, Dimo?”

Para qué gastar en salvas de respuesta si imperaba en su conciencia la honra de la obediencia debida.

¡No!, podría haber dicho yo estentóreamente, imponiéndome como el paladín de la cordura; y así, bondadosamente, como obran los seres mitificados, aliviar la incertidumbre del probo lacayo. Me llevo bien con Minos. Escúchame, Dimo no es como él, como Roeg, ni vosotros como ellos. Roeg tampoco era como Lubo, cosa que Picaria, si no lo sabía, descubrió de una manera inapelable. Ninguno somos lo que aparentamos. Ni siquiera tú, noble bruto, embrutecido por la costumbre y la necesidad de seres valientes, íntegros, disciplinados, como tú. Si quieres ser alguien tienes que individualizarte; ¿lo entiendes, Minos? Tienes que distinguir entre determinación e imposición. ¿Lo entiendes? Tienes que redundar en tu conciencia y desde ella, únicamente fiado a ella, dar con el paradero de tu espíritu; después con el de tu humanidad, recreándola en el turbulento paisaje, al modo vanidoso si es preciso, manteniéndote ajeno a las interferencias de parte. El mío no es un consejo desaprensivo. Podría haberle dicho que ha dejado de brillar el Sol hace tanto que no recuerdo la gama de colores que deja su tránsito de alba a ocaso, de cénit a orto. ¿La recuerda alguno de los presentes? ¿Se atreve alguno de los presentes a dibujarla en el suelo, en la pared, en el techo, en el esmeril utilizado como burda mesa, en la mesa utilizada para desgastar las yemas



de los dedos? ¿A garabatear en las sillas recias, sillas gastadas, sillas incómodas, que sirven para tamborilear los dedos, golpetear los nudillos, palmear hasta la rojez el anverso de las manos? ¿A plasmar, cual aspirante en ciernes que un día será convocado a la audiencia del arte, el dédalo de sensaciones sin volverse loco de remate? Loco de atar. Dementes.

He conocido... ¿cuántos, cuántas?, una centena de simples, por lo menos, que asumieron ciegamente el destino trazado por la astrología judiciaria. Tú que sabes contar, consiliario Jol, sea o no verdad me doy el gustazo de conferirte ese título, tú que sueltamente te manejas con las cuatro reglas de la básica matemática, ¿cuántos somos?, ¿cuántos quedamos? ¿cuántos sumamos o restamos? Responde al prohijado Minos en un tono de cercanía, no despiertes recelos en él; toda criatura viviente es susceptible. Somos criaturas vivas en un medio idóneo para la muerte de la materia, de la energía y del espíritu. Tú, Jol, dile a Minos que es igual a ti, a mí, a ellas y al orate Dimo. Dile que esta vivienda es un préstamo, y que sólo utilizamos una dependencia porque el resto lo habitan los legítimos propietarios. El inventario es tan simple como los fiados al destino del oráculo: cinco sillas, un sillón, una mesa, un esmeril, una ventana, una puerta, un toscó aseo, la cortinilla que resguarda la intimidad fisiológica, una ruina. Un, una. Explícale que en el capítulo anterior los moradores de este edificio de dos plantas, ático y sótano, respiraban vida, estaban vivos; nosotros respiramos muerte, vosotros estáis muertos. Esa es la diferencia, Minos. Por eso nosotros no somos como ellos.

Puedes liberarte de la condena, Minos.

Y tú, Heda; ¿quieres resucitar?

¿Quieres saber cómo eran ellos, Minos? ¿Quieres saberlo, Heda?

El panegírico de los muertos. Siempre se van los mejores; de nuestros muertos se habla bien porque ese es el trato que merecen. La muerte los dignifica, los eleva a la morada de los dioses para que residan en ella eternamente y nos guarden plaza cuando nos llegue el turno de seguir su ejemplo. Ellos eran los mejores porque así lo ha decidido la justicia implacable de la muerte.

Pero no es así, no es exactamente eso. A lo largo de la ribera oriental del Nogre aparecen plantados en orden que no es casual unos árboles; eso me han contado y eso se divisa desde aquí. Llama la curiosidad la disposición y también la similitud del primero al último. Los he repasado mentalmente infinidad de veces,

creo que todos lo hemos hecho sin darle importancia, como si se tratara de un acto reflejo cuyo desencadenante es la mirada puesta en liza para atravesar el impedimento forestal; o, simplemente, por hacer caso de las voces que perpetúan la leyenda.

¿Qué ves? Tú, ¿qué ves? Vosotros, ¿qué veis?

La casa Tule.

Mentira. La casa Tule no existe, es un cuento de miedo.

La impenetrable casa Tule se recortaba sobre un fondo imaginado; nadie podía cerciorar los rumores fuera de ese ámbito misterioso. Por delante de una contemplación obsesiva la hilera cuidadosamente preordenada de árboles gemelos, híbridos de madera y carne humana. Un subyugante panorama que incita a seguir mirando para descubrir, si ello es posible, las facciones de los recordados, desaparecidos de alguna trágica manera.

Yo creo que aquel árbol es...

Yo creo que aquel árbol no es...

Si alguien con autoridad, por ejemplo Lubo, decía que tal árbol se parecía a uno de los desaparecidos o afirmaba, desafiando la duda, que era uno de los desaparecidos, inmediatamente de conocerse la deducción la mayoría, sin cuestionar el método ni proponer una segunda, una tercera, una cuarta opinión, la aceptaba, la refrendaba si se le solicitaba y la diseminaba por la jurisdicción previamente fertilizada. Con salvedades de mucho fuste aunque menos acogidas al favor de los concurrentes, caso de Picaria, la hermana de Lubo. No alumbraba en ellos el amor fraternal pero tampoco el odio cainita que lleva a liquidar al elemento discordante. ¿Quién era más fuerte de los dos? Picaria era la hermana menor, dos años en el calendario, distancia predefinida como la sucesión de árboles plantados con desahogo para que en el futuro, cuando su desarrollo los muestre espléndidos y temibles, hoy es así, pueda distinguirse a través de los huecos la casa Tule.

Mentira. La casa Tule es una ficción.

Picaria, sin expresarlo abiertamente, dejaba caer el barrunto de la ficción. ¿Qué había de cierto en su reserva? La casa Tule señoreaba un terreno fronterizo; mirara por donde se mirara, la casa Tule era la frontera. Y los brazos o canales o tentáculos del Nogre trazaban el *hasta aquí* del *lo demás* refrendando los límites.

Lubo insistía en haberlos visto. ¿A quién has visto?

¿Dinos a quiénes ves?

Señalaba Lubo la casa Tule, la fila de árboles ensombrecidos por su sospechosa quietud, la tierra de nadie, el primer canal oscuro y denso del Nogre, la fangosa tierra de nadie, el paisaje tenebroso que concebía la imaginación; los fenómenos destellantes de colores desvaídos, indefinidos, un atisbo de formas semejantes a las nuestras, la casa Tule.

Señalaba Lubo sin estirar completamente su brazo esa dirección inefable que une la frontera de aquí con la de allá. Todos acudíamos prestos a la indicación. Excepto Picaria, cuando se encontraba presente. Presente pero distante. Picaria quería a su hermano, lo he oído una y otra vez; Picaria utilizaba a su hermano, lo he oído un sinfín de veces; Picaria confiaba en su hermano y Lubo la protegía porque es la obligación del hermano mayor y porque la adoraba. Picaria negaba sin aspavientos, con delicadeza puede; pero negaba las visiones de su hermano que eran las visiones comunes.

Allí no hay nada, venía a decir. La casa Tule es una ruina deshabitada. Uno puede creer que los habitantes de una casa abandonada y ruinosas son espíritus afincados en su posesión; uno puede creer que las sombras cobran vida ajenas a los cuerpos que fueron su origen si una luz prodigiosa ilumina los lugares que ocupan desvelándolas de un sueño inducido; uno puede creer que los muchos y variados sonidos provenientes de la frontera, acuosos, sibilantes, guturales, fantasmagóricos, están provocados por los residentes de la casa Tule visibles si la luz vaporosa quiere enfocarlos a los pares de ojos que alternan la vigilancia con la predisposición a creer en lo inverosímil.

Picaria se mostraba arrogante en su negación. Afirmaba solemne que no hay nada de cierto en la leyenda. “Las leyendas son cuentos para niños y para viejos.” Pero ella tampoco extendía completamente su brazo al señalar en dirección a la casa Tule, presintiéndola.

Un día la vi asustarse, la vi sobrecogerse; fue el día que empezó la cuenta atrás. Ese día no concreta una fecha ni una hora ni un suceso ajeno al que gradualmente nos invadía, aunque no eran conscientes de tal dominación. Fue el día que un cualquiera avisado, receptivo a todo menos a la sugestión, ninguno entre ellos, hubiera comprendido como el inicio del final. Hasta aquí lo que se daba. El día del desenmascaramiento. Al polvo volvéis criaturas enajenadas. Ese día a partir del cual, si queda algo, nada es lo mismo ni reconocible ni imaginable.

A Picaria le estremeció un presentimiento. Regresaba de una aventura pasajera, ella con sus alicientes. La autoridad, los consejeros, la guardia, el séquito y un público agregado aguardaba el final de su viaje. En realidad, ¿qué sabía nadie de Picaria o de sus devaneos? Aguardábamos su llegada en el límite de nuestra civilización.

Yo observaba.

Vino acompañada del sol de medianoche, de la luna de mediodía, de la luz zodiacal y de un enjambre de meteoros con la puntería aguzada. Se la distinguía amenazadoramente alada pero todavía impávida; el viento que barre la inconsistencia la acercaba casi en volandas. Picaria acosada por los elementos. ¿De dónde vienes? La pregunta era esta: ¿Quién te trae? Una pregunta sin formular tal vez porque entonces, pendientes del momento, no brotó de inteligencia alguna. ¿Qué ha pasado? ¿Qué has visto? La retahíla del miedo en toda la gama tonal anticipando el semicírculo de ateridos con la boca abierta, los ojos atentos, las mandíbulas crispadas, las manos trémulas y las piernas nerviosas; juntos, aguijoneados por la morbosa curiosidad y recelosos del espectro cromático tras Picaria, sobre la demarcación del Nogre y la casa Tule.

Picaria no miraba lo que supuestamente veía. Había dejado de asimilar los conceptos primarios, es decir, a nosotros; puede que para su alterada percepción ya no fuéramos sino materia irremisiblemente descompuesta ayuna de armazón. Pero se detuvo a distancia de comunicado y parlamento, ostensiblemente fatigada, permitiendo desde una voluntad arrendataria de otro poder que la audiencia trazara el hemiciclo del riesgo calculado, someramente calculado, y que los avizores la estudiaran como al individuo de una especie presentada por los taumaturgos. Allí estaba Picaria, parcialmente rodeada de una expectación silente, escrutadora, con miedo a lo desconocido y a las apariciones producto de la fantasmagoría.

Yo engañaba.

Lo recuerdo perfectamente. Silencio. Nuestro silencio subordinado a un espantoso silencio. El sol no era el Sol, la luna no era la Luna, las luces del cielo no eran Luz y los destellos de enardecido tino pungían en la frontera magnificando la separación de los mundos, agitando las grutescas aguas de tránsito demorado que extraían del fondo masas terrenas a modo de islotes; fragmentos abatidos desplazados del núcleo, a la deriva aguas abajo, aguas arriba.

El nivel del agua alcanzó la estable línea de los árboles oscureciendo más si cabe en la noche los recios y rugosos troncos.

Tétrica belleza de la desolación.

Un escenario de leyenda.

¿Quién la veía en el horizonte?

No hubo rapsoda que cantara aquella armonía de la debacle. La belleza del epílogo tomaba cuerpo en el paisaje y en la irrelevante fisonomía de Picaria; ella que fue mujer deseada, mujer adorada, mujer envidiada, el paradigma de nuestra feminidad; la mujer del hombre llamado Roeg, el hombre deseado, el hombre adorado, el hombre envidiado, uno de los dos paradigmas de nuestra masculinidad. Éramos proclives al modelo como los elementos furiosos a la devastación.

Nos preguntábamos en la más estricta intimidad, gravemente formales, acobardados: ¿Qué vendrá a continuación?

Imaginemos lo que ha de venir. Al contrario. Presumamos vertiendo optimismo en cuencos dorados que el meteoro se desintegrará al penetrar en la protectora atmósfera de la Tierra. La esperanza como reducto. El meteoro fenecerá a las puertas de nuestra casa. Así sea.

Picaria mostraba un semblante confundido, la boca entreabierta todavía sin babear; la mirada ida, perdida y retraída; el gesto difuso y parco. Sobre su apática humanidad caía el manto lumínico del estertor sidéreo; centrado en su diana. Por detrás del imposible interrogatorio —¿nos lo vas a decir?— la luminaria caída del cielo emborronado alumbraba las siluetas —¿eran siluetas semejantes a las nuestras?— impresas en las ventanas a la vista de la casa Tule.

Me puse a contar. Nos pusimos a contar. Letanía del conteo, la cuenta inacabable. ¿Cuántos... cuántos son? Un osado de voz atiplada pese a la circunstancia espetó: “¿Qué son?” Irreverente intromisión en la mística. Convenía ser amables, deferentes: “¿Quiénes son?”

Este teatro no tiene guionista; lo pienso y me muerdo la lengua.

Detrás de las ventanas cuyos cristales antiguos y sucios el viento no azotaba, estoy seguro que el viento no azotaba los cristales de las ventanas mientras a nosotros nos costaba mantener la vertical, ofuscándonos la visión, uno junto al otro, quietos, abstraídos en la recíproca contemplación, a resguardo de la taumaturgia, observaban los retornados. ¿Desafiantes? ¿A quién habían elegido?

Lo sabréis a su tiempo. El destinatario de la correspondencia en mano supo llegado su momento mal que le pesara; son los débitos del cargo, de la popularidad, de la elección decidida de antemano. Los retornados eran tantos como pares de ojos los confirmaban.

Embelesados mirábamos hacia lo alto, testigos del espectral descenso, y hacia el frente, testigos de la espectral observación. Percibiendo mi restringida capacidad más sombras que luces, dicho en sentido metafórico, pues la desintegración del objeto celeste conducía diestramente a la ceguera.

“¿Quiénes son?”

Era imposible distinguir el parecido, las equivalencias. ¿Cómo imaginar que entre unos y los otros, a esa distancia sacralizada, las diferencias inexístían?

Era impensable acreditar los parecidos. ¿Por qué era imposible?

Inclinada la espalda para mejor ocultar la cara, ayudados por el viento despiadado que arremolinaba los atuendos ceremoniales de un sector de la concurrencia, los arúspices, y el deliberadamente provocativo de nuestra principal, la dama Picaria, aún más generoso en su oferta lasciva por la aventura precedente de cuya noticia nos tenía en ascuas, los consiliarios emisores Jol y Naria, en este orden habitual preguntaban lo mismo pero en tono bajo y continuos reojos a la aparecida muda.

“¿Quiénes son?”

Un reguero de incertidumbre.

Jol y Naria sucumbieron a la ignorancia; ninguna ciencia acudía presta o demorada a validarles el título en la adversidad. Huérfanos de padrinos los asesores; la demudada Picaria no colaboraba y la paciencia cedía enteros a la inquietud colectiva. “¿Quiénes son?” Rumores asolando la debacle. Lo peor son las especulaciones infundadas. No, lo peor es no saber a qué atenerse. Hay algo peor, mucho peor: el silencio. Un silencio corrosivo. Deducíamos que el viento rugía, que las aguas turbias y mefíticas del Nogra bramaban, que la cólera del viento y la ira de las diminutas luminarias provocaban alaridos en sus víctimas. Las ramas de los árboles bailoteaban desmañadas perdiendo la grácil compostura de la mimesis esculpida. Los cabellos largos se arremolinaban en sus tiestos, la naturaleza sacudida profería su desesperación a gritos. Supuestamente. Deducíamos. Porque imperaba un silencio demoledor.

Un silencio absoluto embebiendo las entrañas.

Yo callaba.

Me fijé en Dimo dando por amortizado a Roeg el líder. Tal vez presentía, o era una información privilegiada suministrada por el viento, que el aspirante heredero heredaría en breve. La descripción que yo narraba para la crónica de la época siguiente no destacaba rasgo alguno de heroicidad; sus facciones eran vulgares, incluso toscas para un miembro de la casa regente con legítimas aspiraciones de mando. Dimo agachaba la cerviz un metro y medio por detrás de su hermano, retrocediendo según la delación de sus huellas. Incómodo así con las manos y los brazos su llamativo vestuario procurando no elevar los ojos a la altura del suceso; su discreción era fingida y el miedo patente. Le notaba el miedo. Adivinaba como tironeado por el miedo buscaba centímetro a centímetro la querencia del segundo plano y el abrigo de la confiable Heda.

¿Por qué, Heda? Era el instante para preguntárselo. Por qué sostienes a un ídolo quebrado. Por qué afianzas la usurpación. Por qué sigues este abyecto juego de intrigas políticas.

Los hados habían escrito el porvenir de Heda con letra indeleble; un destino aherrojado a la suerte del perdedor. Los hados hablaban por boca de sus intérpretes, exégetas de los arcanos universales.

Heda la impertérrita escrutaba la distancia más corta entre la línea de la interrogación y el interrogante. Hasta dar con la mirada errática de Picaria. Sé que Heda vio lo mismo que yo distinguía, un fenómeno atractivo. Entre mujeres, de proponérselo con signos imperceptibles para los hombres, la comunicación es harto más fluida; se dicen lo que han hecho, lo que hacen y lo que harán, o bien, lo que ha sucedido, lo que sucede y lo que sucederá, en una fracción de segundo; en el mismo tiempo que tarda una partícula incandescente en cruzar la retina de un ser humano. Los iris de Picaria adquirirían el color de las ventanas entonces iluminadas de la casa Tule mientras, desde un esfuerzo ímprobo que la desgarraba bajo la arrugada indumentaria con el sello del gobierno, su boca transmutada en espasmo suplicaba expulsar la información requerida por el improvisado tribunal.

Pero no podía.

Silencio sobre silencio.

Un brillo siniestro desprendían los iris de Picaria. Malévolo pero bello, cautivador, ¿o era la imagen invertida de la indefensión?; idéntico tono al visible

en las ventanas de la casa Tule. La coincidencia no podía ser casual ni pasar desapercibida.

Las ventanas de la casa Tule parpadeaban con el rescoldo de un fuego antiguo. Los retornados contemplaban el reverso de la escena. Por un instante, ese en el que dejé de obsesionarme con la atávica devoción de Heda a su mandamiento, mi vista fue la de una rapaz y con la velocidad del predador en picado hacia la presa advertí entre las siluetas tras los cristales las de Lubo y Picaria y entre las caras sin rostro las de Lubo y Picaria. Caras sin rostro pero dotadas de facciones. Por un instante de prodigiosa lucidez fui testigo de la semejanza, más que asombrosa cierta. La casa Tule albergaba a los hermanos de padre y madre. Por un instante en el que los dardos rutilantes concedieron una tregua de implorada penumbra. Unos dardos rutilantes en ascenso, disparados, vomitados por las bocas deformadas de los islotes hacia ese cielo oscurecido, amenazador, perturbado sobre nosotros. Los vi.

¿Los ves? ¿Ves lo mismo que yo?

Instintivamente dirigí la mirada a Heda. ¿Has visto lo que yo?, quise preguntarle. Qué buena ocasión, nuevamente desperdiciada, para entablar diálogo al margen del acontecimiento. Mira, mira, Heda; son ellos, los hermanos Lubo y Picaria. ¿Y él, dónde está él? Buena pregunta, Heda. ¿Por qué no lo preguntaste? Heda no preguntó por Dimo; tampoco depositó su esperanza en Roeg, lo sé.

Las ventanas de la casa Tule iluminadas para ofrecernos una visión fantástica. Y el relato de los hechos acto seguido.

Brusco, sorprendente.

Puede que fuera una coincidencia el que Roeg, nuestro jefe, el amator de Picaria, el amigo íntimo y compañero de andanzas de Lubo, dubitativo como el resto en hora tan peculiar decidiera aproximarse a la vesania de Picaria, cauto, armado, seguido de la guardia, cauta, armada, mientras ella, ahora irremisiblemente, sucumbía a la ferocidad del viento que la empujaba arrodillándola contra la tierra. ¿Un gesto de acatamiento? ¿Una ofrenda de humildad? La presión era ejercida sobre su nuca por una mano descomunal que a ninguno se nos hizo visible, pero que al menos yo sentí cosquilleando en zona semejante. Dejé de capturar la imagen de Heda y la del pusilánime Dimo para enfocar la humillación de Picaria. Faltaban apenas cuatro dedos para que después



de las rodillas, las manos y los antebrazos, su cara, aquella que fue en la memoria reciente motivo de envidia y admiración en cuerpo anhelado, se aplastara contra el suelo roído, tres dedos, dos dedos, cuando un grito aterrador penetró el mundo con tal fuerza que todos los presentes al unísono condicionado abrimos las manos y la boca quedando inermes y atónitos en renuevo. No era un gesto de acatamiento ni una ofrenda de humildad al poder político. Con estrépito inusitado cayeron las armas al suelo, cobrando vida en la derrota, golpeándose unas a otras producto de una demencia a la sazón; tal vez el lamento por la pérdida del amo y el sentido de la vida. Una hacina de fulgor muerto.

Liberados al fin los sonidos del cautiverio amplificaban sus voces hasta herir.

Los ímpetus, si los había, desaparecieron. En su lugar se manifestó el pismo generalizado. Y también, me atrevo a decirlo, un cuadro hermosado por el sentimiento. La fealdad se funde con la hermosura según los ojos que la miren. Pensé que aquello que vivíamos era una cosa muy seria, la cosa más sería con la que me enfrentaba y nos enfrentábamos. Pensé a la vez que era cosa de locos, que no pasaba lo que estaba pasando y que tras un nuevo barrido del viento lo que era dejaría de ser y yo, y nosotros, retomáramos las responsabilidades como si nada. Cada uno a lo suyo y el estricto control velando por la sumisión de las voluntades díscolas, de haberlas, y la suspensión de las intenciones, de presentirlas.

Era algo muy serio, era cosa de la locura y era desazonadoramente novedoso.

Yo fingía.

El grito resonaba en todos los oídos, interminable, insufriblemente lastimero. Sin embargo, cundía la reticencia en el socorro de la víctima. Era un grito sobrenatural. Era un grito huérfano de madre.

¿Oyes el llanto? El llanto de un cachorro. La regresión había comenzado. Las armas caídas en revuelo cobarde provocaban una desbandada hacia el útero. Roeg balbucía un ruego. El ruego de Roeg tenía que ver con la desintegración de la fidelidad: ni seres ni armas ni mujer ni amigo. Roeg a solas con el destino de los héroes. La sombra de Roeg oscilaba al capricho del viento como una humilde hacha que nada relevante alumbraba.

Un reguero de llanto despedía a la asamblea. Pocos quedamos pendientes del azar, pendientes de una orden, pendientes de una decisión abortada en su primer estadio. Pendientes de la sometida Picaria, la doblegada Picaria cuyo despojo

groseramente enfundado en jirones pugnaba por erguirse recobrando la dignidad desposeída.

¿Ves lo mismo que yo? Ha vuelto.

¿Ha vuelto? Ves lo mismo que yo.

Sus iris tintados de magma escrutaron la menguada recepción. Su boca ya no se entreabría sino que se entrecerraba exigiendo una atención individual. Esa era mi interpretación y esa fue la interpretación de Roeg. Creyó Roeg en la transmutación de Picaria con la vuelta a un estado precedente que de manera tácita había sido asimilado por todos; él con Picaria y con Lubo gobernando la inercia incondicional del grupo, sin sobresaltos, sin observadores silueteados tras las ventanas de la casa Tule, sin fantasmagóricos resplandores de origen incierto ni aquel ofuscador silencio presagio de nada bueno. Ni aquel grito que sólo podía proferir un espíritu torturado. La historia reciente era una leyenda olvidada, perdida.

Roeg quería dar un paso adelante. Picaria dio media vuelta, lentamente. Yo seguía su giro, Heda siguió el giro, Dimo seguía el giro con la mirada periférica. Jol y Naria siguieron el giro, Minos imitaba el giro en sentido opuesto, como buscando coincidir con el final del trayecto. ¿Era consciente el aguerrido Minos de la sutileza geométrica que brindaba? Con un ojo distinguía el cuerpo violentadamente macilento de Picaria y con otro la evolución del corpachón del tosco Minos. Una danza cómica.

Roeg quería avanzar hacia ella. Picaria le dio y nos dio la espalda.

Sabíamos que estaba vivo porque el día anterior lo estaba. Lubo había desaparecido sin que se supiera. A mí no me venía de nuevo. Por la expresión de Roeg que me llegó en una fracción de segundo, la única fracción de segundo que dejé libre de celada a la aparecida y su dramatización para vagar en torno, él tenía noticia cabal y suficiente del episodio. El resto de los mortales congregados ignoraban del primero al último que el día anterior Lubo había atravesado la frontera para dirigirse a la casa Tule vadeando el impedimento del Nogra.

“Son conjeturas” —concluía Roeg previo vaticinio de los áulicos reportado de boca a oído.

Las conjeturas llegaron a todos los rincones y a todos los oídos: la casa Tule volvía a habitarse.

“Son conjeturas”

Pero una opinión sugerida no tiene porque coincidir con la percepción o con el presentimiento; ni mucho menos con la aseveración de un personaje cualificado como Lubo. Él los había visto, se daba por hecho. Si Lubo decía que la casa Tule cobraba vida con sus moradores es que era cierto.

“¿Quiénes serán?”

Yo no he conocido habitada la casa Tule. Yo no había visto un alma a través de las ventanas opacadas de la casa Tule ni una mísera figura despistada merodeando en las proximidades de la oscura barrera acuática. Yo no he sido testigo de ninguno de los portentos que acuña la leyenda. Ni siquiera he avistado el tejado de la casa Tule, las copas de los árboles, la cinta negreada del ramificado Nogre.

Todo eran chismes, rumores y palabrerío hasta que Picaria lo vio corriendo de vuelta. Ella esperaba a su hermano más intrigada que impaciente, a ratos increpada por su conciencia, sólo a ratos: esperaba al arrojado Lubo más curiosa que asustada, pendiente del regreso y atenta a las variaciones que el paisaje pudiera deparar mientras aguardaba tomadas las precauciones debidas para no ser descubierta por propios ni extraños. La aguda mirada de Picaria oteaba el horizonte cuando vio corretear en las sombras una con textura humana anunciando una urgencia acompañada de escalofrío. Supuso que era él, ¿quién si no en ese lugar fronterizo, tierra de nadie, paraje inhóspito? Imaginaba Picaria que entre las sombras surgía el arriscado Lubo.

De entre las sombras, Heda. ¿Qué clase de cuerpos u objetos proyectan esas sombras? Tendría que habérselo preguntado a Picaria; pero quién era yo para hacerme notar.

Picaria supuso que era él por esa vaguedad de la llamada de la sangre que a veces se alude como argumento. Una sangre inyectada en los ojos.

Fuera lo que fuera lo que Lubo podía decir a su hermana nunca llegó a contárselo de la forma comprensible que se acostumbra. Exhausto, desencajado, fuera de sí, irrumpió en la expectación de Picaria teñido de esas mismas sombras dominantes; un apéndice de la tiniebla portando la confirmación de una noticia cuestionada. Valiéndose del código gestual la conminaba a seguirle. Los intentos de Picaria para, momentáneamente, serenar a Lubo y después extraerle la codiciada información de su visita transfronteriza resultaron infructuosos. La persuasión hasta entonces eficiente recurso de Picaria con Roeg o con su hermano

para satisfacer sus deseos no hizo mella en la alterada conciencia de Lubo. Un viento racheado, acusadamente húmedo, originado en el cerco arbolado, emitía sonidos guturales muy parecidos a la voz humana doliente. Picaria creyó oír su nombre a modo de llamada. Picaria creyó ver los rasgos distintivos de su hermano en la figura antropomorfa de gesto conciso e imperativo.

Ella quiso convencerse de que el antropomorfo estaba vivo sin aparentar un rechazo que a duras penas lograba contener, y a ser posible, recurriendo a cualquier argucia que en su mano estuviera, convencerle a él de que estaba vivo, que era un ser humano y su hermano. Picaría sabía que Lubo estaba vivo hasta el momento de su partida, por extraño que hubiera sido su comportamiento al quererla convencer de una alucinación, un sueño fantástico que ha de eliminarse con agua fría. Pero sospechaba estremecida que en ese corto periodo desbordada la frontera ya nada podía darse por seguro. Porque Lubo había traspasado la frontera, tenía que ser cierto, ¿qué otra explicación cabía?

Créelo Picaria, sólo quedan fragmentos de vuestra historia, partituras fantasmales en la idealización de un concierto macabro; créelo Picaria. Cree en la respuesta más acorde a lo que registran tus cinco sentidos. Y tiembla cual una talla de papel pautado arrancada del atril. Nunca volverás a ser instrumento ni música exacerbada por la pasión.

Picaria no esperaba encontrarse con el reverso de una pesadilla.

Un nuevo intento por entenderse a la manera de los seres racionales culminó en fracaso. La mutación era absoluta. Los árboles entonaban un canto hipnótico de acogida y el cielo oscurecía las lóbregas aguas de los sarmentosos brazos del Nogra. Gestos de apremio en el antropomorfo. Otra frase inconclusa, absorbida por la precipitación; otra tentativa de racionalidad abortada. Picaria no divisaba la casa Tule pero intuía que esa era la dirección que expresaba el gesto. Una intuición fundada.

¿Eres tú? —preguntó a la mutación.

Crejó que la respuesta la daban los árboles, nombrándose uno a uno con voz desfallecida. Soy... Soy... Soy... Pero el destinatario de su incredulidad no profería otro sonido que unos chasquidos irritados desde su tribulación biliosa y la aviesa mirada que describe el odio. Picaria sintió miedo entonces, a solas con aquel fuera lo que fuese, desasistida del inefable amparo de su sangre.

Un miedo impensable que percutía en las sienas de los asustados. Advirtió Picaria tarde su parte de culpa en lo que se perfilaba. Era la correlación del miedo que nos infundía a nosotros, ¿queriéndolo?, y que, a pinceladas de viento y sombras, aferraba su cuerpo mientras sufría la humillación. La humillación de la que fuimos testigos forzosos. La anterior humillación no tuvo testigos, si negamos esa condición a la hilera de árboles atenazados por sus raíces y el destino que las hendía a muchos metros bajo tierra en paralelo al curso de las aguas oscuras, en versión de la leyenda.

Lubo acabó con su extraviada paciencia y los intentos dilatorios de Picaria abalanzándose sobre ella, que al contacto perdió la verticalidad y el amago de corajuda resistencia que ideaba; la ciñó por la cintura, bamboleándola, y la cargó en su hombro derecho cual un fardo de carne y ropa. Las manos y los brazos de Lubo sobresalían en fuerza más de lo que Picaria recordaba. Tantas veces jugando habían practicado esa acrobacia y otras que sólo una musculatura bien ejercitada permitía.

“¿Te acuerdas, Lubo?” Qué poca voz le salía a Picaria. “Yo me tiraba al suelo o me abrazaba a un árbol o me aferraba a una columna estilizada de las que se dejan coger, y me pegaba como una lapa y tú tenías que arrancarme sin provocar un deterioro en el físico de tu hermana, subirme a tus hombros, que eran las nubes, y transportarme por encima del mundo a un lugar cómodo, bonito y fragante; que yo había organizado previamente. Jugábamos al rescate de la dama secuestrada por el terrible enemigo. Yo era la dama, siempre era la dama; tú eras el paladín hasta que tu amigo Roeg te sustituyó en la liberación y traslado. Pero el abrazo de Roeg no era como el tuyo; el abrazo de Roeg no era el de un hermano robusto. Tú eras el más vigoroso de los dos, el hércules entre todos, y le enseñaste a rescatarme del pactado cautiverio por si algún día nuestro teatro describía la realidad. Tú siempre has sido el más fuerte y el más audaz y quien mejor me ha protegido y con quien me he sentido más asistida.”

Recitaba Picaria su panegírico a una criatura desvariada sin tacto, oídos o sensibilidad para cosa distinta que su viaje de vuelta con pasaje.

“No quise provocarte, hermano mío.” Con poca voz pero empeñado intento Picaria apela al último asidero. “Te doy la razón si la tienes. ¿Los has visto? ¿Son como tú imaginabas? ¿Han vuelto?”

Lubo no le pidió que le acompañara, probablemente por el riesgo y no por la negativa a creer en la presunción; llevarla siquiera a las proximidades de la casa Tule representaba un riesgo excesivo que no iba a correr. Al protector Lubo no le pasaba por las mientes atraer un peligro, imaginado o real, hacia su hermana; lo que él hiciera con su vida era distinto. Picaria comedía no tanto sus dudas como los atropellados comentarios que le suscitaban las nerviosas afirmaciones, deslavazadas y también agoreras, provenientes de su útil hermano. Acudiendo al repertorio de disuasiones ella buscaba deliberadamente apartar a Lubo de aquella peligrosa atracción; una paradoja de intención reflejada en el cristal divisorio. Pero no hubo manera de cegarle el camino ni con luz destellante ni con predicción ominosa. Lubo, ya puesto en situación, no deseaba compartir oralmente la aventura con nadie.

Podría haber tentado a Roeg para formar equipo; Picaria podría haber tentado a Roeg. Picaria y Roeg podrían haber solicitado la participación de los augures, luego la aparente de la guardia, por último y a la desesperada la comandataria del grupo. Picaria lanzó esa posibilidad a Lubo cuando éste desaparecía hacia la casa Tule y su renovado misterio. Le llamó elevando la voz, le llamó con el tono de una hermana preocupada, le llamó amonestando la obstinación; le llamó por su nombre; le gritó el nombre y una orden sin efecto.

Podría habérselo dicho a Roeg al cabo de la terca partida y con él organizado nuevas y adecuadas tentativas de distracción, demora o impedimento: “Lubo va a la casa Tule.” O sin excusa de asidero posterior en Roeg o quien fuera podría haberle seguido a la carrera y subirse a su espalda para estorbar la marcha de un fugitivo de la cordura. ¡¿Es que ya no estás de acuerdo con lo que decidimos?!, espetárselo al oído abrazada a su cuello, apretando su cuello nervudo clavando las uñas hasta asfixiarlo. ¡Da media vuelta y olvídalo o habla con Roeg! Por favor...

Habla con Roeg, el jefe, el amigo de la infancia, el responsable político de la política común, el suministrador de iniciativas.

La sensatez de Roeg no es que fuera proverbial pero se le concedía, como tantas veces se acepta que el valor o la inteligencia son inherentes a las personas ya constituidas socialmente o anden por libre de aquí para allá o con este o esta, estos o estas, camino tras camino hacia la sucesión de horizontes. Roeg era un humano adscrito a esa condición ineludible. La prudencia del proclamado jefe ha de ser una ley para sí mismo y para los dependientes de su jefatura, reza la teoría

conciliar. Roeg debía aplicarse en la administración para dar ejemplo también de valor e inteligencia. Contaba con los asesores adecuados.

A Roeg no le gratificaba el espíritu cortejar el peligro como a Lubo o, en un plano subsidiario, al émulo Minos. El peligro tiene sus admiradores y sus detractores repartidos desigualmente, dependiendo de por dónde embista o por dónde asome con su inquietante proceder o la recompensa que otorgue la hazaña de enfrentarse, oponerse y batirse contra él. Roeg no tenía tanta facilidad para sortear las dificultades físicas, los obstáculos y los acechos; su papel era otro, políticamente separado de la primera línea de acción. Aun así tendía a ejercitarse en la obsesión musculosa y en la táctica bélica de campo, dando ejemplo a la hueste seleccionada para la tarea intercambiable de ataque y defensa. Roeg era un jefe aceptable, soportable, puede que también fuera justo y responsable como las sagas describen a los héroes. Se dice en las sagas y en las leyendas que la fortuna, en sus míticas acepciones, sale al encuentro del héroe y le confía los secretos de la victoria; las leyendas también dicen que en los héroes recala una sustanciosa dosis de inteligencia espolvoreada de tino, argucia y presciencia, que es el báculo con el que apoyarse para el tránsito. Los mundos tenebrosos ceden su maléfico imperio si el héroe y sus fieles a la orden, henchidos de fantasía gloriosa, arremeten contra lo posible y lo imposible ignorando los prescindibles distingos.

Roeg conocía una parte de la historia por boca de Picaria, los demás ignorábamos los antecedentes aunque preveíamos a ojos entornados y puede que hasta con el alma encogida las consecuencias. No precisamente por esa misma boca iba a conocer, y con él todos al ser inviable la privacidad, el desenlace de la épica historia.

Un minuto después de la obcecada partida era demasiado tarde para atajarla. La febril conciencia de Picaria elaboraba un plan alternativo que no la dejara en una posición comprometida; nadar y guardar la ropa y las apariencias. “Soy inocente de todo cargo que se me impute relativo a la locura de mi hermano.” ¿Pero quién iba a desconfiar de la versión de Picaria? ¿Y quién osaría calificar de locura la decisión del bienamado Lubo? Nadie desconfiaba de la palabra de Lubo o de la palabra de Roeg. Yo sí desconfiaba de la palabra, el gesto y los actos de Dimo porque Dimo, desde la cuna, ha personificado la ambigüedad. Roeg recibió la noticia, el escueto informe de la propia interesada, a solas ambos en una

naturaleza descompasada en el cromatismo y sibilante la atmósfera. Gravedad en los rostros, un atisbo de temor ancestral a continuación. Roeg atendía el relato de Pícaría y sus presumibles omisiones al tiempo que con el redivivo sentido de la premonición percibía la amenaza cerniéndose sobre nuestras cabezas, por nuestros flancos y bajo nuestros pies.

En su calidad de líder, Roeg nos previno de las iniciativas conducentes a un estado de cosas próximo al caos. Dicho en otras palabras, necesarias dada la emergencia, se nos reclamaba sin excepción el desistimiento de la iniciativa en aras a la uniformidad de criterio emanado de la autoridad legalizada. La interpretación de las palabras y el descubrimiento de su sentido escondido, así como la lectura entre líneas de los diferentes textos que han llegado a mí desde que tengo memoria, forma parte de mi carácter; un carácter, lo acepto, equidistante entre el escepticismo y la entrega cumplidora a mi cometido comunitario. El de Roeg, proveniente de los áulicos como casi todo lo de esa índole, era un consejo preceptivo indexado en el correcto proceder institucional. A ningún preboste se le escapa, tarde o temprano, que algunas noticias azuzan los bajos instintos mientras otras enervan la conducta hasta diluirla en el acatamiento. Los bajos instintos son la expresión de nuestro ser primario; la enervación de la conducta es, en definitiva, un aprendizaje al acomodo estratificado. La noticia que nos convocaba a la unidad de acción argumentaba a favor de la contrita obediencia desde el silencio. Calla y escucha; capta y cumple; mantente en tu puesto sin rechistar; sólo una voz habla; sólo quien manda conoce; únicamente quien conoce decide, orienta y guía; sólo hay una luz que da luz con la que oponerse a la oscuridad. Consignas de la teoría conciliar fácilmente asumibles por los acostumbrados a ser lo que les concede el poder; y muy fáciles de acatar para los habituados a formar parte del coro, número tras número con un distintivo rutilante en mayor o menor grado luminoso prendido en lugar bien visible.

Roeg manda e impone, pero no consigue atemperar el ánimo colectivo o siquiera, y como consuelo para los subordinados, enmudecer el viento y de paso desterrar de los ateridos mortales el eco del espantoso grito de aquella figura presuntamente femenina, supuestamente llamada Pícaría, venida del mundo oscuro, criatura del bátrato, de la que no cabía apartarse con miedo y asco en mixtura porque ella, dadivosa, se alejaba de nosotros retornando al erebo.



Se alejaba hacia su lugar de origen con un paso tortuosamente lento y pesado. A pesar de todo lo que ya se había visto y en la última parte también oído esta vuelta al averno pillaba por sorpresa. No sé cuánto tiempo faltaba o pasaba de la medianoche o del mediodía porque las horas carecían de número. Nada era absolutamente cierto o completamente falso; nada era lo que parecía o exactamente era lo que parecía; nada indicaba que un paso después, un minuto después, una variación cromática o acústica después resolviera el enigma que Picaria, suponiendo que fuera ella, nos planteaba. La única manera de averiguar el qué, el cómo, el dónde, era seguirla aceptando que nos condujera a un destino clarificador o endemoniadamente perverso.

Roeg quería avanzar hacia ella, le atribuyo ese mérito. Minos, el esforzado soldado, pretendía rodearla; le concedo esa intrépida insolencia. Picaria daba la espalda a ambos y a los pocos que nos manteníamos enquistados en el confín de la certidumbre.

La adversidad se ceba con los héroes improvisados. Alguna ráfaga furtiva de viento hubiera podido susurrar al solitario Roeg que ciertos caminos se recorren únicamente de ida. La adversidad gusta de atormentar a esos héroes forjados en las secuelas de una iniciación incompleta, a los que su público deja que partan sin mudar la fisonomía haya o no haya una luz reveladora ilustrando la mínima distancia entre el pasado y el porvenir.

Picaria nos dio la espalda y su espalda nos irradió luz. Hízose la luz. Esa luz vibrante originada en Picaria nos señalaba con descaro, impúdica era su revista a los asistentes al fenómeno. Picaria destellando luz crepuscular volvía al origen por la senda de la ficción, repuesta del lancinante castigo. ¿Sanación milagrosa? ¿Un hechizo que afecta al espectador? No le podía ver la parte frontal pero imaginaba que la tensión ahora eliminada de su cuerpo era patente en la cara oculta de su anatomía.

Falsa impresión.

Me equivocaba.

No sé si me equivocaba pero era lo más probable.

Los muertos desprenden una fosforescencia trémula cuando es irreversible su estado. Hay páramos enteros donde conviven mal avenidos los verdugos y sus víctimas con los carroñeros y las saprofitas. Pero no impresiona tanto una extensión mutilada de relieve como un desgajamiento o una oquedad en mitad de

la nada. Allá abajo o allá dentro, incrustados a fuerza de acumulación en el suelo o en la pared del fondo y sus aledaños laterales, la convivencia de la muerte, el abandono, el silencio y el olvido alcanzan un dramatismo insuperable.

A Roeg le ardía la garganta y le lloriqueaban los ojos, muy apagados en su brillo, muy fijos en el cuerpo evasivo, cual una víctima ataviada para el sacrificio que ha de seguir a pies arrastrados la estela de la provocación.

Minos no sabía a qué carta quedarse, si a la obediencia o si a la glorificadora osadía. Un soldado debe obedecer a rajatabla y aguardar en su puesto y dispuesto las órdenes de la superioridad; un soldado no improvisa salvo ante la solitaria desesperación y sin sentar precedente. La baraja con la que jugaba Minos esa partida al todo o al nada se le deshacía en las manos; su cara, envejecida por la indagadora luminaria era el poema de la antítesis del efugio. ¿Qué decides, Minos? No hay que burlarse de los seres limitados. Los seres humanos somos limitados, somos un experimento, somos un juguete de las paradojas concebidas para mortificarnos las neuronas. La ilación del ser humano es tan simple como la de un no ser humano modelado a imagen y semejanza nuestra: nacer, asimilar, estar, ir, volver, tropezar, dar, recibir, crear, destruir, alimentarse, evacuar, dormir, planificar, sumar derrotas, disimular, cambiar de ruta, cambiar de idea, cambiar de compañía, cambiar de paisaje, cambiar de aspecto, respirar, caer, saltar, saludar, despedirse, procrear, soñar, interpretar el sueño, equivocarse, arrepentirse por algo de lo hecho y por todo lo no hecho, matar y morir. Todos los cambios que adornan el ciclo vital son previsibles; la novedad, la pincelada de diferencia la otorga el momento, sea elegido o sea forzado. Minos lee la ceniza que el pérfido viento arremolina ante sus ojos párvulos. ¿A qué carta te quedas, Minos: obedeces o improvisas? La obediencia distingue al buen soldado tanto como el valor. Eres un valiente, Minos. Eres un soldado disciplinado, Minos; te condecorarán por ello. La improvisación merece recompensa si es la única alternativa.

La cara oculta de Picaria, la cara oculta del Sol, la cara oculta de la Luna, la cara oculta de las estrellas existentes o extintas, la cara oculta de la duda, la cara oculta del pánico, la cara oculta de la casa Tule. Repetía indigestado la letanía en un acto de contrición reflejo: la cara oculta de las ventanas, la cara oculta de las siluetas, la cara oculta de los árboles, la cara oculta de las aguas oscuras del Nogue, la cara

oculta del investido de la máxima autoridad, la cara oculta del cenotafio, la cara oculta del porvenir.

Una sima de huesos evoca en las mentes asustadas una hoguera de brasas a la que no acuden los cuerpos vivos a calentarse o pedir consejo; es un oráculo fatídico sin necesidad a pronunciarse con la mediación de las huellas de los restos orgánicos o las prestas portavocías de las órdenes ultraterrenas.

Lubo y Picaria eran dos hermanos muy unidos. Suena a tópico pero juro que es verdad. Claro que yo sabía lo que era posible conocer. No me había interesado inmiscuirme hasta el nivel de la confianza en la sobremesa ni los interesados me reconocían como uno de ellos con derecho a participar de las confidencias. Mi experiencia en materia de intimidades se reconducía a lo aprendido en la infancia bajo la didáctica de la cautela y la seducción de lo esquivo pero tangible. Unos pasos y se alcanza. Paciencia y pericia; mucha voluntad, constancia y sutileza; la palabra justa, la actitud metódica; apartarse discretamente de los duelos con visos de derrota.

Los consejeros áulicos deberían anticiparse a lo irremediable con presteza; tanto sentido de la medición acaba por convertirnos en dóciles animales de compañía para uso restringido a las efemérides que precisan de bulto adecentado. El séquito de la estatua de cristal.

Minos, déjalo correr.

Roeg no comprendía lo que se esperaba de él por delante ni por detrás. Con los cinco sentidos forzados al límite todavía le faltaba un enorme trecho para saber qué partido tomar: el de la amada que es y no es por el decurso de un acontecimiento inimaginable o el del pueblo abromado, lerdo por aleccionamiento progresivo, a sus órdenes. La amada tironeaba de su instinto con arte atávico, nosotros conteníamos la respiración simplemente vacíos de criterio. Puede que el único con un hálito de inspiración, si el comportamiento primario admite ese sustantivo, fuera el embrollado Minos. Aunque el mixtiferi de Minos era una minucia en comparación con el aturdimiento que ulceraba al desdeñado Roeg. Preservado y preservando a su vaticinada alteridad, la inmutable Heda, la mujer sumisa brotada de la aquiescencia, el heredero Dimo tomaba nota mental de lo que él no iba a permitir le ocurriera; le traía sin cuidado el poder que la naturaleza, la política o el enemigo le confirieran llegado el caso porque le obsesionaba otra ambición que a mí nunca me fue ajena.

Te ha abandonado, piensa Roeg acusando la sacudida. Tienes que ir a por ella, se empuja, se exige, se muerde los labios hasta sangrar.

Yo pensaba: “¿Por qué involucrar al amor, tan frágil, tan puro él? ¿Qué pinta Eros en el entreacto de la tragedia?”

El silencio traduce los pensamientos y los difunde por doquier en contra de la voluntad del puesto en evidencia. ¡Cuánto se echa de menos entonces el ensordecedor ruido de la furia despierta, de las pasiones enceladas, del cruce de improperios, del chocar estrepitoso de las armas que defienden y atacan! Cuánto se añora un vocerío iniciado en la octava alta, concluido en un susurro enamorado: “Ven”, “sígueme”.

¿Por qué involucrar al amor, tan subjetivo, tan inocente él?

Roeg, la efigie sentimental del héroe repentizado, es un hombre aislado al que no asiste otro alivio que el jeroglífico consuelo de recuperar la posesión, la hegemonía, el dominio, la potestad, el título, la voz, el dictado y la sentencia; todo ello por obligación, en esos momentos impensados una maldita obligación aún más burlona que el personaje desdoblado de Picaria. Oscilan sus labios pero no emiten palabras inteligibles. Qué contrariedad para un jefe. Qué paradoja cuando se recibe respuesta a una pregunta sin formular.

Roeg es un hombre abandonado a la petición que pronuncian dos voces: “Ven”, que hablan alternando el singular: “Sígueme”.

En los caminos del héroe siempre acecha el peligro; un peligro que adopta formas caprichosas para atraer despistando en los primeros estadios de la tentativa, para relajar la guardia del aventurado a base de ilusiones sensoriales que hechicen su percepción condicionando los siguientes pasos; en los caminos del héroe se turnan lúbricamente el peligro y el engaño que en su forma femenina se llama trampa. Las razones personales de Roeg para aceptar la seducción de la llamada a dos voces tenían que ver con el miedo a ser despojado del refrendo popular. El héroe ha de cumplir con su obligación sin dar explicaciones ni recibir ayudas, así como el público ha de abstenerse de proferir toda clase de comentarios, reprobatorios o laudatorios incluidos, porque su papel en la representación es pasivo. Nosotros éramos el público con la boca cosida y el ánimo clausurado.

Yo fingía ser público.

Algunos habían resistido la tentación de alejarse a todo correr de ese lugar espejado por los fantasmas, hacia donde fuera y a mucha distancia, hacia algún refugio que saliera al encuentro para ofrecer una protección maternal quizá bajo tierra. Éramos unos pocos los resistentes a esa humana tentación de salvaguarda si se tiene en cuenta el número inicial de congregados. Éramos unos pocos sucumbiendo a la tentación humana de permanecer no tanto como espectadores carentes de responsabilidad sino como testigos a los que les corresponderá declarar cuando se celebre el juicio. Un juicio por deserción, un juicio por incompetencia, un juicio por fraude, un juicio por allanamiento, un juicio por injurias y calumnias a la autoridad, un juicio por prevaricación, un juicio por abandono de funciones, un juicio por incumplimiento de las obligaciones, un juicio por homicidio en grado de tentativa, un juicio por asesinato, un juicio por complicidad y encubrimiento en la traición. Un juicio múltiple.

A Roeg se le iba el alma y un hilillo de saliva rojeante por contestar a la invitación. Mi vista, a falta de otra cosa mejor, penetraba en los detalles de las fisonomías en liza. No eran sus pies, desplazándose con cauta torpeza, aspecto significativo de la pugna interior en el héroe que no quiere abandonar a los suyos para recobrar el lugar con los suyos, que eran sus brazos y en el extremo sus manos las que autónomamente dirigían la transición de lo conocido a lo desconocido. Puede que el rictus del reverso de Picaria se asemejara al de Roeg, uno acaba pareciéndose al ser inmediato; y nadie más inmediato a Roeg durante años que Lubo.

—Lubo...

—Es Lubo.

¿Cuántos sabían a ciencia cierta de la aventura furtiva de Lubo? Únicamente Picaria. ¿Cuántos sabían de la aflicción de Picaria o de la mutación de Lubo o de la siniestra escenificación del fin del mundo antes del momento presente? Estúpida vanidad la de los mortales. A las puertas de la debacle y sin más horizonte que una apresurada confesión redimidora de males y penas al oído que se preste —¿dónde hay un alma compasiva que preste su oído al relato de unos hechos enmarcados en el miedo efectivo a descender a los infiernos mitológicos?—, confían en participar del elenco que deleitará en los sucesivos eones a los hacedores del caos, a los productores del melodrama, a los maestros artistas confeccionadores de los peleles, dueños y señores del antepenúltimo

destino recortados en la fosforescencia de la arquitectura vetada de la casa Tule, apostados en el puesto de caza y armados de paciencia, viendo pasar a los aspirantes a ocupar plaza en el purgatorio.

—Lubo...

La parturienta Picaria ha dado a luz un varón quince centímetros más alto que ella, de mayor envergadura, con un peso superior; eso sí, con el parecido que caracteriza al hijo con su madre.

Todos miramos el alumbramiento, incluso el encogido Dimo que no podía oponerse a ese capricho de la naturaleza trastocada. Repartida mi visión entre ambos espectáculos, truculento el del tándem Picaria-Lubo, una parodia política que mueve al menosprecio la de Dimo y los trujamanes, actores corridos a los flancos del heredero dando a entender que la transición de poder se había consumado. La suerte está echada, Roeg; nadie apuesta a tu favor, compóntelas como puedas. ¿Dónde hay un médico?

—Un médico...

Me llaman, me buscan.

—Médico...

No he movido un músculo del cuerpo para atender la reclamación. Yo estoy pero no soy. Que no fíen en mí ese parto. Me ignoro como facultativo; mi atuendo apenas arroja pistas sobre mi condición y mi título es in pártibus. Me río, me río, pero disimulo. Podría decir que yo curo patologías no sortilegios.

¿Dónde está la diferencia?

No me rebajaré a contestar. Mi medicina compete a la sanación del cuerpo no a la del ánimo ni la del espíritu. ¿Por qué no convocan esas voces urgidas a los asesores, a los sincretistas de la política parda? No lo hacen porque son ellos los que piden ayuda. En mal trance nos vemos el uno y los otros. ¿Tú qué opinas?

Mi medicina no sustenta prodigios de oscuro origen. Las oscuras aguas del Nogra, la oscura fisonomía de la casa Tule. El hospital de campaña, el hospital de sangre, el centro de atención donde se suturan las heridas de los que juegan a desvelar el arcano.

Debería extender una receta prescribiendo un melifluo placebo; mi reputación continuaría incólume y se olvidarían de que existo.

Tú qué opinas, Heda —tendría que haberle preguntado.

Dejemos dormir al misterio, dejemos que goce de un sueño letárgico. Cuando amanezca, cuando el mundo en torno adquiera las tonalidades propias de la vida, cuando un viento aliado despeje el cielo y el suelo, entonces habrá llegado la hora de la asunción de responsabilidades. Entonces y con el derecho que otorga la supervivencia será momento para inquirir: ¿quién ha provocado la alucinación colectiva?

—Un médico...

Mi diagnóstico es que Picaria ha venido a captar a Roeg.

Tú qué opinas, Heda —tendría que haberle preguntado.

Roeg en el ara de los sacrificios, carnaza propiciatoria para aplacar la ira de los retornados.

—Tú qué opinas, Heda.

Pero en voz tan baja pregunto que no se entera. Mi timidez, llamémosla así, es inseguridad y desasosiego. ¡Maldita sea! No quiero cometer ni un error. ¿Y cómo voy a saber si lo cometo? Me inclino tanto hacia la medida que no me entero de mi voz hasta que lo repito: Tú qué opinas.

Heda no escucha. Heda no oye. Heda no mira. Heda no ve.

Los áulicos redactan el siguiente capítulo. Dimo asiente, Heda acepta lo que la atrabiliaria fortuna le depare, los cívicos aguardamos una señal que nos lleve o nos traiga. Tropa inútil, saldos.

Roeg va hacia Picaria. Sigue a Picaria. Picaria ha venido a captarlo.

¿Qué hubiera hecho yo? La historia escribiría este prólogo: “Fue hacia Heda”, si hubiese seguido otro instinto que el de conservación. “Fue hacia Heda porque iba a apartarla de todo aquello antes de ser devorados”. Dimo ordena lo que le ordenan ordene.

—Vámonos —dice un apocado Dimo con la voz rasposa, más influido por el miedo que por el impulso. Aun así oímos su propuesta.

Obedecemos. ¿Quién va a oponerse a una escapatoria autorizada? Se nos revelaba como nunca nuestra identidad, la de miserables gregarios enfilados al aprisco. Obedecemos como unas criaturas domeñadas con esmero. Seguíamos la voluntad del señor de la grey usurpando y alterando al viejo estilo espurio la voluntad del señor de la grey.

Yo disimulaba.

Roeg se opuso. Nos detuvo con un detalle imperativo. Roeg todavía era el jefe y un jefe acepta la veleidad del amigo de alma, del amigo de la infancia, del amigo, pero en ningún caso el doblez con tufo de traición, desacato, rebeldía, insumisión. Cobardía. Fallaba la sangre común en las venas de los presuntos hermanos. Roeg todavía era el jefe, el hermano mayor, el líder del clan, y revocó la sugerencia elevada a la categoría de orden con el marchamo de su ya quebradiza autoridad. Clavó su desprecio en Dimo desnaturalizándolo. Me llegó alta y clara la sentencia: “Yo seré quien te nombre sucesor”. Una autoridad resquebrajada pero efectiva; una conciencia fraternal que absuelve de la ignominiosa desafección, por otra parte. Dimo bajó la cabeza apenas levantada antes, los áulicos accedieron obedientes y puede que contritos al estado de cariátides, y Heda mantuvo su dignidad y la del conjunto sosteniéndose sin balanceo delator en su firme compromiso con el devenir de la pugna.

No, tú no opinas, Heda.

Roeg era el jefe todavía y Dimo un aspirante sin traza heroica. Yo era el médico del que se ignora si su ciencia da para solucionar lo que se le reclama; yo era una figura simbólica a la que cuesta desterrar o enterrar por si acaso; de mí se había extraído todo el jugo posible al parecer. El miedo guarda la viña. El miedo es un visado que franquea muchos pasos. Los áulicos cuentan con ese mismo factor dirimente para superar las pruebas acumuladas en su contra; por si acaso.

Desconocían, y yo desde mi creíble disimulo, qué nos reservaba la orden sugerida a Dimo por los permutados asesores; tampoco acertaban a saber si la orden de Roeg que nos asilaba en la Atalaya fue improvisada o respondía a un plan definido por la estrategia de resistir a toda costa —¿a qué?— los que quedábamos en apariencia con esa intención.

—A la Atalaya.

¿Te das cuenta, Heda? Otra vez se pone de manifiesto quién es quien en esta ficción que nos sojuzga. Estás en el bando perdedor, Heda; cambia de bando.

¿Por qué no se lo dije si la tenía al lado? Los médicos echamos mano cuando se tercia del privilegio de la situación. Camino de la Atalaya me acerqué a Heda, me situé a corta distancia de Heda, me junté a Heda porque quería respirar su aliento. Heda marchaba tres, cuatro pasos por detrás de Dimo; yo me infiltré en el binomio con descaró. Heda a tiro de mi pedagogía. La ocasión hallada para marcar diferencias.



Escucha, Heda; ese no es nadie.

Empezaría contundente, puede que la tomara del brazo o le ofreciera el mío para apoyarse. Puede que me aproximara experto a su mejilla, pretendiendo la confidencialidad.

Escúchame, Heda, te contaré que es lo que me tomo realmente en serio. Yo superpongo la ironía a la debilidad emocional. Yo soy un adicto a la ironía pero me cuesta dejarme llevar por mi fuerza interior. Yo consumo sarcasmo en privado cuando me miro al espejo, cuando repaso lo que no he hecho, cuando busco el argumento de razón que ponga a cada uno en su sitio, cuando interpreto las muecas incontroladas de mis pacientes y las que huyen de mi vela a horas intempestivas, cuando pienso cuál es mi papel en esta historia bicéfala. Dame tu aliento, Heda. Los dos respiramos este miasma pero tú lo devuelves filtrado para que las criaturas presas de debilidad, ¡advierte cuántas hay!, se alimenten con la resurrección del deseo. Heda, mírame un instante. Mi privilegio me permite estar a tu lado, sin embargo no alcanza a ignorar el protocolo ¿o debería decir simbiosis imperfecta? Excúsate de la inercia dirigiendo el pensamiento a las extrañas simas del espíritu de Roeg. Excúsate desviando tu mirada hacia la impronta del último coraje, el que de pura rabia parte objetos, caras y huesos, y de regreso a la línea diagonal sumisa, a la línea horizontal sumisa, obséquiate una sonrisa de estrella fugaz que suplante a lo que de nada sirve. Dame ese desahogo, despójate de servidumbre, renace. Nos escaparemos de la Atalaya.

Había concebido la idea y la pensaba ejecutar; Heda y yo escaparíamos de la Atalaya. Elaboraría un plan sugestivo que eludiera el rechazo de los centinelas y el previsible, aunque mermada la férrea disposición, de Heda. Soy médico: a los médicos se les concede un tramo allanado de confianza por donde evadirse hacia los espacios abiertos que espejean en la imaginación.

Me acercaré a ti una vez repartidos en la Atalaya. ¿Sabes que tiene cuatro pisos? Bueno, son tres y el sótano. Lo cierto es que son dos pisos, un sótano y un ático. La planta baja, el piso superior, el sótano y el ático. Déjame recordar... No hace falta, me acuerdo perfectamente, como si fuera ayer.

Era de noche, puede que semanas, meses o años atrás. Lubo, Roeg y la escolta inspeccionaban el edificio lindero con la zona descuidada. Lo hacían de un modo sigiloso, muy precavido, pendientes los guardias del menor movimiento y de los chasquidos suficientemente distantes de los propios pies. Alrededor de la Atalaya

no se concibe ninguna expresión natural de vida. No hay constancia escrita ni oral fehaciente de su construcción ni un examen rápido induce a catalogarla como arqueología. ¿Por qué esa visita nocturna, una noche elegida oscura?, me pregunté al ser reclamado en aquel lugar inhóspito, desechado de nuestra cotidianidad. Lubo, en cabeza, abría todas las puertas favoreciendo que el aire circulara de fuera adentro; el aire exterior, impuro aunque respirable, sustituía al viciado con desgana, como si ya conociera de antiguo en qué consistía la mudanza y su nulo efecto pasadas las primeras inspiraciones. Primero abría las puertas únicas de cada planta, con cuidado, evaluando la presión ejercida para no incrementar el daño en la madera, todas las puertas languidecían cerradas pero sin llave, y echaba una ojeada particular sin cruzar el vano, apenas estirando el cuello, constantemente a su lado un recio brazo con un arma protectora, defensiva u ofensiva según la necesidad; luego bajó y subió los crujidores escalones comprobando que ya ninguna puerta permanecía cerrada; y en tercer lugar, con equivalente medida, desatrancaba los postigos de las ventanas donde las había, en la primera planta y el ático, no pocos de ellos incrustados al olvido, concediendo a los pares de ojos curiosos la observación de un mundo desierto fijado entre dos antagonistas. Roeg mandó apagar las luces portátiles y poco a poco un mínimo baño de luz exterior fue alojándose donde le era posible llegar. El espectáculo sin ser bello arracimaba en torno una expectación devota, vinculada a un simbolismo fijado en el inconsciente colectivo. Una vez más era la audacia del campeón Lubo el faro que alumbraba, descarada y tiernamente, los espacios al margen de otra consideración que la fábula. El silencio, un místico silencio incluso seguido por el vetusto mobiliario y los aposentados insectos, los viscosos reptiles, los mamíferos pendientes y roedores, la fauna ponzoñosa hecha a la mala prensa y al resignado ostracismo, presidía la ceremonia de reconciliación entre etapas documentadas por transmisión oral.

Un minuto. Varios minutos. El médico dijo que le dieran unos minutos y se iba con ellos. Tardaron poco o mucho en llegar, el médico no percibía el paso del tiempo ocupado en la comprensión de aquella solicitud custodiada por un pelotón de soldados escogidos. ¿Por qué yo?, se preguntaba el médico. Es una pregunta que jamás hurgaba el diáfano entendimiento de Minos.

Era un trayecto corto o largo que recorrieron llevados por la agilidad. El instrumental médico introducido por el sabio consejo de la prevención —el

médico desconoce qué aspectos de su ciencia serán requeridos en el punto de encuentro, al médico no se le ha informado de su competencia en el omitido destino— tintineaba con el estímulo corporal musicalizando la peregrinación. Por lo visto no era importante el silencio durante la marcha ni al aproximarse, reduciendo progresivamente la frecuencia de paso, al contorno de la última edificación erguida.

Habían llegado. Afuera de la sobria mole aguardaba un renuevo de la guardia hábilmente cubierto por la oscuridad. Protocolariamente se identificó al médico y se le condujo escalera arriba, sorteando los peldaños traidores, a comparecer ante la autoridad.

—Hemos traído al médico.

Éramos muchos, Heda; a mí me parecía multitudinaria la concentración en aquel espacio que intuía reducido; sólo lo intuía porque mi visión estaba entorpecida por cuerpos altos y envergaduras anchas. Un ejército protector de intervención inmediata y contundente. Casi todos allá dentro a la expectativa, unos obedeciendo otros decidiendo que había que seguir mudos, estatuarios y en penumbra. Es muy incómoda la rigidez si no la asume un cadáver.

No sabría darte razón de por qué me entretuve echando vistazos a la puerta y a la ventana, ambas intactas, es decir, exentas de violencia sus estructuras. No estaban forzadas ni quebradas. Una asociación de ideas que aceptarás lógica concebía un escenario de asalto aderezado de añicos, con jirones y reguero de sangre, erosiones y lamentos restringidos a las inmediaciones del herido. Yo miraba de hito en hito por los resquicios de los corpachones a la puerta y a la ventana, a la ventana y a la puerta, intercalando el recuerdo de los momentos precedentes cuando la guardia me vino a buscar y me trajo poco más que con lo puesto. Pensándolo bien, me dije, eso me aseguraba un pronto regreso. Qué ganas de volver a casa tenía, como si barruntase una celada de la que me iba a ser imposible librarme. Creció mi esperanza al no distinguir daño alguno en los humanos que mi veterana inspección alcanzaba, indicios de patologías curables en primera instancia o síntomas de daños cuya reparación obliga al traslado del afectado. Claro que un traslado de urgencia hubiera significado mi salvoconducto para el retorno a la zona civilizada. Ya ves que la cabeza me andaba en asuntos dispares al estricto de estar en aquella frontera, porque no se me informaba de la orden que me había traído.

La Atalaya se había mostrado receptiva a las demandas del grupo colonizador. ¿A cuándo había que remontarse para encontrar en el recuerdo de los ancianos o de las crónicas una visita organizada, de ese estilo, con ese cuidado por no devaluar lo escasamente valioso? Entonces yo no contemplaba la funcionalidad del proyecto, como si en nada me concerniera aquella ocupación pacífica y hasta puede que militarmente discreta eximida de bajas; entonces yo sólo quería contemplar la causa de mi presencia allí, remaneciendo en mi nuca la sospecha de que no venía referida a un suceso anterior sino a uno posible o probable, temido o deseado, que tampoco me atañía, pero del que iba a participar contra toda previsión facultativa. Mientras mis temores avanzaban en tropel con espíritu destructivo me acordaba de ti; mientras me envolvía la desolación de la callada por respuesta, aunque no hubiera pregunta a la que responder por no haber sido formulada, intensamente me acordaba de ti. A fuerza de sincerarme, más que acordarme pensaba en ti en la circunstancia que relato. Las conexiones entre esta devoción privada y el futuro que daba inicio en esos momentos de noche oscura y silencio agobiante te serán reveladas a continuación. De ti depende que las sitúes del lado de la casualidad o del lado de la muy estudiada intención.

Yo no abrigo dudas al respecto; quisiera que tú tampoco y no han de hallar cabida en ti si te decantas por la objetividad.

Eran tantas las sombras a medida que la mínima luz exterior ocupaba los espacios de la Atalaya, eran tantas y tan tímidas, tan tenues, casi inapreciables comparadas con el deprimente manto nocturno, que no identifiqué hasta pasado un buen rato la de Dimo. Entonces no le concedí importancia, ¿para qué iba a concederle una importancia que le negaba en el resto de lugares? Dimo no era nadie en mi cosmovisión; bueno, quizá un apéndice inocuo descartado de la cirugía o de la consideración científica. Eso, por supuesto, aún sin añadir la inquina que posteriormente brotaría del rencor y la indefectible venganza.

Dimo semioculto por la multitud atlética con sus inquietos ojos escudriñando una salida que le ausentara del futuro. Lo sé porque lo entreveía. El estómago es un consejero personal fiable que advierte sólo cuando se perfila el riesgo; mi estómago se revolvía a disgusto y su alerta despertaba a unos sentidos adormilados, acostumbrados a una monotonía placentera o por lo menos confortable. El médico merece un respeto popular y un trato deferente de las autoridades.

Llegados a ese confín de nuestra civilización, todo presidido por una calma glutinosa, y ya conducido a sus entrañas concurridas, todo bajo una aparente seguridad, pude haber sospechado con visos de certeza qué me tenía reservado el designio superior. En otras palabras, si hay dos o tres o cuatro o cinco heridos, víctimas de una escaramuza, víctimas de una eventualidad soportable por lo imprevisto, se les transporta al hospital de sangre de las inmediaciones; si el percance resulta en mortandad el proceso es el mismo, acompañado de una retirada por escalones o a la desbandada y sálvese quien pueda, a ver quién llega antes al refugio; pero si el olor que se percibe es a miedo en vez de sangre, si la tensión reinante en el grupo humano es consecuencia de extremar la prevención por si acaso, debía haber sospechado que de mí se esperaba cosa distinta a la ciencia aprendida y aplicada durante mi ejercicio. Fui un ignorante condenado a pagar prenda, lo asumo. En mi descargo alego que no podía hacer otra cosa que aceptar una propuesta razonable para la mayoría.

La sombra de Dimo se rebullía a los pies de sus protegidos. A cada segundo que pasaba parecía temer que de prolongarse la residencia en la Atalaya, los unos esperando lo que dijeran los otros, su excusa carecería del suficiente arraigo como para mover las piezas en la dirección apetecida. Llegado el médico a su efugio no le quedaba más que pronunciarse. Con la sola dificultad de la estrechez, una vez habituados los ojos a la penumbra, y un no querer desvelar ni oposición ni conciliábulo dilatorio, Dimo se dirigió a su hermano y le habló de una posibilidad coherente con el objetivo que les había traído y la salvaguarda de los presentes y sus representados. Recurriendo a la confianza fraternal, de boca a oído por no dar de sí la intimidad, hábilmente desplegó la táctica que iba a concitar una adhesión liberadora.

¿Para qué tantos si con una reducción al mínimo bastaría? Roeg entendía la cuestión y se puso a repensar su primera idea donde el papel protagonista recaía en su hermano. La idea de Roeg era dejar a Dimo con un pelotón de custodia en la Atalaya, delegando en él la responsabilidad de la confirmación del oráculo. Era un papel apropiado para ser satisfecho por el heredero del jefe y una prueba pública de su valía, discretamente cuestionada en los aledaños del poder. A Roeg no se le escapaba que todo pueblo uncido a una constante vigilia necesita depositar una fe ciega en su líder y que éste responda a las expectativas imaginables sin titubeos y a esas otras dimanadas de la leyenda que marcan una

época con serenidad, presteza, valor y destreza refrendada. Deducía Roeg que se presentaba una buena oportunidad para arrastrar al olvido los cada vez más extendidos rumores sobre el carácter intrigante y medroso de su hermano; también deducía que del mismo padre no podían salir hijos tan dispares y que aun existiendo entre ellos diferencias notables desde la infancia, el estado de necesidad las corregiría o diferiría para siempre. Era una buena idea dejar a Dimo en la Atalaya. Pero la idea de Dimo de dejar al médico con una exigua guardia poco o nada delatora para los retornados tenía sentido. Roeg se enfrentaba a un gran dilema.

Dimo, adoptando el papel de edecán, protegiendo la meditación de su hermano, informó a Lubo de la sugerencia, cuidando las formas para perpetuarse en un resguardado segundo plano. A Lubo la idea no le pareció ni bien ni mal. Había que dar cuenta del augurio y esa era una manera como otra, igual que para llegar a un punto concreto valen tantos caminos como los que lo permitan.

Roeg pensaba de cara a una esquina en el doble dilema moral e intelectual. Lubo aguzaba la vista hacia la difuminada casa Tule, el punto de retorno. Dimo procuraba dar la espalda al médico y a la ventana, conservando la apariencia de propuesta inteligente a lo que era un subterfugio. Los segundos duraban minutos, la novedad tardaba en ser asumida por quien podía certificarla como acierto. Dimo tanteaba reiterarse en el intento cuando Roeg susurró a Lubo su decisión. A Lubo no le pareció ni bien ni mal. Había que dar cuenta del augurio, así se lo recordó a quien era el jefe, aceptando que el número era una circunstancia aleatoria si el campo de acción no se ampliaba hacia la ribera del Nogra; cosa por el momento fuera del cálculo. Sopesando los beneficios y las desventajas del improvisado plan desde un sombreado intercambio de opiniones entre ambos, convinieron en la reducción de efectivos propuesta por Dimo y en la elección del médico como el representante idóneo para cumplir esa trascendental misión.

Una drástica reducción de efectivos que aliviaría la presión soportada por los viejos cimientos de la Atalaya, ya tan ajena a invasiones.

Las instrucciones corrieron jerarquizadas y casi en tono confidencial escaleras abajo hasta los centinelas apostados en la única puerta de la Atalaya. El médico contaría en cuanto lo supiera con un argumento para validar su presencia en la Atalaya.

Roeg personalmente y en un aparte exterior, comunicó al médico lo que había decidido. Tuvo la deferencia casi amistosa, posiblemente entroncada en un incómodo sentimiento de culpa, de relatarle el periplo ejecutivo iniciado con el aviso del oráculo, la interpretación de los augures, la diligente traslación de los áulicos, seguido de los movimientos pertinentes y acelerados a que ello obligaba a la autoridad. Roeg no buscaba la comprensión del elegido, es aberrante que la máxima autoridad ejerza de pedagogo con la víctima propiciatoria de un sacrificio. Roeg lo enfocaba como un servicio a la comunidad, ineludible, inapelable, insobornable; una prestación honrosa que acrecentaría su fama a ojos vista de la noche a la mañana, sin olvidar la aportación científica que aquella experiencia iba a reportarle. El breve discurso epilogaba quedamente en un premio a la categoría intelectual, un parabién merecido orlado de contribución didáctica, vino a decir el poder. No obstante, a la autoridad le tironeaba su conciencia. Pero se sobrepuso en dos exhalaciones dando por válido lo aceptado y mandado. En circunstancia semejante la opinión del médico carecía de relevancia, silencioso, un tanto abstraído y recogido en sí, como tampoco era motivo de consideración su demostrable falta de experiencia para el cumplimiento satisfactorio, abnegado, de una misión extraordinaria.

Mientras Roeg, a medida que se le iba ocurriendo, desplegaba un deslavazado plan de contingencia, el médico devolvía imaginariamente su cuerpo al piso donde aguardaba Dimo el complaciente fallo a su ominosa propuesta de salvación personal. Roeg desviaba sus dudas al limbo y del limbo venían absueltas las del médico para recrear el episodio precedente. Podía haberse negado aduciendo la necesidad superior de sanación que compete a un médico. Podía haberse opuesto con parecido, y mejor, argumento de autoridad al esgrimido por Roeg. Podía pero no pudo. Empezaba a caer una lluvia espesa que fue la rúbrica a la declaración de intenciones y la señal de retirada. El agua oscura tomada al Nogra por nubes sedentarias iniciaba el proceso a la inversa; lo mismo que la precipitada comitiva consolada por el reemplazo forzoso. En un parpadeo la Atalaya quedó expedita de pioneros aún sin desperezarse el amanecer, nuevamente sumida en su agrietada postración en aquel lugar remoto rememorado apenas por la leyenda de un tiempo pretérito. Llovía un agua viscosa descendiendo pesada, a desgana, tiznando la mansedumbre del elegido y la resignación de los seleccionados para constituir la guardia personal en tanto que alguaciles fiscalizadores del

cumplimiento de la orden. La acedia de los remanentes contrastaba con la agilidad de los devueltos a la civilización, salvo en un soldado con vocación de servicio.

Al nivel del suelo el desvaído conjunto, adivinado más que observable, formado por la casa Tule, los brazos del Nogre o la hilera de árboles fronterizos, era una fantasía morbosa. A las puertas de la vetusta Atalaya la secuela de los expedicionarios que al alistarse fueran aguerridos, cinco soldados y el involuntario añadido del médico, cubría la perplejidad —¿aquí quién manda?, ¿qué se espera de nosotros?— consintiendo indolentes que la densa lluvia calara la empatía. A solas la vanguardia heroica con el suplicio de la gota. Sobre la cabeza del médico percutía la cadencia de los condenados; él era la pieza que cobraba mayor patetismo también en su vestuario, inadecuado para soportar el castigo de los elementos. Podría justificarse diciendo que todo había sido tan repentino que no le dio tiempo a equiparse; pero mentiría. Cuando el enviado de la autoridad le requirió para la marcha nocturna no pasó por su cabeza este ni los siguientes capítulos que ahora gestaban el futuro. A un médico se le solicita a cualquier hora para atender urgencias relacionadas con su ciencia y se le suele acompañar en sus itinerarios porque es un bien preciado, común, escaso y en ocasiones mágico. En eso pensaba el médico escarnecido por la lluvia de gotas gruesas, malolientes; en eso y en que la autoridad le había conferido el mando civil de la operación.

Minos fue a prestarle su capote. Era tal la carencia de medios de subsistencia que había que compartir el capote o refugiarse en la Atalaya hasta que escampara; surgía otro problema con la intendencia. ¿Qué decidía el jefe? Los soldados aguantan lo que venga y lo que caiga si el entrenamiento ha surtido efecto en ellos, pero no se les debe pedir una función para la que no han sido preparados. El médico agradeció el detalle pero rehusó la prenda. En un alarde que a nadie de los presentes hubiera extrañado tanto como el hecho de estar donde y con quien estaban, podía decir a Minos en tono poético que rechazaba el generoso ofrecimiento porque antecediendo al alba, en ese lugar incógnito, le apetecía mojarse con la lluvia regalo de la luna nueva y respirar a pleno pulmón la fragancia exhalada por la tierra humedecida y la flora asperjada. La poesía es un recurso instintivo.

La poesía engarza la desesperación a la cordura.



La poesía redime, Heda. Nos iniciamos de un modo poético, espontáneo como las uniones que fragua el viento. Tú, sin saberlo, representabas el amor difícil corrido en verso. Era radiante la mañana que acudiste a mi puerta. La abrí yo, como si supiera de antemano que eso es lo que esperabas. Me miraste y dijiste: “Quiero...”; dijiste: “Vengo...”; dijiste: “¿Puedo entrar?”; dijiste: “Soy...” No dije: “Lo sé.” Dije: “Pasa.” Y tú sin haber pronunciado una sílaba entraste invitada y te sentaste a la mesa dispuesta con el desayuno. Una mañana radiante de luz y colores viniste a desayunar conmigo sin que mediara la casualidad. No pregunté: “¿Qué te trae por aquí?”; no pregunté: “¿Qué deseas?”, “¿cómo te llamas?”, “¿cuándo fue la última vez que nos vimos?”, “¿recuerdas mi voz?” Recordaba tu voz, tu sonrisa, la gracia de tus facciones, la propagada armonía de tu cuerpo, la última vez que nos vimos y esa merodeadora cadencia expresiva que te celaba.

Tú no eras tú aquella mañana. Quiero decir que tú eras tú en esos momentos en que, distraída con el agasajo y curiosa por la novedad, buscabas una excusa que justificara tu sitio a mi mesa. Yo hablaba por los dos ofreciéndote motivos para despertar tu interés por la reciente posesión. “Estás en tu casa”, no te dije; “estoy a tu disposición”, no te dije; “me tienes”, no te dije. Pero lo traslucía mi mirada y la viveza de mi oratoria, y tú, pese a tu condicionamiento, fuiste capaz de atesorarlo. Puse en tu plato las mismas viandas que cubrían el mío y en tu copa el mismo líquido que refrescaba mi garganta cuando tomaba aliento. Sin querer o queriendo te convertiste en mi mejor oyente, en la más agradecida compañía que conociera desde mi llegada. Desconociendo a qué debía el honor de tenerte en mi lugar me había convencido de que era yo la única realidad que te había traído. Te llamé por tu nombre y creo que no te causó asombro. Seguías escuchando lo que te contaba mi voz, no sé qué te contaba mi voz, y tu arrobo, el rubefaciente tono del candor, tu innata timidez para relacionarte con la diferencia, enardecía mi estómago. No sé qué te contaba mi voz pero no querías que dejara de hablar; me pedías que siguiera relatando distendidamente esas aventuras cotidianas que mueven a la sonrisa y a la confianza, que lejos de perjudicar a los aludidos, tampoco recuerdo si mi currículum era de casos con nombre o innominados, los exonera de otra culpa que la de ser humanos, seres y humanos, maticé, y esta diferencia aparentemente sólo semántica se convirtió en un secreto compartido que te correspondía custodiar.

Estaba a gusto contigo, halagado por mi suerte ese día tan bien comenzado. “Querida Heda, te esperaba hace mucho”, no te lo dije y mejor así, pues hubiera sido exagerada la afirmación. Una frase impropia acaba con las expectativas del sentimiento. Era preferible imaginar que el presente, tú, yo y la mañana cálida de cielo luminoso, podía eternizarse con la mutua voluntad de prolongarnos a continuación donde fuera. No te dije: “Cuándo será la próxima vez”. Me parecía que no era necesario redundar. ¿Pero qué pensabas tú? ¿Cuántas verdades contenía tu cara? Diligente, me expusiste el motivo de la visita; un motivo bordado en la pura lógica. Volvías a ser una funcionaria ejemplar. Desempeñabas nuevamente el papel de inmovible e imperturbable ayuda de cámara. Había pasado un rato desde que llamaste a la puerta y algo menos desde que mi imaginación trazaba planes.

Minos empujó la añosa puerta de la Atalaya que el último soldado había entornado por adquirida precaución, establecida la primera guardia de la avanzadilla ante el punto débil; interpretando que al rehusar la prenda trinchera, el médico daba la orden de acuartelarse en un estilo ausente del militar pero de igual comprensión para los subordinados. Minos dio un nuevo paso hacia el médico acortando la distancia entre la puerta y el inhóspito interior de la Atalaya y el inclemente mundo exterior abatido por una antigua devastación, para a su modo simple y eficaz ofrecerle el austero cuidado que le encomienda la autoridad delegada a cambio de cumplir con lo que de su jefatura esperaba la minorada avanzadilla.

Aún se interrogaba el médico por la causa de su desdicha, cómo si no definir su situación, presumido el causante, cuando la lluvia mutaba la temperatura y el de por sí brumoso paisaje infiltrando bajo la piel púas de hielo. Del cielo caía un telón de materia licuada fría, muy fría, cercana al límite de la congelación, cortante y agudizada en una burda imitación de parloteo. Fue repentino. Instintivamente y al unísono todos dirigieron los ojos entorpecidos a la azotada cúspide de la Atalaya, aunque eran miradas oblicuas que temen alejarse excesivamente del suelo. No hizo falta que uno a otro, del centinela al médico, anunciara lo evidente. Allá arriba fluía un velo arrugado de una materia liviana pero de mayor solidez que la oscura licuada arreciando en intensidad y helor. Podía ser una corona, el aspecto era de halo. Un fucilazo dio pistas sobre el origen del fuego de Santelmo.

Luego, otro destello magnífico y otro avasallador hasta que dejé de perderme en su majestad.

Un fuego fatuo, Heda. Un oráculo prístino para el exégeta en que me había convertido; qué mejor texto de lectura que la proyección de los extremos de la vida; sumido en un convencimiento que se introducía en mí verticalmente, de arriba abajo y de abajo arriba, quería disfrutar de mi estatus; la brevedad de la vida se me hizo patente como si estuviera diseccionando un cadáver, un despojo humano envoltorio de secretos golosos que va a revelar lo que guarda su pudrimiento a un traductor experimentado sin recurso a la indefensión. La corona fulgente contaba muchas llamas que andaban en círculo presidario. Me puse a enumerarlas para sacarme la espina de los relámpagos. Una, dos, tres, cuatro... Prestaba mi oído a una posible voz, prestaba mis oídos con preferencia déspota a las posibles voces que me anunciaran la decisión a seguir. Cinco, seis, siete, ocho... Era un espectáculo estupefaciente. Las llamas ardían avivadas por la licuación del cielo. Me dije: “es una metamorfosis primordial”; me dije, susurrando: “eres un privilegiado”; me dije: “has superado la humanidad.” Caía fuego helado de la bóveda. El suelo gorgoteaba empantanado; los pies iban profundizando en una parcela cenagosa. Sé que la guardia me observaba con una acusadora incredulidad. Pormenores en los que un jefe ingénito no repara. Yo era el jefe, Heda; ¿lo entiendes? Desde aquella luminosa mañana compartiendo mesa y un esbozo de conversación bajo mi techo, un lugar seguro entonces, donde yo me sentía dueño de la situación y de mis actos, donde tú te dejabas mecer por mis deseos porque yo era alguien importante en el cerco de civilización que te ha visto nacer, aprender, orientarte y vivir en la obediencia, desde aquella mañana esplendorosa yo dejé de ser un amable extraño. Te reivindicabas en mi presencia con tu presencia, no sin timidez, lo comprendo; ¿lo comprendes?, para qué preguntarme; lo comprendía. Yo era el médico, una personalidad de segunda instancia pero incluido en la dignidad y en la deferencia; un segundo escalón en la conquista y en la defensa. Yo era un atractivo en la áspera cotidianidad. Un hombre cortés al que le daba igual quiénes eran tus progenitores y qué habían sacado con tu traspaso. ¿O fue cesión? ¿O fue renuncia expresa? ¿O fue encargo? Disculpa la insolencia, ha sido una veleidad; bien sabes que mis modales son intachables.

Al contacto de aquella sustancia viscosa y gélida la ropa y la piel se retraían; una piel lasciva que pretendía el contacto, morbosamente humano; una ropa insuficiente para impermeabilizar. El voluntarioso Minos apuraba su conciencia para saber qué hacer conmigo, ¿me había tomado cariño fraternal?, ¿o era lástima hacia el cautivo de los lazos de sangre?; echaba la mano al casco de metal estriado enfundado en lona para dármele, para sugerirme que me cubriera la cabeza suponiendo que esa parte expuesta de mi anatomía debía servir para mucho más que perderme en divagaciones que nos hendían en el fango; me ofrecía esa tapadera de encaje para exorcizarme del hechizo, llamémoslo estupor, Heda, y ya dotado de refuerzo pusiera fin a la insensatez de la permanencia a la intemperie. ¡Qué podía imaginar una mente como la de Minos, o la agrupación de mentes adiestradas para una sola tarea que dependían de mis órdenes al no haber otra fuente de las que manaran! Era notoria su preocupación, pero yo me sentía reconfortado con el odio hacia mí mismo y con ese vacío absorbente presidiendo el cuadro de manchones. Minos, criatura confiada a la ciencia. Puede que mi boca sonriera. Un gesto ácrata, un gesto desabrido y el pacto con la indulgencia. Me culpaba de mi suerte, cierto y cabal, yo era el único culpable al que podía castigar directamente; tal vez ese era el motivo por el que me extasiaba con los elementos, con el fragor virgen de la Naturaleza. ¡Criatura afortunada asistiendo al preámbulo y al epílogo del mundo, yo! La dualidad en jaque, Heda. Mi alteridad desvanecida, Heda. Me consumía el rencor y un ansia de venganza filosa me volvió audaz. La respuesta les llegaría a ellos puntualmente; una respuesta de magnitud absoluta. Cada instante que pasaran sin noticias les acosaría la incertidumbre, puede que en un reducto de conciencias soliviantadas también la culpa por una mala acción inconfesa; y una visión reiterada de sombra furtiva y ágil. Esa sombra describiría un círculo carcelero que entraría y saldría de todas partes indemne a los daños, impune a las consecuencias, libérrima manifestación de la conducta dominante. Meticulosamente elaboraba mi consigna de espaldas a la guardia, de cara a la advertencia. Nadie iba a ganar, pero yo no iba a perder.

Aquella lluvia pesada, oscura, rugosa, viscosa y fría me había embriagado proporcionándome un coraje imprudente. Aquella luminiscencia majestuosa me confería un vástago de su poder. Yo era el jefe, Heda, y hasta donde me alcanzaba la vista mis posesiones.

Ordené a la guardia que ocupáramos la Atalaya. La exigua tropa se aprestó a cumplir mi primera orden, la que deseaba ejecutar aleando; con la luz del día las cosas se ven diferentes, disminuyen los temores y parece que hay tiempo para responder a una eventualidad.

Constituido en comandante de la guardia, ¿lo era, no lo era?, Minos cerró la puerta, atrancó la puerta, reforzó la vigilancia en la planta baja y esperó la nueva orden. Eso quería Minos, eso querían los demás: órdenes. El soldado ha de cumplir las órdenes del mando natural. Yo, Heda, era el jefe. Mi segunda orden no fue tan bien acogida y ocasionó, cómo no darse cuenta, un sentimiento de aprensión, de escama nerviosa. Las luminarias con la potencia restringida acentuaban la intranquilidad generalizada. Cada soldado una luz, en medio Minos y yo con las manos libres. Un suspiro, dos suspiros hasta que se impuso la obediencia debida y la puerta cerrada, atrancada, quedó desguarnecida de humanos armados. La fe de Minos en la autoridad me facilitaba la iniciativa.

La fe da un sentido trascendente a la vida, Heda.

El médico dispuso que la guardia acantonara en la primera planta, distribuidos los efectivos a lo largo de las paredes guardando la separación reglamentaria entre cada uno, alternados en la conciliación del sueño, con vigía incisiva a los lados de la ventana y de la puerta. Iniciados los respectivos turnos, el médico se llevó a Minos para reconocer completamente el lugar. Empezaron por el ático; el médico quería acercarse a las alturas destellantes; tres ventanas y un mirador de casa solariega, un anejo frívolo en una arquitectura mínima de superficie diáfana exenta de mobiliario. En su extremo occidental el miradero se abría a un horizonte único, constante, indescifrado; la hora y la atmósfera no daban para ver nada en el exterior. Revisaron el techo, de menor altura que en el resto de plantas pero aun así permisivo con la de unos humanos adultos y fornidos, percutiendo cada pocos centímetros con el arma larga de Minos; nada, aparte de ocasionar nuevos desconchados y una pátina descolorida en el suelo. La misma operación ahora contra el suelo, un paso y golpe, paso y golpe, el médico concertaba los movimientos de las extremidades del ejecutor, un paso y golpe seco; tampoco el suelo escondía en su sonido un secreto de entrada o salida. Continuó el registro en las paredes sin obtener la certeza de un doble fondo, una cámara para la conservación de aquello que requiere otro momento para cobrar protagonismo allí o donde fuera. Minos hacía lo que le ordenaba el médico sin cuestionar la

oportunidad o el procedimiento. La inspección probaba que el único acceso para entrar o salir del ático era la escalera que comunicaba la planta baja con los dos pisos superiores.

Para terminar con la revisión descendieron al sótano. La trampilla que daba paso a la dependencia subterránea medía dos metros de largo por un metro de ancho, las dimensiones de un ataúd holgado, y se dibujaba en el suelo de la planta baja ladeada hacia la pared oriental y tocando a la fachada orientada al Sur. La trampilla, de listones de madera deslucida y frágil, se abría hacia la derecha y quedaba apoyada en la pared formando un ángulo de setenta grados. Las dimensiones del sótano eran idénticas a las de cada piso, cuarenta metros cuadrados, aproximadamente, de geometría rectangular, ligeramente más largo que ancho. La Atalaya era un puesto de vigía definido por su nombre, pero también un sitio donde aprovisionarse y pertrecharse, un espacio a cubierto donde guarecerse de la intemperie, de las inclemencias constantes, y la hostigadora soledad de un mundo desposeído de referencias habituales para el asilado forzoso; y también un lugar de encuentro con la introspección; y además, aunque de difícil comprensión y de improbable aceptación, la antesala de un viaje sin escalas de principio a fin o de fin a principio. La Atalaya es la muerte, colegía el médico.

Minos no traslucía su pensamiento siempre un paso por delante o un paso por detrás del mando.

El que recalca en la Atalaya muere, infería el médico; más aún, sospechaba, el que en ella permanece.

El sótano dibujaba tres accesos cegados con piedras encajadas a viva fuerza; uno en la pared de Levante, otro en la del meridión y el tercero en un suelo de terrosidad pardusca y desigual, ruta imaginaria hacia el Hades. ¿Adónde conduce el subterráneo que profundiza en la tierra? Médico y soldado cruzaron una mirada de soslayo. Intentar abrir una salida allá abajo era incongruente teniendo una franca arriba.

—Esto lleva al Norte —dijo el médico por decir, señalando la puerta en el suelo. Con la mano cogió un pequeño montón de tierra granulosa dejándolo caer a continuación—. Trizas...

Decía por decir a un oyente embebido por la solicitud.

Tres escapatorias hacia los puntos cardinales divergentes con el enemigo que se daba por hecho procedería del Oeste. Salir al encuentro del enemigo no era deseable. ¿Lo era huir en las otras direcciones? ¿Y adónde? La distancia cubierta por las salidas podía ser larga o corta, muy larga o simulada; podía tratarse de un engaño, de una nueva burla de los arquitectos; podía ser que cada ramal de huida desembocara en una sala diáfana de aproximadamente cuarenta metros cuadrados pero sin ventana, sin fuente de luz ni aire, una estructura aunada de cárcel y patíbulo. Los huidos se refugiarían en aquella entraña destructiva sin tener conciencia del procedimiento tramposo. Acto seguido los juzgadores, antes captores, deliberan pausadamente sobre el futuro individualizado o colectivo y obran en consecuencia tapiando, mandando tapiar a los obreros asalariados, la única posibilidad de regreso al exterior o condenando a una muerte humanizada en los respectivos habitáculos; una muerte por arma idónea, más o menos certera, más o menos rápida, más o menos prorrogada con un añadido fulminante.

—Celda... Tumba... ¿Tenemos que pensarlo?

Decía por decir, quizá queriendo provocar una reacción en el inmutable soldado.

Con la pregunta esparcida en la catacumba a falta de mejor recipiente, el médico dio por finalizada la inspección del edificio. En los minutos transcurridos desde su llegada, ¿cuántos serían?, ¿quién los contaba?, él y su percepción del mundo habían cambiado significativamente.

—Hemos dejado el ayer —dijo por decir.

La suposición del amanecer indujo al médico a buscarlo fuera de la Atalaya, valiéndose de la excusa del reconocimiento para salir solo, caminar en solitario, pensar a solas. Aceptó el capote y un arma defensiva en la que apoyar la inseguridad si llegaba a morder el libre albedrío. A Minos no le quedaba otra que resignarse a la obediencia, mal que le pesara; el médico resultaba un jefe nada común y aun así no le incomodaba su actitud ni sus órdenes; quedaría aguardando entre la tenebrosidad del espacio a cubierto y la del inmenso espacio perdido hacia la nada, una pie en cada orilla, a cual más desazonadora. La vista larga y la boca cerrada.

El médico se alejaba en la dirección donde el Sol se pone. Era una manera de rebelarse a la certeza de que pasaría mucho tiempo hasta reconocer una mañana luminosa orlando el cuerpo deseado, el envanecido desprecio del orillado, una

venganza intimista y de poca monta. Atrás, difusa por un amanecer coartado, la sumisa construcción avizora peroraba al caminante de rumbo arriesgado desde un antiguo conocimiento que por ser útil se brinda a un destinatario concreto, cuyo nombre o cuya función terrenal hubiera sido registrada en el libro mayor.

Media vuelta momentánea para confirmar la interlocución. El médico discretamente acompañado del explorador, una persona crecida dentro de la otra aparentemente en cuestión de horas, ambas taciturnas, mantiene la vista larga, el oído atento y la boca cerrada. El médico pisaba el blando viscoso de la enfermiza tierra de nadie, una zona proclive a la desaparición de todo vestigio material, un peligro de hundimiento acentuado cada segundo de insistencia por dejarse convencer de su importancia. Aquello tenía sentido y desde ese acuerdo expreso procedía interrogarse liberado de la traba por la sorpresa. No había que pensar en el regreso, algunos caminos que conducen a parajes de cautiva belleza, emparentados con los espejismos, lo ponen difícil dado que su ambición es la de compartir un misterio de esos que se cuentan una sola vez a cada visitante; y así sucesivamente con cada visita inesperada para el visitante, que nunca deja dicho como aviso solidario a los siguientes si el desistimiento de regreso es voluntario. El médico y su alteridad hollaban la calamitosa tierra de nadie pisando añicos, quiebras y desahucios. Un somero estudio forense dictaminaría su procedencia humana. Restos humanos expulsados de la telúrica sepultura, capítulos desquiciados de una dominación inconclusa. ¿Y las tumbas? ¿Las lápidas, los túmulos? ¿Hubo espléndidos panteones conmemorativos de la incesante batalla delimitando el campo del honor? El viento punitivo erosiona la vergüenza de la revelación. Los elementos se ceban con el yermo cadavérico. Médico y explorador atraviesan una tierra enajenada al destierro de horizonte impreciso. ¿Dónde está lo que se busca? La mecánica de la guerra es simple, invariable si se procede al modo tradicional. Avanzaban unos mientras se retiraban los otros, luego a la inversa; los unos avanzaban hacia el extremo opuesto de la partida, es lo lógico, mientras coordinadamente con la ley del tira y afloja, los otros, en su papel, tan deseosos de sobrevivir como los primeros, se retiraban hacia el extremo original. Pero no todos ni al unísono conseguían realzar armónicamente el juego. La reiteración del toma y daca cobraba piezas alternativas en número aleatorio. Hubo días que la contabilidad de bajas: muertos, heridos, desaparecidos, evadidos, desertores, desafectos a todas las causas en litigio, excedía los límites



del juego con dos contrincantes, era obvio. A eso también se le llama victoria o derrota, según el cronista del bando ganador o perdedor, según la fidelidad a los hechos o la inversión a la épica del relato.

Los cronistas de los hechos fabulosos tienen mala prensa en la artificiosamente propagada cuarentena del reconcomio, suponiéndoles alguna voz, alguna presencia testimonial en los órganos de difusión oficialmente instituidos, en las sociedades nutridas con los perdedores que se obstinan en esa denigrante condición pese a desear y establecer decretalmente lo contrario. A todo se acostumbra uno cuando es carne de cañón o de prostíbulo. Es una forma de vida recesiva en un perímetro estrecho, aunque útil como eximente para eludir compromisos emprendedores desechados una generación tras otra a cambio de un sustento pactado con los agitadores y propagandistas de la indolencia. A todo se hace el que se conforma con la benevolencia de la célula de crisis. ¡Victoria o muerte! El médico conocía de esa querencia victimista en un número considerable de funcionarios, incurables enfermos de labilidad, cuyos nombres no eran, cuyas vidas no fueron, cuyas obras inexisten; había viajado lo suficiente para comparar y había vivido un mínimo evaluable para tener conocimiento de causa de lo que es y no es.

¿Qué precisaba el mundo antes y que precisará después de serlo? No hay duda: médicos y soldados. El médico puede jurar que esos son los dos ingredientes de la fórmula mágica que otorga la inmortalidad. En una tribuna adosada al recinto senatorial, la nobilísima y sapiente cámara de los inmortales que ha erigido sin fecha la mayestática inteligencia, aparecen nimbados por la gloria de la utilidad los militares y los médicos. Son muchos los de ambos oficios agrupados en los anales de la historia, que no todos, pero nunca tantos como para nublar la perspectiva. La combinación resultaba elocuente al médico en su camino hacia el ocaso. Para no profanar el inmenso cementerio removido caminaba a paso corto en línea recta, tomada como referencia la hilera de árboles paralela a la orilla oriental del Nogue. Un segundo antes, puede que un minuto o una hora, antes de alejarse de la Atalaya la hilera de árboles era perfectamente visible. Ya no. Desde las inmediaciones de la Atalaya era distinguible la hilera de árboles con las raíces unidas en la tierra húmeda que bordea el primer brazo del caudaloso Nogue. Cualquiera podía atestiguar que era cierta la visión. Ya no. Frente al asombro del médico lo que aparecía era una inacabable extensión de terreno desierto,

suavemente crestado y sibilante al soplo del viento, copia fidedigna del que transitaba cuidando de no herir a los caídos. El sonido, fúnebre, de compás agónico, lo orquestaba el elemento aéreo en su discurrir caprichoso por los huecos de las fracturadas muestras del osario, tenía donde elegir instrumento el portentoso solista; y era similar a una voz humana entrecortada implorante de misericordia: “Acaba con mi sufrimiento...” “Escribe mi epitafio...” “Dile...” “Dime...” “¿Ha amanecido...?” Rastros y restos diseminados y humildemente ofrecidos a la curiosidad científica en ese mercado permanente. “¿Eres de los nuestros...” Pero ni rastro ni resto de la última frontera. Preguntar a los muertos es habilidad de forense; reponerlos para su vuelta a la movilidad vital, no. El médico detuvo un paso que lo adentraba en la desolación. Atrás, ya sumida en la distancia donde vierte su experiencia el pasado reciente, la Atalaya era una vibración de mano enferma, un estremecimiento inducido por la colemia. Sobre un pudridero hecho a la mansa espera, la perturbación fosforescente coronaba vistosa los tres pisos a modo de faro para evadidos con ínfulas de salvación en la uniforme orografía. Delante, nada. Por delante kilómetros de erial; la repetición mimética del paso previo avanzando en ninguna dirección, a ninguna parte, con un trasiego de carga mortuoria alrededor.

No dije: He venido a veros. ¿Por qué no fui amable con ellos? A los muertos hay que darles conversación. Los muertos, a ratos, quieren sentirse vivos, no sólo recordados; gustan, como los buenos anfitriones, de tomar parte en los proyectos a corto plazo dando su versado parecer. De los muertos es la frase: “Si por mí fuera ahora yo...” A los muertos no les corroe la impaciencia y por eso su perspectiva de futuro es privilegiada.

Con las primeras luces de una mañana incierta, tenuemente lluviosa, una sección de enlace enviada desde la retaguardia para aprovisionar a los destacados en la Atalaya dejó pertrechos y vituallas para tres días; el acuse de recibo confiaba en un detalle de operaciones con que reportar puntual y satisfactoriamente a los diferentes estamentos de autoridad ansiosos de noticias. Pero la novedad es que no la había. ¿Qué iba a transmitir Minos, accidental jefe de puesto? “Seguimos alerta. El médico ha salido a reconocer el terreno. Espero que vuelva. Espero órdenes.” Poco sustancioso, minucia. La orden era continuar en la Atalaya informando cada tres días a la llegada del enlace.

Alimentos para tres días.

Al tercer día, un mediodía tenuemente lluvioso, la novedad seguía sin novedad digna de mención. “El médico ha salido a reconocer el terreno.”

El médico es un explorador concienzudo, podía alegar Minos al fruncimiento de cejas del emisario; nada es tan increíble como la verdad. Pero, ¿qué dice el médico cuando regresa de su exploración?, podía inquirir el emisario en un tono conminatorio. El médico callaba y reflexionaba o viceversa, al margen del mundo circundante. Nadie le vio tomar notas en la remesa de hojas que para el menester cronista le fue mandada, junto a los útiles de escritura, con el primer enlace; ni una sola de sus meditaciones traspasó el ámbito privado para hacerse patentes en un documento que hubiera adquirido en el acto carácter oficial.

¿Qué dice el médico?

El médico habla sin hablar. En su aparte de estancia la fisonomía del médico no transmite una sola impresión.

¿Qué le contaba a Minos? Sólo hablaba con Minos, Heda. Entre él y yo había surgido una simpatía fruto de la dependencia. ¿A qué me refiero? En Minos tenía un aliado espontáneo; él no iba a delatarme, qué ganaría haciéndolo, qué sabía de mis andanzas de la mañana al atardecer, de la mañana a la anochecida, de la mañana a medianoche, como para hilar una historia que cursara efecto, deseado o indeseado, en las altas magistraturas; y yo obraba a mi antojo, es un decir, sintiendo la cuerda que sujeta a la marioneta apretada en la muñeca de un lado y en el tobillo del lado opuesto, forzadas las contorsiones del ilustrado pelele, ino contarás lo que hemos de saber!, títere pesquisidor de la ígnea trayectoria de las estrellas fugaces. Minos me reservaba un plato colmado, agua fresca y un espacio limpio donde no temer el acoso de la guardia sediciosa a la par que yo le confortaba siendo el jefe que vuelve, saluda, come, reposa y piensa.

Te doy otra versión, sólo para tus oídos. Yo era un errabundo artista en busca de inspiración deambulando por el país de las metáforas. Tú habías oído hablar de mí por boca interesada de admiradores anónimos, esos personajes que uno no sabe dónde catalogar que recalán en los núcleos de población de las sociedades perfectas lo justo y necesario para constatar las maniobras evolutivas de las que se ufanan y desaparecen como llevados por los vientos enteros. Habías oído hablar del artista vagamundo desde la inclinación de los favorables a mi causa; y hubieses dado algo de tu exclusiva pertenencia, que no te comprometiera fatídicamente, a esos relatores de ocasión para que pintaran con mayor detalle al

idealizado y, quién sabe, para que te organizaran a las afueras de la ciudad un encuentro clandestino de cariz romántico. ¿Me dicta egoístamente la imaginación? El artista vagaroso por el indómito país de las metáforas se toma esa licencia. Sigo con la versión privada acompañado de tu tímida curiosidad. Mi pretensión era atravesarlo de punta a punta, suponiendo que la Atalaya se sitúa en un extremo y la hilera de árboles a la orilla del primero de los ocho brazos del Nogra en el contrario y en absoluto simétrico; pero, lo confieso sin reparo, no daba ni con la entrada ni con la salida de aquella inmensidad idealizada. Ridículo, ¿verdad? Grotesco, bufo, estúpido pretencioso. Yo que tú me reíría por lo bajo. Yo que tú no perdería ripio de la historia, aguza los sentidos que te pertenezcan que ahora se perfila el drama para el bucólico viajero de países fingidos y la arrobada audiencia de los vates desplazados. Una tragedia me asolaba. ¿O era singularmente a esa geografía desvirtuada? Doy por factible que la misma tragedia nos asolaba a ella y a mí. Ponte en su piel con una piel elaborada de espuma de mar. Si te pones en su piel te quedas en nada, de ti no queda salvo el siseo de la ola moribunda en retirada, adiós dulce flor maculada. Una tragedia para ella y para ti si te has transmutado en espuma de la sal, adiós belleza impostada. Guarda tu piel en los paños de sedería, treintava cláusula de la dote; la trigésimo primera cláusula de la dote está escrita con tu sangre menstrua vertida en el equinoccio de otoño, convenidos los parabienes en la insonorizada dependencia auxiliar del continuador de la saga. ¿Me sigues? Lo intento de nuevo sin disculparme, sin el menor propósito de enmienda, mojada en bilis la pluma que escribe los escolios. Todo lo que te han contado es mentira, aunque a ti no te han mentado, aunque a ti no te han contado casi nada. Empieza a mirar por tu cuenta, quiero decir con tus ojos. ¿Te han arrancado los ojos con unas tenacillas al rojo? Las cuencas vacías de las calaveras rememoran a duras penas los jirones de piel cauterizada. ¿Te han arrebatado la mirada como dación en pago? Quiero decir si lo que tus ojos ven es autónomo o está completamente condicionado o persisten atónitos leyendo la sucesión de cláusulas. ¿Te ha hundido los globos oculares la presión de sendos pulgares gruesos? No sé qué pensar. ¿Hay esperanza? No sé qué pensar. ¿Cómo te imaginas la muerte?, no me refiero a tu muerte, de la que todavía puedes escapar, sino a la muerte de la que no hay humana escapatoria. ¿Cómo la imaginas y cuándo es más nítida su presencia? La muerte no es una enfermedad sino la consecuencia de un proceso patológico,

paradoja, humana paradoja; claro que la muerte también es el efecto fulminante de un suceso alevoso que rubrica la indefensión de la víctima. ¿Me sigues? Mi testimonio es confidencial. Cuando me pregunten diré que no sé nada que no sepan, que no he visto nada que no hayan visto y que no he sentido nada que no hayan sentido los que han pasado por eso mismo; puede ser suficiente para el interrogatorio preliminar y los consecuentes e incluso para convencer a los que más interese que mi versión sea la cierta; ¿a quiénes me refiero?, no sé, no sé; ¿lo sabes tú? Tú eres de los suyos, ¿tú eres de los suyos? Te dirijo una batería de preguntas: ¿te han amputado las extremidades inferiores?, ¿te han seccionado de un tajo las extremidades superiores, la cabeza, el abdomen, la nariz?, ¿te has alimentado de cartílagos y tendones?, ¿has sobrevivido con una dieta de retazos de carne putrefacta, engullendo con la nariz tapada vísceras compartidas con sus legítimos comensales? Hay enfermedades horribles. Hay enfermedades que no son mortales pero arrastran unas secuelas demoledoras para el ánimo del convaleciente. Mi experiencia recuerda casos que sobrecogen al más pintado. Mi experiencia ni es tanta ni es poca, simplemente es. ¿Quieres que te cuente mi experiencia? No dices que sí ni que no, como si te diera igual que te encerraran en una habitación con únicamente techo, paredes y suelo a la vista o en una habitación con trampilla a un subterráneo que te depara una posibilidad de invertir el destino; pero yo creo que tienes opinión aunque la conserves entumecida en la garganta. A lo mejor es que me interesa creer que eres el reverso de tu imagen. En los lugares públicos y en los de reunión privada se enardecían los partidarios y los detractores del colérico rechazo, gritaban unos con la voz atiplada: ¡culpables!, gritaban otros con la ronquera de la desesperación: ¡víctimas! Los deudos de las víctimas se llevaban la peor parte, es lo habitual; aunque algunas muestras de orgullo a la vieja usanza: cabezas alzadas, espaldas tiesas, miradas sutiles, vestidos elegantes, brazos y piernas de arco modulado, incitaban a creer que la disputa era pasajera como pasajera es una ruta comercial con la marinería y la oficialidad anhelantes de atracar en el puerto donde serán bien recibidos por los naturales que esperan las mercancías estipuladas, más una anejo de concebida sorpresa, y por los emigrados que esperan la nutritiva divisa al por mayor o pormenorizada en contratos verbales perfeccionados por la veloz consumación. ¿De qué te hablo? De una epidemia atroz. Te hablo del fin de los tiempos. Puedes reírte tapándote la boca. ¿No me crees? Yo tampoco me creería

si me pudiera escuchar. Yo tampoco creería a esa voz que al ser preguntada resume en una escueta frase lo que ha descubierto. Nada de nada. ¿Hay conclusión más terrible que esta?

Minos sabía lo que él médico le contaba al volver de cada descubierta. Para el soldado era un alivio que, aun sin determinar cuándo, el médico regresara; al verlo llegar con paso calmo y el aspecto abstraído por la misma dirección de la que había partido horas antes se le aflojaba el nudo del estómago. Que le hablara más o menos durante el tiempo que compartían encierro vigilante en la Atalaya era asunto intrascendente para Minos, pero agradecía que le dedicara unos monólogos en tono que quizá fuera cordial. Las novedades que reportaba Minos eran burocracia insustancial epilogada en la misma frase cómplice: “el médico ha salido a reconocer el terreno”; asentía con la cabeza sin prestar atención y deseaba paternalmente un feliz descanso al buen soldado.

¿Qué dice el médico?

Habían pasado otros tres días. Pasaron tres días más y se repetía el protocolo, incesante la lluvia acompañando las idas y las venidas de los emisarios, llovía a diario y a diario las noticias se diluían en la espesura del agua; aumentada en los emisarios la presión para sonsacar lo que no habían obtenido de la fuente electa. El fin justifica los medios, o habla ese o los enlaces cuentan una suerte de impresiones medianamente hilvanadas al agente intermediario.

Los enlaces dejaron alimento para tres días y una reconvencción asimilada a la amenaza; nadie quiere cargar con la responsabilidad ajena si puede evitarlo.

¿Qué dice el médico?

Minos duda. El médico ha regresado casi al amanecer, un amanecer oscuro de nuevo, con el rostro demacrado; apenas ha pronunciado unas frases de saludo, más abstraído que de costumbre; apenas ha probado su ración, la ración de subsistencia, y ha echado un sueño turbio que le agitaba el cuerpo bajo la manta. A poco se cruzan los emisarios con él.

¿Qué dice el médico?

Por un pelo la pregunta no se la formulan al interesado. ¡Qué contrariedad para los que tanto ansían el conocimiento de la verdad y sus enviados! La piel de los emisarios se perla con el cáustico sudor de lo irreparable. El diagnóstico facultativo es el trofeo que persigue la autoridad y no reparará en gastos humanos hasta conseguirlo; no sirven sucedáneos pues si la verdad es única sólo es fiable

el testimonio de quien la posee. Las víctimas huelen su propio miedo, cuando van y vienen dejan a su embarazoso paso una reguero de miedo que traza el camino de ida y el de vuelta; las víctimas de la indefinición se adivinan condenadas a una pena ejemplar si el médico no suelta prenda; pero para que hable han de dar con él donde se le supone. Todos tienen mala cara: los destacados en la frontera, los enlaces, el médico, la autoridad, pero como no buscan lo mismo las caras no son equiparables. Nadie dice claramente lo que piensa y el malestar cunde y la decepción hace mella. Los de aquí y los de allá parecen muertos en vida pese al movimiento, de diámetro incompatible entre unos y otros, que los trae o los lleva; es decir, que quien simula estar más muerto que vivo es el batidor del osario.

El médico ha convertido en aliciente aquella obligación que naciera del despecho y, también, en curiosidad manifiesta que tira del cuerpo y fuerza los sentidos. Infiere que cada una de las respuestas que dé a cada una de las preguntas que le lancen será decisiva para él y, por connotación, para los demás; nadie quedará indiferente diga lo que diga. Tampoco el manipulador Dimo. Deduce el médico que Dimo es la causa directa de su participación en aquella aventura extraviada donde los que vigilan el horizonte son vigilados por las siluetas retornadas del horizonte; cada par de ojos que escruta hacia la casa Tule y su alrededor acuático tiene su correspondencia remitida desde ese lugar de culto al que se teme como a los instantes previos de la muerte y que atrae como el vacío. Dimo debe sentirse a salvo en segundo o en tercer escalón, hacia la retaguardia, hacia el amurallado palacio presidencial; probablemente ya se ha instalado en su confortable parapeto tan lejos de la sospecha certera, ¿quién se atreve a denunciarlo?, como del riesgo inminente, ¿quién se atreve a comprometerlo?; acompañado de su séquito, del cortejo de fidelidades adquiridas mediante un precio tasado. Dimo nunca se desenvuelve solo, ¿para qué arriesgarse? En el médico anida un vulgar, trasnochado, humano, sentimiento de odio que no quiere reprimir.

Ha dormido apenas, con un sueño intercalado que no llama al buen vaticinio. No recuerda con precisión lo que ha soñado pero lo cree premonitorio. En el sueño eran de textura cenicienta los cadáveres más antiguos, los veteranos tenían un aspecto pardusco, en los recientes brotaban las livideces y los que iban a convertirse en cadáveres se tiznaban de pálido; los cadáveres efectivos y los por consignar ofrecían al espectador un contraste pintoresco, no obstante carente de

relevancia en el desarrollo de la obra. Quizá lo reseñable en el sueño era la acelerada transición en los colores más que el número, ingente, de muertos desprovistos de identidad, huérfanos de allegados, desahuciados de la morada que ofrece un mínimo de dignidad, un mínimo de intimidad, un mínimo de conmiseración para la víctima. Ninguna víctima esgrime su derecho a la última pregunta; el sueño es mudo. No, si escucha el sueño tiene sonido. La banda sonora es onomatopéyica, el tema recurrente, el coro mixto. Voces y estrépitos; voces de condición humana, estrépitos de condición utilitaria. En el sueño se baila. El peticionario tutea o se afianza, al elegir, en el trato solemne: “¿Me concede este baile, señor, señora, señorita? ¿Bailamos?”. Esa voz... resulta familiar; es..., es; “¿es tu voz?”; los cadáveres saludan donosamente, lucen la sonrisa impresa en el semblante; los afortunados, quizá los antaño distinguidos por sus obras, retienen una dentadura ceremonial y los modos de la elegancia de casta; vistos con benignidad de frente, ellos o todos, parecen vivos, coquetamente descarnados como siguiendo una moda; las calaveras vistas de frente preservan el trazo de la vida, pero si se observa de lado, con el mayor disimulo para no ofender al prójimo, la sensación de muerte es absoluta, lacera como un cuchillo de monte; el perfil enseña una estructura inerte que acrece la soledad del difunto. “¿Cuál me ha dicho que es su gracia, señor, señora, señorita, joven? ¿Cómo te llamas?” La boca habla con voz parca, hay que acercar la oreja para entender el nombre, el suceso que le ha traído y la causa del óbito. “¡Cuánto lo siento!” La sinceridad de la condolencia va unida al trance. “¿Hace mucho?” La boca cuenta al pabellón auditivo los avatares de una vida puesta en fuga. “¿Me concede esta pieza? ¿Me permites?”, insiste decorosamente el peticionario. Parece que al bailar las palabras fluyen íntimas con la música de la orquesta de cuerda. El baile es una danza con caracteres obsesivos, de línea melódica constante repetida hasta la saciedad con un fondo de percusión obstinada. El sueño es una trepidación creciente que sojuzga al espectador que guarda turno ¿para él, para quién? en la cuerda de condenados, hasta que súbitamente se derrama en una coda, ¿el final de la angustia, la liberación?, término abrupto a esa tensión acumulada de sudor frío y espasmo, portadora del todavía más horrible silencio: el del telón caído con los colores esfumados de la vida a la muerte. “¿Has venido o te han traído?”

Ella no ha aparecido en el sueño, ni sus manos ni los ojos que miran de frente con esperanza, con orgullo, enamorados; es un consuelo y es un dolor. Qué solos



están los muertos, qué desamparados, qué olvidados, qué irreconocibles pasado el tiempo. Puede que ella venga después a compartir la historia nueva de una mujer y un hombre que viven pese a las circunstancias, antes de que sea tarde.

A Minos tampoco le repara el sueño que difícilmente concilia. Procura mantener la vela hasta convencerse por la profundidad de su respiración que el médico duerme. No se lo ha dicho ni, presumiblemente, hará mención de ello nunca, supera a su atrevimiento como individuo y como soldado decir al médico que le admira, que es un héroe para él y para sus compañeros. Hay que tener valor, piensa Minos, para echarse a andar tierra adelante, hacia la frontera, atravesando el páramo significado de incógnita, un día tras otro, apenas servido de agua y comida para esa jornada, sin protección armada más que un símbolo de defensa para ahuyentar alimañas de pequeño o mediano tamaño sin ganas de arriesgarse todavía o para ir tanteando lo que pueda deparar el suelo, un objeto curioso que destella a la luz de una mirada lacónica o un indicio abandonado a un exilio vejador. El héroe reposa con su carga a cuestas, indelegable y tortuosa. Cree Minos que los héroes aun siendo mortales tienen algo que los distingue, una peculiaridad esencial e inexplicable que, además, les protege de las enfermedades comunes, de los miedos comunes, de los desvelos comunes; eso cree Minos. Las horas de espera son tantas y tediosas que dan para elucubraciones incluso en las mentes menos acostumbradas, sin querer con lo dicho señalar a Minos.

El médico se frota los ojos, tiene la boca seca y la garganta irritada; ha debido ser un golpe de aire maligno. Le escuecen los párpados y su visión acusa un principio de opacidad al que quita importancia. Es la fatiga, se convence. Y deja que se despida la secuencia final del sueño con la sentencia que ha conmocionado a Heda: “No portamos la enfermedad; nosotros somos la enfermedad.” El cansancio, los nervios, son excusas recurrentes que valen su peso en oro para guardar silencio sobre las propias acciones.

Nada parece haber cambiado en el mundo desde hace días. Sin embargo, ha fenecido la luz en las miradas de los soldados, casi en la de Minos, que batalla por su cuenta; uno y otros, con la tez cerúlea, parecen cadáveres insepultos asistidos de una respiración artificiosa; no van a aguantar mucho más, para ellos no hay excusa que valga; si alguno llevado del instinto rompe con su voz lo que todos quieren oír se habrá consumado la defección. El médico así lo entiende, moralmente no puede exigirles que acepten un juego del que ni participan ni

saben en qué consiste, y a él le resulta poco menos que imposible explicarlo. Los revisa uno a uno y el diagnóstico es equivalente: ya no queda vida de la que echar mano. La transferencia de imagen es elocuente, nadie da más de sí; quizá por eso les pide el esfuerzo final.

—Me voy —dijo a Minos.

Es un tono que quiere agradar. Pide el último esfuerzo a los agotados. Minos da su asentimiento, es la garantía; continúa asintiendo a espalda del explorador que retoma un camino que sus pasos han labrado en la tierra fangosa. Hasta donde divisa Minos el camino indica la dirección a la frontera. No se pregunta Minos por qué pese a la adversidad climática la hilera de árboles y la casa Tule prevalecen en el paisaje, tan estoicos como él mismo. Repite la operación de vigía apostándose en la planta alta, a por una definición mayor del solitario que persiste en su encomienda; pero hoy, ese día tan igual a los anteriores, una mañana húmeda y desapacible calcada a las precedentes, ha sentido el impulso de seguir la huella de su jefe con mayor tenacidad. Un impulso vencido al punto de su generación. Minos no se moverá de la Atalaya; sabe que si se aleja la desbandada será un hecho. Minos es un hombre responsable. El médico, su jefe, le ha pedido unas horas y él las ha concedido; la palabra dada se antepone a todo.

—Cada vez quedan menos como él, Heda; menos hombres y menos soldados como él, estoy seguro. ¿Qué será de la especie cuándo desaparezca el último ejemplar honesto? Sé que es una tontería ponerse a pensar en algo semejante; para entonces, si se consuma la tragedia, ninguno de nosotros testificará sobre lo que fue. Nosotros también seremos el pasado que forenses y arqueólogos ayuden a recomponer para los archivos y para los museos. Minos me suplicaba que le dejara acompañarme. Creo que hice bien en no darme por enterado.

Seguía lloviendo. En la tierra calada afloraban indistintos los charcos de la inundación. No había camino ni referencias, sólo la marca de mis pasos cortos y ligeros hacia el mismo lugar de fábula, al que no había manera de llegar o tan siquiera reconocer adelante. Mentiría si dijera que mi experiencia había alcanzado la frontera o estaba cerca de alcanzarla, alguno de esos días o en otros de los que no consta pública noticia; te mentiría si dijera que la leyenda era verosímil; les mentiría si me pusiese a contar lo que he visto dotándome de una extraordinaria retentiva que a esos impacientes describiera con pelos y señales la topografía de la frontera, la reciedumbre de los troncos de los árboles, la

rugosidad de las cortezas, lo frondoso de sus copas y lo enrevesado de sus ramajes empujados por un viento inefable; el suelo muelle o reseco o resbaloso donde los árboles hienden sus raíces y el viajero, el explorador o el asaltante las suelas de su calzado; la negrura sulfurosa de los sucesivos brazos del Nogre, los ocho descoyuntados brazos del Nogre, los nervios de agua desiertos de navegación y un vado casualmente descubierto, divina inspiración, hacia la vertiente septentrional, camuflado por la inextricable maleza; mentiría con intención y arte si a ellos, al interrogarme con desasosiego, con tinte épico les describiera el lugar de cruce antes y después de la batalla entre una hoja muy reluciente y muy afilada manejada por un brazo diestro que no siente congoja ni recela de su misión; sorteado el obstáculo y vadeando por la zona habilitada culminaría el segundo acto de la gran farsa explayándome con el continente y el contenido de la casa Tule, el objetivo prioritario de la temeraria descubierta.

¿Me crees capaz de encadenar varias mentiras? ¿Me crees tan hábil como para urdir una venganza que me desquite con creces? ¿Me crees tan inteligente como para salir bien librado de esta?

No te lo pregunto, pues lo que sabes de mí no ha sido dictado por tu femenina intuición; como mucho es sospecha, a ratos buena a ratos regular; lo que sabes de mí no es producto de tus sentidos sino de la propaganda, a ratos tendenciosa a ratos mala.

Como no es novedad ni influye en el relato dejaré de decir que seguía lloviendo. Lo que me rondaba la cabeza en mi tránsito solitario al desconcierto tenía que ver con un deseo personal; mejor dicho, con dos deseos personales: el uno me llevaba a certificar la leyenda y el otro, relacionado en bastante medida, me confortaba al imaginarlo hecho realidad. Los alternaba en mi imaginación sin un método que pudiera llamarse poético o, en rigor, científico. Me distraía de la desolación y el vacío, pero era perjudicial para mi propósito. No iba a renunciar a mi propósito a cambio de fruslerías como las que truecan la voluble ilusión del niño por el alivio compensatorio de los progenitores; hay un momento en que nada es tan importante como lo que se idea, nada tiene tanto valor ni fuerza como lo que se ha apoderado de tu cabeza y de tu tensión; los abalorios cautivan la ambición primeriza y sirven para decorar el fiasco especulativo de la misma, cariacontecido el aprendiz de negociador que no sabe con qué tapar la delatora muesca de su ingenuidad. Adivino tu pregunta, ¿adivinas mi respuesta? Es simple. Desatento

con el mundo en torno, abajo y arriba, corría el riesgo de pasar de largo lo que pudieran ser tus manos reclamándome, tu mirada en un punto fijo adonde, quizá, debiera dirigirme, un resto agusanado remanente de la putrefacción, una prenda raída que te identificara en mi indeleble recuerdo hacia ti, un oropel, una joya, ninguno de mis regalos, ¿son tangibles mis regalos?, un símbolo de felicidad anterior. No dudes que salía en tu búsqueda con mayor o menor conciencia sobre el preciado objeto; admito que eras una obsesión, no la única ni la principal, disculpa mi indelicadeza. Tenía que encontrarte porque te había añadido a mi proeza y, a fuerza de consecuencia, como tantos de linaje o anónimos, podías yacer en el vertedero de miedos y segundas ambiciones. El miedo te arranca la lengua, te arranca los ojos, te arranca el oído. ¿Quién me aseguraba, entonces, que tus huesos no se apilaban o, aún altivos y en buena forma, aún dignos de la galantería de la carne prieta, se dispersaban por la ruta que conduce a la nada, como queriendo que yo diera con las piezas del armazón, escrupulosamente las recogiera, las tomara en custodia y abrigadas conmigo las llevara donde yo fuera, lejos, muy lejos, infinitamente lejos de la necrópolis.

Caminaba el viajero de oídas, guiado por la leyenda, pendiente de su idea. No conocía en persona la existencia de aquella frontera envuelta en cuchicheos y rumores, temida, admirada, mal descrita y nunca trazada en un lienzo o carta de situación que se tenga noticia; ni de la umbrosa hilera de árboles, de los aviesos brazos del Nogre o de la portentosa casa Tule anhelo de todas las imaginaciones. Lo que quiere decir que había sido testigo auditivo pero no visual del fin de la Tierra. Uno, desde su imaginación y en privado, cree que el final del último camino es un apostadero donde quíerese o no se reproduce al grado superior de la jerarquía una confesión sincera y completa de las acciones y de las omisiones que deben rendir cuentas. Luego, depende de la evaluación, el largo camino traído por el viajero fenece o se le abre a un nuevo horizonte del que tampoco nada sé a ciencia cierta ni doy ahora en imaginar. Pongo límite al límite.

No hace falta esforzar la memoria en pos de un recuerdo al que asirse a quien nunca ha estado en el lugar que le lleva su vida. Esos días de impuesta misión profiláctica no era la curiosidad la que le conducía a las inmediaciones del mitificado paraje; no fue antes la curiosidad, solo, acompañado, escoltado, o, en un arrebató de osadía, anticipado por una petición aterciopelada a la que se quiere ofrecer un regalo excepcional, la guía del médico para entremeterse en las

habladurías de tantos. En sus oídos resonaban únicamente unos nombres desvinculados de significado convencional. Pese a las jornadas de convivencia con ese mismo paisaje devastado y esos mismos interrogantes opresivos surcando cuantos rostros acudían a su encuentro, la sensación dominante era la de haberse convertido en el remedo de una proyección de sí mismo empeñado en descubrir un imposible paso franco al otro lado. ¿Al otro lado de qué? La inspección no resolvía la incógnita. “¿Qué dice el médico?” “El médico ha salido a reconocer el terreno.” Eso hacía, reconocer el terreno vez tras vez, aumentando la distancia desde el punto de partida. A mayor distancia del origen mayor distancia hasta el destino. Juego cruel habilitado para las vidas miserables. Una extensión interminable absorbiendo lo que en ella se introdujera, caminos y viajeros, a todas las luces, a todas las sombras y a todas las peticiones formuladas mediante el susurro de la atracción. A la espalda quedaba la incierta silueta de la Atalaya, nimbada por la pútrida fosforescencia que desprenden los cadáveres en descomposición. Esa era la referencia para regresar o para seguir, una muerte consciente en oposición a una muerte inconsciente que no parece consumarse si los sentidos perciben el reflejo como si fuera la imagen real. Cuántas veces lo que ven los ojos es una ilusión, meramente una añagaza del deseo que no dispone de mejor recurso para combatir la terrible certeza del engaño, ese consuelo fortalecido y duradero si agrupa el miedo común.

La casa Tule es un espejismo. Los elementos de la arcana ficción son un producto elaborado por la fantasía de sus recurrentes autores. Este es mi diagnóstico, Heda. ¿Lo expongo crudamente a la autoridad o invento la continuación de una historia inédita? Me tienta proseguir con el engaño. A fin de cuentas, ¿quién soy yo para decir la verdad a unos oídos acostumbrados a la mentira? Ayúdame a decidir, ponte en mi pellejo que en unos días ha envejecido lo que tarda años en desgastarse; seamos coguionistas de la adaptación teatral. Dame la mano, la voy a poner en mi frente. ¿Estoy febril? Me duele la cabeza, sí. Tengo que preguntártelo, ¿puedes guardar un secreto? Sí. Después, después te lo cuento. Por si acaso, más vale estar prevenidos, busca un lugar muy distante donde refugiarnos. ¿Tanto? Bueno, no contemplaba esa posibilidad. Las estrellas no son tan esquivas como las nubes pero no creas que se dejan habitar así como así; incluso puede que cuando llegemos a la estrella elegida ya no sea más que polvo estelar. Pero no te preocupe esa posibilidad, sigue ideando el futuro a partir

de la revelación. Supongamos, tú supones, yo supongo, que proclamo a los cuatro vientos mi versión de los hechos, desde la credibilidad que me otorga la condición científica y el cargo de alta responsabilidad que la primera autoridad arropada con su consejo, presentes en el acto testigos suficientes de probada solvencia institucional, puso sobre mis hombros, mis piernas, mi cabeza, mi sistema nervioso y mi temple. Proclamo lo que te estoy contando, quedo como un mártir y me largo a un confín remoto donde no pueda encontrarme la venganza de los defraudados. Y tú conmigo. ¿Me perdonaría el pueblo el derribo de su mito más arraigado? Claro que no. Yo pasaría a ser la encarnación del fraude, la quintaesencia de la mentira, el enemigo mayúsculo, el ser biliosamente odiado por haber destruido uno de los pilares de la comunidad. Muerta la confianza se acaba el respeto y la utilidad de un componente lesivo para la supervivencia. ¡Fuera con él! Acoso y muerte. Y para ti lo mismo, por cómplice, por traidora, por desleal.

El médico suspira. Se ha adentrado en el mundo supuesto para convencerse de la inexistencia de seres animados, de naturalezas vivas, de recintos legendarios, de fenómenos sobrenaturales contorneando la percepción de los indagadores; y para dar fe de lo contrario. Suspira. Ya ha superado la distancia precedente, ya ha llegado más lejos y sigue. Sigue un poco más. Es el último viaje. Retiene en la memoria su promesa a Minos, ve a Minos aguardando el retorno para por fin abandonar aquella vigilancia que les ha consumido. Suspira, fatigado. En el páramo inacabable hace mucho calor y hace mucho frío, independientemente del tránsito solar o lunar; sobra ropa y falta ropa pero no coincidiendo la sensación térmica con la longitud de la noche o la del día; es la primera noche completa de trashumancia y el recuento de cadáveres disminuye según avanza hacia un horizonte improvisado. Se pregunta dónde acaba el mundo y pone fin a la exploración. El auténtico buscador no ha de estar apegado a lo que ve, supone o descubre. La promesa a Minos, coaligada con la fatiga y la futura venganza, desplaza sin miramientos a la curiosidad; es todo por mi parte, doctor, ¿lo entiende? Después hay lo mismo, hasta la eternidad que, por cierto, tampoco se engañe en eso, es inalcanzable. ¿Es a mí?, busca el médico la fuente de la advertencia. ¿A quién si no?, estamos solos, ceñidos a la demente cordura.

El médico miraba el horizonte ni claro ni oscuro a esa hora indefinida en que un poder cede la prioridad al siguiente que fue anterior hace un ciclo; un

horizonte mimético al vacío. Ha venido a convencerse, ¿se ha convencido? Alrededor no hay nada. El crujido de los huesos pisados decrece transformado en un rechinar guijarroso; la maza de Voystrom ha cesado en su cometido y él ha llegado todo lo lejos que su promesa permite.

Hay que volver, piensa.

No puede ser, piensa.

El auténtico buscador se caracteriza por la sencillez en el modo de conducirse y por sus cualidades espirituales que los demás aprecian sin acudir a un análisis exhaustivo.

Parece un espejismo; probablemente lo es. Le parece un reflejo endeble, muy débil, huido del lugar de procedencia, como si le hubiera seguido hasta allí jornada a jornada hasta esa última con algún propósito callado y entonces, opuesto al regreso, contrariado con la promesa, insinuara al caminante que era cierta la leyenda. Está lejos, muy lejos. Se ha detenido a mirar.

Muy a lo lejos frente a él quiere distinguir el parecido entre lo que recuerda y lo que no acaba de abandonar la ficción. ¿Es cierta la leyenda? Parece una edificación encaramada a una eminencia latente, rodeada por cursos de agua ocultos y antecedida por un vallado arbóreo escondido. Parece. Tiene la sensación de que por mucho que avance le será imposible llegar a una proximidad que revele el verdadero carácter de la visión. Y le faltan ganas para continuar adelante; no es sólo la promesa, dentro de sí no encuentra un motivo que le impulse. Suspira. Da media vuelta. Le espera el camino a la inversa, otra vez a pasar por los dominios del furibundo Voystrom. ¿Habrà acabado el baile?, se pregunta. No encontraba un motivo para seguir adelante pero sí encuentra el motivo para retroceder y volver al punto de partida. Va a fijarse en los cadáveres que las herramientas de Voystrom, la maza, el martillo, el cuchillo y unos músculos colosales, han conservado reconocibles con sus heridas contusas, incisas y cortopunzantes; va a fijarse en los atavíos y demás posesiones que la constante inclemencia accede a reconciliar con la identificación de los allegados. ¿Le dará tiempo? El tiempo es una excusa, piensa. Minos esperaría. Minos y el médico habían prescindido del tiempo mutuamente confiados a sus respectivas promesas. Pero el camino de vuelta es breve, silencioso y parco en acontecimientos que desvíen de la ruta y del regreso. Anochecía en dirección a la Atalaya.

Minos salió a su encuentro. Nadie dudaría en calificar al soldado de feliz por verle aparecer. Los dos habían cumplido y ese vínculo equivalía a un pacto de sangre. Como un buen samaritano que frecuenta los caminos más extraños o como el padre que recibe al hijo pródigo, le ofreció agua, comida y un capote que la lluvia comenzaba a humedecer.

—Gracias.

Era la del médico una gratitud sincera aunque escueta y distraída. En ese encharcado punto de reunión deferentemente bebió unos sorbos sin sed, comió unos bocados sin hambre y se enfundó el nuevo capote sobre el que llevaba sin reparar en el frío, todavía calculando la distancia que creía haber recorrido en la ida.

No quiso entrar en la Atalaya ni recibir las novedades del servicio a las que un jefe presta atención. Ordenó a Minos que dispusiera la partida inmediata y que revisara personalmente cada uno de los pisos cerrando ventanas, puertas y trampilla, vaciándolos de evidencia humana, y que las llaves siguieran en su poder. Otra noche en la Atalaya no iba a influir positivamente en el espíritu de nadie. Ha observado como hombre y como médico a los soldados y pese a que él está al borde de la extenuación presente en ellos la irreversible señal de la muerte; cree que su viaje a la leyenda le ha librado momentáneamente del estigma. La guardia formó con presteza y siguiendo al médico y a Minos, convertido en lugarteniente lo fuera o no, dejaba atrás el lóbrego confinamiento que les había deteriorado la fisonomía y lastrado suspicacias y padecimientos. Ninguno volvió los ojos a la construcción fronteriza, queriendo desterrarla al instante de la memoria. La alargada mano de la muerte se había posado en cada uno y con ellos va a recorrer el camino que les devuelve a una añorada seguridad; algo menos opresora en Minos, que no la ha evocado; y todavía indecisa, puede que temerosa, en el médico. Un cometa gestado en el nimbo de la Atalaya, dotado con la fosforescente divisa de la podredura, sobrevoló la pequeña comitiva sin arrancar la menor admiración.

—Heda... Hemos de irnos.

Eso te dije cuando te acercabas a mí en la planta refugio de la Atalaya; cuando, quizá, no era definitivamente tarde para escapar de la deportación. Me daba por satisfecho con mi venganza, teniendo situada a cada pieza del juego en su respectiva casilla: Dimo en el sillón, de cara a la ventana, confabulado con su



miedo, ese miedo implícito que anula la lengua, anula los ojos, anula el oído; Jol y Naria, los distinguidos asesores paritarios, el extracto de un gobierno recluido en la simulación, arrumbados al desatino; el benemérito Minos multiplicándose en la guarda y custodia; tú, Heda, disociada de ti en la tierra de nadie; y yo ultimando el guion. Con Roeg, Picaria y Lubo, extinguidos de la dimensión tangible. ¿Que habrá sido de ellos?, es la pregunta que ninguno de los sitiados formula en voz alta o en voz baja o con un hilo de voz o con voz ahogada. ¿Seguimos esperando?, otra pregunta silenciada. Repite mentalmente la situación y protagonismo de cada personaje, inclúyete, inclúyeme. Pero, sobre todo, fíjate en el más odioso, en el detestado. Tenía a Dimo metido en la trampa de la que pensó haber escapado con habilidad política; no había previsto esta segunda parte, craso error el suyo; cómo imaginar, Dimo o cualquiera, ¿crees que alguien apostaba por mí?, que yo, un cerebro ahormado a la prescripción, un mesurado facultativo de patologías convencionales, conciso en la oratoria, sin otra vida a la que asirme que la manifiesta, iba a sobrevivir a la prueba del miedo, a esa monstruosa prueba de responsabilidad adjudicada sobre la marcha que corroe el tejido nervioso. Si salía con vida de la prueba, lo cual era fantasía inducida por los vapores etílicos, una bagatela para ahuyentar un pensamiento travieso, Dimo me imaginaba transformado en piltrafa, la deseada mutación del pelele, una ruina desmembrada, el competidor fuera de circulación y habilitado como despojo a suministrar equitativamente entre las casquerías del bullicioso mercado público; con un cartel pinchado en el amasijo sanguinolento: Oferta de reciclaje para la conservación de la especie.

—Dimo es la máscara del miedo, Heda. Fíjate en él sin acercarte, con su perfil te basta. El miedo se ha posado en él y no va a soltarlo.

A la mayoría de los humanos les aterra la forma de morir, tiemblan sólo de pensarlo. Que la muerte es algo ineludible porque es consustancial a una vida expuesta al deterioro y la consunción, lógica y científica, de la materia, está plenamente asumido; pero la forma de morir, que es lo que realmente asusta, incide en el sector tornadizo de la conciencia, el más permeable al pánico, a la superchería y a la adopción indiscriminada de leyendas. Nuestra racionalidad es inestable, es casquivana, se esfuma. Lo he visto y lo he escuchado. He repartido mi atención entre preguntas sin respuesta y la contemplación de esos cuerpos dislocados que hablan de una desgracia venidera, inevitable. Eran muchas voces

hablando al unísono, solapadas unas con otras, atropellándose para llegar antes a los oídos ocasionales, compasivos, los míos; muchas voces heterogéneas, pugnaces las afónicas contra las timbradas, resueltas a tomar partido las apocadas, en acto de contrición creíble las taimadas. Todas las voces con independencia del origen, de los logros, del estatus y de la derrota, esencialmente querían transmitir dos cosas: su experiencia y su sentimiento. ¿Lo comprendes? La experiencia de lo que fue y el sentimiento de lo sentido; la elocuencia en su esplendor. Interpreto que esas voces acaparadoras del protagonismo que se les concede, engendradas en la privación más absoluta, anuncian una segunda muerte; lo que me lleva al principio de la disertación redundando en que el verdadero miedo no es a la muerte, confesado por los muertos, sino a la manera en que la muerte se cobra la espera. ¿Cómo voy a morir?, pregunta el interesado cuando le ha desinhibido la vecindad de la muerte. ¿Cuándo, cuándo?, pregunta el codicioso de vida y de satisfacciones pendientes; ¿cómo?, ¿dónde?, aunque y mientras intervenga la esperanza en el fondo lo que se quiere escuchar es lo contrario.

La muerte, Heda, es dirigida; quiero que involucres a tu conciencia en esta conclusión. Hay quien elige el momento en que se acaba la vida ajena e incluso la manera de morir, lo sabemos; pero eso no desvirtúa el sentido de mi afirmación ni nos obliga a considerar afortunados a ambos, cada uno por la circunstancia que le asiste. La muerte, Heda, es un compendio de sucesos que la desencadenan sin un tiempo estricto para su ejecución; en otras palabras, regodeándome con las palabras, la muerte también es lo que vives.

Llegaron el médico y los soldados a la antesala del poder por un acceso camuflado. La imagen que deparaba uno y los otros era cualquier cosa menos alentadora, por lo que casi en volandas y ceñidos a la confidencia fueron conducidos preventivamente a una zona incomunicada de la notoriedad y de los presuntos gérmenes patógenos. Todas las precauciones son pocas cuando se desea mantener la ignorancia respecto a un suceso; más aún si el suceso tiene que ver con el cumplimiento de una orden. La cuarentena era una medida profiláctica de fácil explicación si se daba el caso, improbable, de tener que darla; pero la cuarentena y la evolución sintomática de los afectados exigían una supervisión médica competente. Hubo dudas en la autoridad, se dieron los consejeros a la meditación del problema, hubo conciliábulos consecutivos para dar con una

solución que impidiera el contacto entre dos médicos. El poder había elegido a su médico y únicamente éste había de ser el responsable de los certificados y las explicaciones privadas y de no haber más remedio públicas. El poder cuenta con una baza decisiva que reserva para aniquilar las incómodas suspicacias: el imaginario popular concibe a los médicos como unos seres de apariencia humana, físicamente delineados como sus semejantes, con la misma cantidad de sentidos, dedos en las manos o en los pies y años, pero inmunes a las enfermedades que tratan y con un sentido del humor endiablado. Dioses y demonios, en el imaginario popular; una baza decisiva la del poder.

El médico cumplía la cuarentena en una dependencia aparte y sólo en hora de visita era testigo de la degradación física y moral de los soldados que fueron destacados a la Atalaya; la suya, que asumía, igual que la de Minos, renuente a exteriorizarse como en sus compañeros, sobre todo la suya, medraba en la clandestinidad y con fines dispares, especializados para lo que se avecinaba. Sabe que los soldados morirán pronto, no es sólo intuición cultivada sino conocimiento efectivo, el anuncio de un hecho consumado al que se adjudicará la fecha oportuna; están desahuciados por la ciencia, incapaz de curarlos, y por una praxis política que los ha amortizado. Por lo que sea, constata el médico, los soldados despiden sus vidas languideciendo en una cámara mortuoria preñada de asepsia, ajenos a la realidad, insomnes y mudos, desfallecidos, morbosamente ausentes del tiempo y del espacio, únicamente esperando un desenlace que tampoco va a afectarles como cabría esperar en otras condiciones más al uso. Salvo Minos, desconcertado pero queriendo vivir y con posibilidades de supervivencia.

El médico pidió que trasladaran a Minos. Quería salvar a Minos.

Fue aceptada su petición. Minos fue trasladado al habitáculo del médico; los dos juntos transitando la cuarentena.

Fue una cuarentena reducida para todos ellos.

“Hemos sobrevivido”, pensó decir a Minos.

—Estoy vivo —le dijo Minos al abandonar la reclusión—. Gracias.

Minos daba por sentado que el médico iba a sobrevivir, como lo había hecho en solitario a la exploración de la fronteriza tierra de nadie.

Ahora se separaban los caminos del médico y el soldado. Minos acabaría de reponerse en una posición burocrática, en el anejo de la retaguardia, cuidado y controlado en equivalente proporción. El médico fue veladamente conducido por

las interioridades del palacio para declarar ante una asamblea restringida, anhelante de noticias emitidas por su verdadero autor.

Iba a deponer sobre los prodigios que la leyenda vertía en un escenario también fantástico. Concitaba mi humilde persona una expectación superlativa, Heda; quién lo habría dicho aquella mañana en que tú y yo nos sentamos a mi mesa para dejarnos ver en una protectora intimidad.

¿Qué les cuento?, me pregunté. Qué les cuento, Heda; tú, si te llevo a pedir consejo, qué me hubieras recomendado, teniendo muy presente que mi relato, el que fuera, debía ser absoluta e imprescindiblemente creído. Y no por miedo a la represalia fruto de la decepción, nada de eso; es para que surtiera efecto mi venganza. Si mi voz no resultaba convincente el proyecto, tan bien meditado durante la cuarentena y aun antes, como ya te he apuntado, acabaría en el sumidero y yo más que entredicho en ridículo, aupado a la subsiguiente ignominia, descrédito y puntería de la rabia legislativa. Me preguntaba retóricamente qué iba a contar al auditorio, sabiéndolo perfectamente; les contaría los que sus oídos esperaban escuchar de mi boca.

Eso hice, Heda; conté mi devaneo sacrificial, exactamente lo que esperaba oír la esclarecida asamblea.

Roeg quería y no quería apremiar al médico para que resumiera su aventura. La autoridad agotaba la reserva de paciencia, no era suficiente acortar la cuarentena, no era suficiente intimar a la deposición, no era suficiente tener al testigo de la revelación aprestado para declarar. Roeg, Lubo, Picaria, los consejeros áulicos, apartado pero con el perfil reconocible y el atuendo de dignatario sucesor Dimo, el despliegue de las fuerzas vivas del mundo conocido, Heda a un metro de Dimo subrayando la simbiosis entre el pueblo y su gobierno; el mundo pendiente de una confesión esperada y temida. Heda a un metro por detrás de Dimo con los ojos enfocados hacia el mismo punto que la autoridad y sus consejeros.

¿Qué pasaba por tu cabeza entonces? Me reconocías. Puede que hubiera cambiado un poco o mucho, con el trajín del viaje ya se sabe. Puede que íntimamente yo no fuera el que veías sino el que recordabas; algo de eso nos suele pasar a todos cuando más que creer queremos creer, cuando más que conocer nos basta con un amago de verosimilitud, una probabilidad, aún menos, una posibilidad, que nos fije las alas a la espalda para emprender el vuelo. Las cosas

o las personas no siempre son como las imaginamos pero algunas, personas y cosas, generalmente las más ambicionadas por la voluntad, ofrecen un negocio para acercarse a lo libérrimamente imaginado. Tú, Heda, estabas allí y eso te convierte en parte de la verdad y en parte de la mentira; eres, como yo, como esos que aguardaban impacientes lo que tuviera que decirles, una pieza intercambiable de crédito a engaño y viceversa. Situarnos en el lugar correspondiente ayuda a elegir a continuación. Y eso es lo que hice, elegir. Opté por aplacar el ansia difundiendo lo que las apuestas, de haberlas, hubieran vaticinado. Yo no perdía ni ganaba; tú, no sé; contigo es difícil saber a qué atenerse. Sí, es un reproche.

Parecido reproche me espetó la mal embridada paciencia de Lubo. Por qué había demorado la confirmación del oráculo; no iba a contestar directamente. Era mejor seguir con el relato, aunque no me prodigara en detalles; debía ser cauto en mis referencias, ni demasiado ni apenas, un término medio que traslada el protagonismo de la realidad a la ficción y viceversa. ¿Estás de acuerdo?

Dije que me acerqué lo suficiente para distinguir a los retornados; sólo para apreciarlos como nuestros semejantes, pues yo carecía de acreditación para presentarme ante ellos como un emisario del poder legalmente constituido a este lado del mundo. Y con este resumen que confirmaba la existencia y los habitantes de la casa Tule me bastaba para dejar correr las iniciativas mientras yo daba media vuelta para irme por donde me habían traído. Pero no me satisfacía ese desplante con el cebo echado; necesitaba seguir actuando, quería dar a entender que la realidad, de la que yo había sido testigo máximo, superaba a la fantasía; por eso me quedé donde estaba, ahora menos ansioso por empezar o por acabar, consciente del futuro alcance de mi relato.

Remitía el ululante viento tormentoso que anteriormente me zarandeaba, mi compañía indisoluble hasta la linde del tacto. La casa Tule vista de cerca impresiona, es magnífica; subyuga su arquitectura y la leyenda que la mitifica. Los brazos del Nogra no habían sido ese obstáculo insalvable que cualquier viajero teme al planear una ruta sin alternativa. Tras la hilera de árboles con los troncos gruesos y rugosos, las aguas del Nogra trazaban aquietadas el sinuoso cauce, ciertamente oscuras pero no amenazadoras; nada resultaba amenazador en aquel paisaje dominado por la eminencia donde se enclava la casa Tule. Hay que desviarse de lo que se supone el camino, un tanto hacia el Norte, siguiendo

una vereda de hojarasca y guijarros. Había superado la prueba del aire. Cruje el suelo y sisea el agua en armonía; el viajero no se siente atrapado por su osadía y sigue, puesta la mirada en las ventanas de la fachada de la casa Tule. La casa Tule tiene una fachada omnímoda, con pocas pero grandes ventanas donde se recortan las siluetas que hacen reconocibles a los que llegan con los que están. Alcancé el vado que permite adentrarse en el incuestionable dominio de la casa Tule. Pasé un brazo, de ese al siguiente y así hasta completar la prueba del agua. No me pareció que mi presencia ya completamente visible molestara o alterara mínimamente a los reflejados huéspedes, las figuraciones de la leyenda que me observaban como a un objeto de dudoso valor desprovisto de atractivo; una virtualidad recíproca nos provocaba curiosidad e indiferencia, como si lo importante aún estuviera por descubrir; ellos, eran más de uno, confirmo, me veían y yo los miraba y creo que los veía como lo que son. Frente a la casa Tule se abre un espacio enorme, bruñido como un espejo pero eximido de reflejos aparentes, perfectamente iluminado para guiar sin deslumbrar pero falto de sombras, correspondiendo equitativamente en longitud, altura y anchura sus extraordinarias dimensiones; una geometría sublime, cautivadora, no exenta de riesgo, elemento de una organización críptica que, paradójicamente, me atrevo a decir, no pretende ocultarse. Lo describo como una bóveda circular medio enterrada en el suelo o medio elevada del suelo que rota sobre sí misma también permutando el arriba y el abajo. La portentosa figura universal se cerraba sobre sí completando un ciclo de vida desvinculado del tiempo que rige en nosotros. Lo que me eximía de puntualizar fechas y horarios. La casa Tule es una constante que abarca el horizonte, como si después de ella, medido en distancia física o temporal, nada más tangible hubiera; la mirada periférica, acentuada en situaciones extraordinarias, recogía la misma luz, la misma intriga, aquella misma sobresaliente arquitectura absorbiendo la curiosidad del viajero. Me dije que había llegado y entonces, quizá para comprobar una intuición, ¿o era una deducción que me devolvía al camino de regreso?, giré el cuerpo para encontrar la referencia del ¿lejano? punto de partida. La Atalaya se perfilaba débilmente en la dirección seguida; era visible por su corona de pálida fosforescencia, una imagen difusa que aún latía en mi percepción, la de un embajador sin cartas credenciales que reprocha esa negligencia del mandante a la potestad mitificada de la tierra ignota.

El punto de partida, esa sobria construcción en la frontera que avizora obsesivamente la ruta que conduce a la frontera, es el punto final; un refugio de necesidades deficientemente traducidas. La Atalaya, Heda, rinde culto a la adversidad y al infortunio; me atrevo a decirte que es una excusa que acaba por afectar tanto al mentiroso como al crédulo. Perjudicados ambos en la partida de tramposos, unos por recrear la ficción y los otros por asimilarse a ella; ¿en qué bando te sitúas? Puede que seas ambivalente, puede que haya subestimado tu interpretación de los hechos, puede que no haya apreciado suficientemente tu papel en la obra.

La Atalaya cimbreaba en su reflejo, ella es intrínsecamente especulación. En lo alto y bien visible para los ojos despiertos, señoreaba un nimbo fosforescente anunciando que allí se vela a los muertos; a los irremisiblemente abocados a la criba de Voystrom, el factótum de los retornados al que se encomienda la selección de viajeros. Los muertos depositados en prenda en la Atalaya, a guisa de sacrificio, no mueren en brazos del sosiego, consolados por una esperanza antigua y renovada, adecentados por los deudos y allegados para el tránsito hacia ese lugar de leyenda y prodigio donde moran los embajadores de la última instancia.

¿Es cierto?

¿Están, son?

La casa Tule es un espejo, Heda; pero sólo si se mira desde la frontera, de cerca o de lejos, pero sólo si se mira desde la frontera. Observa y reconócete. Tú no puedes recordar la intensidad de la mirada de Lubo escrutando obsesivamente la casa Tule y sus anejos desde una de las ventanas de la Atalaya, esa misma a la que se enfrenta el terror de Dimo, esa misma por la que circula de dentro afuera y de fuera adentro el inmundado aire de la resignación, esa misma ventana a la que se asoma Minos para relatar la peripecia agónica de unas manos seccionadas ¿y el resto del cuerpo, de los cuerpos?, esa misma que marca el tedioso paso del tiempo para los desahuciados, ¿condenados? Voystrom se ha instalado en el pudridero con su carga ósea; a ratos juega a correr las cabezas de pared a pared; a ratos pulveriza un hueso disidente; a ratos y con estrépito anticipa a los resistentes y a los residentes, confundidos en el siniestro habitáculo, el próximo turno de disección y prensado.

La fosforescencia del pudridero, que se conoce por el nombre de Atalaya, eleva unos colores lívidos que a distancia semejan penachos de humo gris día y gris noche, alternados según impere uno u otro astro en el austero firmamento. El viajero los ve ascender y difuminarse en la nada. El viajero gira el cuerpo hacia la morada de los retornados y ve como la arquitectura y la geometría desaparecen absorbidas en un horizonte nuevo, sin puntos de referencia; tal vez sólo sea un espejismo, o quizá se trata de un reflejo endeble de ¿algo?

La casa Tule admite la visita, confirmó el médico. Los retornados esperan tras las ventanas que reciben una iluminación discreta, observan y miden; dejan acercarse y dejan entrar. Hay un vado que atraviesa las aguas del Nogra nada más cruzar la hilera de árboles y ascendiendo por la orilla, recordó el médico; es un paso franco pero discreto por el que atraviesa el que quiere llegar. Es todo lo que sé, dijo y calló.

Con mi regreso a la Atalaya y luego a nuestra civilización también superaba las pruebas del fuego y de la tierra. Me sentía contento, bien es verdad que desde una satisfacción insípida. Son esas malditas contradicciones que empañan el lustre de los momentos de gloria. Yo era un ser inmune a la muerte, podía creérmelo, inmunizado contra las manifestaciones habituales de la muerte; sin embargo, a esa victoria no le acompañaba la felicidad. Me quedaba por cumplir una venganza y por concluir a mi favor un asunto, dos débitos intransferibles, dos aspiraciones irrenunciables. Lo primero, que es la venganza, puede decirse que ya está a falta del sello de Voystrom; lo segundo, el asunto en litigio, todavía depende de ti, aunque con cada paso recorrido y a cada minuto transcurrido esa dependencia se reduce y probablemente tornará en insignificancia. Si no me engaño he de aceptar que dejarás de ser un recuerdo persistente en mi memoria y que dejaré de provocar tu atención para desligarte de esa obscena influencia que asumes como tu principal deber en la vida; si no me engaño, he de aceptar que he perdido la batalla.

Es todo lo que sé, dije y callé; la viva imagen de un hombre modoso, modesto y obediente que ha liberado su cuerpo y su mente del gravoso peso de la información reclamada. Era todo por mi parte.

Fui convincente, Heda; lo que no he logrado contigo. Me creyeron, ¿por qué no? y Lubo se dispuso a ver, quizá vivir, en seguida y autónomamente lo mismo que yo según el relato escuchado. Contigo, Heda, no he logrado hacerme oír por



eso no sé si me crees o no me crees o si juzgas verosímil lo que expuse en la audiencia pública y lo que a ti he querido contarte y no ha habido momento oportuno, elegido por ti, por mí o por ambos, que lo haya permitido. Me pregunto si todavía estoy a tiempo, si estás a tiempo o si nos queda un retazo de tiempo para resumir y sentenciar los acontecimientos. Me lo pregunto desde el consabido molde retórico que oculta la amalgama de frustración y desprecio. Yo dispongo de algo más de tiempo, como si dijéramos una prórroga; como fuere, no me siento acuciado ni me supedita la prisa. Y a ti, en esta intimidad de purgatorio que hemos forjado, el laborioso Voystrom te ha concedido un paréntesis de audición privada para que mi voz pudiera llamarte y hablarte sin interferencias macabras.

“Soy inmortal”, no te dije. “He regresado de la muerte”, no te dije. En voz baja te dije: “Heda... vámonos.”

Dudabas. ¿Qué te hacía dudar? No lo sé. ¿Era la existencia de los retornados, la idealización contigo entre ellos de unos seres resistiendo a la espera del renacimiento o era mi tan creíble e increíble versión de la leyenda? Dudabas. Tus dudas me hicieron concebir la esperanza. Empezabas a evaluar por ti misma las palabras y los hechos, eso sí prefiguraba un renacer, momentáneamente independizada de las presiones, enmascarando con los recursos al alcance de tu feminidad los elementos que pudieran delatarte ante mi expectación, ante la violencia antigua ejercida por Dimo o por los asesores áulicos cuya eficacia por fin se enfrentaba al mutuo desconcierto y al contagiado terror. Te veía dudar y te veía elegir. Entonces lo tenía casi todo a favor para dar un golpe de efecto arrebatando la autoridad a los cobardes, ¿usurpadores?; no sé si han usurpado lo que les corresponde por sometimiento y sumisión; tan culpable es el que hace como el que tácita o expresamente lo consiente, asume y reitera; no, me equivoco, soy injusto, es más culpable el que baja la cabeza para asentir a la imposición del que propone o exige; una cabeza en posición de filo cortante, simbólicamente decapitada. Parece que gracias a la humillación la vida permanece. ¿Lo creías, lo crees? Yo creo que a casi todos los humanos, me coloco en la excepción, les da miedo la muerte. ¿Por qué? A casi todos los humanos, no puedo colocarme en la excepción, les acosa la conciencia, incluso aquellos que la niegan o la subestiman temen la convocatoria de la conciencia porque no desean encontrarse en campo abierto con el resultado de sus actos.

La conciencia golpea como el poderoso brazo de Voystrom. Por eso da miedo la muerte. ¿Dónde me había quedado?

Es como si a Lubo le faltara tiempo para convencerse de la verdad, de una meditada ficción o del prodigio y que tal prueba la debía afrontar en solitario. Ya no le quedaba por ver sino por comprobar. Movido por la ambición o dispuesto a prestar el gran servicio a la comunidad, Lubo se precipitó a la Atalaya donde pasó un tiempo convenciéndose de lo que había visto y de lo que veía, transcurrido el cual e incitado por la urdimbre de los vaticinios salió a cubrir la distancia con la sola visión del horizonte memorizado.

Fijada la intención en ese horizonte al que había llegado cuando empezó a preguntarse dónde estaba y qué le sucedía. Una fuerza inusual, ajena, seguía empujándole acortando la distancia hasta los diferentes obstáculos fronterizos. Ante él la hilera de árboles cuyos troncos dibujaban fisonomías recordadas, pero no pudo detenerse a averiguar la personalidad que representaba cada uno. De pronto se encontró nadando en el seno de un agua reposada sin esfuerzo ni molestia alguna, atendido por esas caras conocidas que en la oscuridad destellaban anunciándose por turnos de interrogación: Soy... Soy... Soy... Las aguas densas del Nogre portaban a Lubo a través de una galería por ellas excavada en la roca o en otra agua más profunda y antigua, una pasarela hacia el mundo imaginado que ya podía sentir en los pulmones. Era un aire pesado y opresivo, como el agua, con pareja densidad a la de la tierra que penetraba llevado por la extraña inercia que le guiaba desde la Atalaya. Con todo y con la sorpresa, podía respirar y ver. Respiraba, veía y avanzaba. Ninguno de aquellos elementos dispuestos para el seguimiento y la intervención perturbaba su camino hacia la leyenda. Aún podía comprender y se exigía: “Quiero saber.”

El elemento conductor lo depositó en una orilla de tierra compacta, en la otra parte de la frontera, suponía; una tierra nueva, comprensible para los sentidos cuyo grado de perturbación no los invalidaba, desplegada hacia un lugar magnífico de sobrio trazado.

“He llegado”, se dijo. “La leyenda es cierta.” Era la casa Tule. La casa Tule surgía imponente de la tierra, iluminadas sus ventanas y en ellas, reflejadas, las siluetas de unos seres semejantes al viajero que devolvían mirada por mirada sin exponer gesto alguno. El admitido a visita debía presentar sus credenciales como embajador encomendado a establecer lazos de amistad y cooperación con una

civilización manifiestamente progresada. El eximio diplomático haría lo que fuera por saber más y por ser habilitado para una tarea superior. Dio un paso y se detuvo. Le hubiera gustado continuar protocolariamente hasta la puerta de entrada, que se abriera fluyendo la cálida luz de la hospitalidad y escuchado la voz de la bienvenida al embajador que ha recorrido en solitario una gran distancia sorteando peligros y flaquezas. Le hubiera gustado creer que era cierto y que no le detenía un escenario tenebroso desprovisto del edificio que caracterizaba el paisaje tantas veces escrutado.

“¿Dónde estoy?”, queriendo decir: “Soy Lubo, el...”

Desapareció aquel horizonte. El mundo acababa allí. Bajo sus pies se tendía un vulgar, desportillado, contenedor —¿ataúd?— de madera agrietada acunando un esqueleto dislocado y mutilado, supuestamente víctima de un atrevimiento reconvenido por el poder incontestado. Una voz que era suya y no era la suya repetía: “Quiero saber. ¿Es cierto?”; una voz extirpada de raciocinio que sonaba junto a él pero provenía de abajo, de los informes y repulsivos restos que a sus ojos desorbitados, heraldos del miedo genuino, fueron mutando a una forma humana precedente, rehabilitando el aspecto normal de un hombre cuya fisonomía era su propio reflejo, vestido a su manera, ignorante del terrible suceso, interrogando.

“Quiero saber qué ha pasado, quiero saber dónde estoy, quiero saber qué ha sido de mí”, tercia una voz alelada.

La fuerza inusual, ajena, de una potestad humanizada por el predominio de una razón superior, empujaba a Lubo hacia un acantilado filoso que sucumbía en unas fauces necrófagas rugiendo por la presa arrojada; el soplo de autoridad se llama Voystrom, pero el nombre no importa sino la función y el símbolo, y cuida celosamente del orden previsto. Era el fin del viaje para un obsesivo merodeador de lugares inaccesibles, también incomprensibles, y de un ayuno mal soportado y el de un plan ejecutado con las vísceras y la credulidad supliendo e ignorando al valor y la inteligencia. El miedo extendía su irrefrenable poder en los órganos de Lubo, un miedo ladrón de energía, de materia y de espíritu que ni un instante concedía para la temeridad, para un arrojado incluso suicida aceptablemente justificado, pues la decisión ya estaba tomada antes de comunicarse al interesado. Allí Lubo era nadie. Caía Lubo hacia un fondo imprevisto, multiforme, tendido en un contenedor agreste de apariencia furtiva. ¿Qué le recordaba? A Picaria

buscando el vado que supera los impetuosos brazos del vigilante Nogra; parece ser ella tirada, arrastrada, obligada por un ectoplasma que el furibundo ramaje de los árboles, que las violentamente exhumadas raíces que sostienen y alimentan los colosos murales, configura como la reposición de él mismo en un tiempo cercano aunque posterior. Podía respirar y ver, a modo de graciosa concesión, pero los impulsos y los deseos que fueron suyos ahora pertenecían a los retornados como instrumento diplomático. Política de intercambio. “Ve y encuentra”, es la orden.

El mundo le parece transfigurado por la inversión de los convencionalismos al ser devuelto al camino que fue de ida. Pero la modificación cierta reside en él, es una deformación bestial que siente en todo su terrible dramatismo; la autoridad se la ha impuesto y esta seña es indeleble hasta la muerte—¿hasta qué muerte?—, como las marcas del fuego, como los surcos que traza la experiencia. Lo que pasó se ciñe al riguroso sentido de cumplir la misión encomendada. Quizá se jugaba la vida si fallaba, si les fallaba; la vida es aquello que cree perderse definitivamente en el último envite del juego; la vida es una prenda que entregada no tiene retorno, pero eso se ignora por el que pignora para, crédulamente, seguir viendo, oyendo, respirando, cumpliendo órdenes, viviendo. Con la vida entregada, muerto. Todos los caminos del mundo anterior se han convertido en uno que acaba en seguida. La única conciencia que viaja con él le recordaba que no había escapado sino que le habían dejado salir, encomendándole aquel plan extraordinario cuya ejecución en esa fase dependía del subordinado, un embajador con poder reducido a la consecuencia y el tiempo tasado. Un minuto después de la vacilación una escurridiza figura vagamente antropomorfa, empapada en agua oscura y sangre reprimida, emborronada de adherencias telúricas y vegetales, despiadadamente acosada por el bagaje de inclemencias que prestaban vigilancia —Lubo es un enviado de los retornados no un fugitivo de la casa Tule—, se orienta por instinto animal depredador; pero al minuto siguiente estaba perdido y anegado de certeros meteoros que reabrían las heridas inseminando un brioso odio a su torpeza. La fiera se mutila y se devora hasta que el chasquido del látigo maestro da por acabada la penitencia. El aspecto del embajador empeora pero eso no es óbice para llevar a cabo lo que de él se espera. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Qué habrá cambiado en el mundo? No hay tiempo, se exige, y corre, lanceado por la sañuda tormenta, porque quiere salvar la vida;

si cumple eficientemente quizá salve la vida y aquella imagen de un esqueleto mutilado y dislocado no sea la suya; debe confiar en la piedad de los retornados. La voz que le queda dentro, un ápice de sí mismo, también empuja hacia la pretensión.

Picaria lo vio corriendo de vuelta; lo reconoce, quiere que sea él, teme que sea Lubo; a lo mejor se había hecho a la idea de anunciar a Roeg una aventura sin resultado, un propósito truncado por las circunstancias adversas; los riesgos tienen eso, pero merece la pena correrlos cuando se ha nacido para dirigir. Picaria lo ve acercarse, una figura semejante a su inminente recuerdo, y empieza a modelar la historia. El episodio es conocido.

Luego, Picaria atrae a Roeg. La orden se ha ampliado. Corresponde a Lubo cerciorarse de que Picaria cumple su parte convincentemente, sin vacilar; pero como pese a la transfiguración en Lubo persiste el amor fraternal, ese del que tanto cuesta despojarse si ha adquirido el tinte de la esencia, es Voystrom el celador quien asegura la fidelidad de los hermanos insertándolos en un mismo cuerpo, el anverso y el reverso de una moneda acuñada para la culminante transacción. El episodio es conocido.

“Ven, sígueme”, pide la moneda a Roeg. Y el héroe marcha hacia su destino fingiendo que lo es; oportunamente la multitud se engaña, o se convence de la divinal salvación llegado el fin de los tiempos, del mundo y de la humanidad, confiando en el héroe y en su destino como redentor de las culpas mancomunadas, de las solidarias y de las subsidiarias. No obstante, esa sociedad de ruego unísono y contrita asunción de responsabilidades no las tiene todas consigo y opta por disolverse en el silencio y la ausencia porque no siempre los deseos alcanzan la realidad o, de hacerlo, cobran una tasa excesiva para la mayoría de los solicitantes del favor; los unos por los otros desaparecen con el segundo paso que aleja en dirección contraria a la fenecida autoridad.

El miedo es libre, dicen. El miedo guía las conductas. Diríase que el miedo es una orden que emana de la mala conciencia o de la sabia prevención o de la falta de carácter o del rescoldo de un odio retornado; la envidia, la codicia, el rencor atávico, la inquina atizada en la hoguera donde se consumen los productos inflamables del vademécum humano. El miedo da alas mientras lastra, imponiendo la huida o la permanencia sin que en ninguna de ambas asome o se

adivine el heroísmo. El miedo conforma mundos, gobiernos y destinos; muerto uno da inicio el siguiente desde la misma sustancia embrionaria.

“Vámonos”, propuso Dimo.

Roeg lo impidió. Aún era el jefe, el hermano mayor, el líder del clan, el emblema de la casta y la voz que manda aunque apenas le quede aliento. Antes de unirse a Lubo y Picaria ordenó que una notoria representación de la sociedad aguardara su regreso en la Atalaya. Puede que quisiera vengarse de la fortuna de los que quedaban atrás imponiendo el castigo de la espera desde la obediencia debida. Para ello encuentra al hombre idóneo. Minos recibió las llaves del recinto y el mandato de cumplir y hacer cumplir la voluntad ejecutiva del jefe. Una humillación para Dimo, una abrumadora responsabilidad para Minos que ascendía de hecho en el escalafón militar varios empleos y en el social varias magnitudes. Determinada la autoridad y la reprobación, impedida por resignada transición la herencia de poder entre hermanos, Roeg estipula que los asesores áulicos presten idéntico servicio en el lugar de confinamiento, dispensando consejos y sugerencias imperativas al elemento civil. Y no olvida al médico; no lo descarta. El médico es la pieza clave para imaginar el retorno allá donde se sitúe.

Roeg ha hablado como el jefe que se despide sin abdicar, con una firmeza que procura la obediencia sobre la incertidumbre. Pero la orden no alcanza a todos los destinatarios por igual o con la suficiente carga de amenaza para enfrentarla al miedo que adopta la apariencia de esperanza. Y surge espontáneo el amotinamiento de la sociedad en pleno, primero discreto, tras aceptar el protocolo de asistencia a los que van a permanecer en la frontera, una entrega masiva y precipitada que libera del remordimiento. Alimento, ropa y mobiliario en ajustada proporción. “Con eso aguantan bastante.” “¿Cuántos van a ser?” “Son los que son.” Minos los ve alejarse a la carrera con la promesa de una separación mínima. El médico no le dijo que el cupo se cubría con ellos seis: la casta dirigente, la casta consiliaria, un soldado y un médico; un sillón, cinco sillas y sendos jergones. No era la idea de Roeg, el jefe ausente, el héroe repentizado, pero se aproximaba confinando a la representación de los poderes fácticos y el servicio abnegado. Con seis individuos se genera una nueva sociedad completa siguiendo el procedimiento clásico. Minos esperó a que la suma de deserciones desapareciera por donde había venido para cerrar y atrancar la puerta de la Atalaya inaugurando el acantonamiento de los especímenes seleccionados por la

autoridad. La puerta exterior se cerró con la acostumbrada pasividad y la inestable luz del crepúsculo se tendió en un lecho cuarteado, quejoso, incómodo y sucio.

El episodio es conocido.

Minos no se cuestionaba el futuro, simplemente cumplía con su deber. Roeg no quería una suplantación de poder pero acogía con agrado, incluso en aquellos momentos de incertidumbre borrascosa, que sus dilectos asesores lo fueran en adelante de su hermano, aunque sin poder alguno para cambiar el estado de la situación tal y como la había concebido en su despedida. Dimo heredaba una parte del poder que ya no era autónoma. La elección de Minos era un acierto, en eso pensaba Roeg alejándose hacia el ocaso, eludiendo mirar a los subordinados: al intrigante abatido de sangre compartida al que le cuelga en la boca la frase atajada; a los inexcusables orientadores de mente y alma, recurrentes, prohijados hasta la obnubilación por cualquier gobernante; al extraño personaje sanador de cuerpos que daba razón del augurio con la verosimilitud de quien sabe lo que dice y apuesta por convencer; eludiendo mirar a la monstruosa dualidad que a él reclamaba camino de la casa Tule, la certificación de la leyenda. La visión sobrecogedora de aquel cuerpo medio hombre y medio mujer, desfigurados ambos, aparentando lo que no cabía pensar, era mitigada por esa otra de Dimo y sus consejeros abocados a una espera indeterminada, sombría, tutelada, angustiada. Y el médico con ellos, experimentando la reedición de una historia inconclusa. Hacia el médico reservaba una última energía.

Minos reservaba una absoluta confianza en el médico. Ellos dos eran veteranos en ese trance, las cuatro dependencias de la Atalaya lo testificaban; eran aliados y, llegado el caso, confidentes. El médico le había salvado la vida. El médico había cumplido con la palabra dada. El médico era fiable. Ellos dos podían hablar al margen, en otro piso, ante las ventanas, durante el fragor de la tormenta desencadenada por la ira de Voystrom; ellos dos estaban de acuerdo en lo que debían hacer. Eran los que menos sucumbían al miedo sin necesidad a disimular, mal que lo hicieran en principio los otros; tampoco exteriorizaban una seguridad pretendida ni condicionaban sus respectivas actuaciones a los cargos de la vida pasada.

—Heda...

Todo cuanto he hecho por atraerte, por convencerte, ha sido en vano. Me doy por vencido. No lamento ninguno de mis intentos pero no voy a reiterarme. Es posible que tus ojos alumbraran una chispa de rebeldía y que los míos la hayan visto, pero no voy a perseguir lo que ya no me apetece. Te he contado lo que tu atención ha querido escuchar; he aprovechado el benigno paréntesis de silencio concedido por el laborioso descuartizador Voystrom y la muestra troceada de su oficio llamada Roeg, la calma que precede a la tempestad. Podría plantearte la cuestión de otra manera, insistiendo vehemente en los aspectos redundantes o negociando una salida airosa para los implicados asumiendo el riesgo de perder la iniciativa y de que tú tendieras un puente de plata inconveniente una vez fuera de la custodia. En la Atalaya, por obra y gracia de la paródica inercia, se sintetiza el poder terrenal a partir de una mecha, larga y sinuosa, que unos colocan, otros protegen y los terceros encienden; elige tú quién es quien, memorízalo y si surge la ocasión porque así la buscas, transmite el magno conocimiento a los espectros. Demasiada política para mi gusto. Además, tu idea de la traición difiere sustancialmente de la mía. Tampoco tus sentidos captan lo mismo que los míos. Percibo el olor a despedida, intenso y penetrante cuando se posa en el que se va, me pregunto por qué sólo lo respira el que se va, es un olor de flores marchitas cuyos tallos cuarteados absorben el agua descompuesta de un recipiente abollado; ese olor anuncia la partida y la muerte, ¿hace falta pronunciar los nombres?, el olor de la muerte es dulzón, acre el del miedo; el olor del miedo se respira una vez más que el de la muerte, asfixia un poco más que el de la muerte. Aquí se separan nuestros caminos, valga la frase poética.

—Heda... —musité.

Puede que hubiera una chispa de comprensión en tu mirada. Insuficiente.

Por eso, Heda, aprovechando la benevolencia de los retornados, echando mano de mi influencia con Minos, quebré la reclusión y sorteé la venganza que me era adjudicada a un mismo tiempo. Roeg no había previsto esa, digamos, infidelidad. Minos confiaba en mí y lo que le dijera adquiriría carta de naturaleza.

Me dispuse a ayudarlo tras las fieras acometidas que causaron tanta alarma en vosotros; yo fingía y callaba, seguro de que no iba conmigo aunque yo fuera el principal destinatario de la venganza de Roeg. A mí me hacía caso Minos.

—Abre la puerta, Minos. Voy contigo.



Bajamos a por agua del barril restante, sólo cuatro nos había deparado la generosidad del pueblo por lo que el racionamiento fue una medida inmediata; utilizar para beber el agua del aljibe que recogía la lluvia espesa y ácida era un recurso de extrema necesidad aún no contemplado. Depuramos la letrina acondicionada en el sótano con esa agua repelente que crepitaba la arenisca habituados al cáustico hedor. Finalizadas las tareas de supervivencia Minos propuso que revisáramos el ático, los ruidos y los golpes tenían que venir de allí porque la puerta de acceso al exterior permanecía atrancada, él actuaría en vanguardia. Le dije que prefería inspeccionar los alrededores.

Minos recordó las manos trepadoras.

Le pedí que abriera la puerta.

—Voy a buscarlos.

Asintió. Podía confiar en mí. Ya no era su jefe pero me guardaba esa consideración. Quise decirle que me acompañara, pero también esa petición hubiera sido vana. Minos jamás sería reo de desacato.

—Voy a buscarlos —dijo el médico sin especificar a quiénes ni adónde se dirigía—. Espera un tiempo, no mucho tiempo, y si no he vuelto ve a buscarme. Déjalos aquí como te exija la conciencia pero déjalos y sigue aquella dirección que me llevaba y me traía. Espera un tiempo, no mucho tiempo y sal a buscarme provisto de dos raciones de marcha. Será suficiente.

Minos desatrancó la puerta, gañeron las cerraduras y los goznes de la Atalaya en un lúgubre coro ¿despidiendo a quién?, las cuerdas vocales de los cantores extirpadas con lo que el estrépito queda reducido a la salmodia de difuntos, y por el camino conocido de tránsito irreconocible siguió un rato la partida del médico: un capote, dos raciones de subsistencia y el cayado al aire. Nadie sabrá si por la cabeza de Minos pasó rauda o tentadora la idea de alejarse de un presente reacio a complacer incluso el menor anhelo, la más humilde y humana de las peticiones, a la estela barroca de aquel su aliado, atravesando el páramo que la insistente lluvia ha fertilizado hasta prodigar una siembra abundante de cadáveres desmenuzados. Un paso, una huella, una delación. Para el viajero es un camino introspectivo con etapas de duración alternativa, sin compañeros de andadura, hacia donde el final releva al principio. No hay más días que los transcurridos, todas las miradas y todos los recuerdos fenecen en el mismo lugar. Nadie sabrá nunca si Minos dedicó un instante a imaginarse al lado de quien recorre la

distancia que lleva a la frontera, a la por algunos ansiada tierra nueva que sucede mágica, misteriosamente, a la tierra conocida y agotada y hostil en su decadencia, quizá con un suspiro de sana envidia, entelada la contemplación porque como en cualquier humano los sentimientos irreprimibles hacen mella provocando un ímpetu que sólo precisa de una inspiración. Lo que se sabe o se adivina era previsible. Minos no atendía la achacosa estridencia de puerta y ventanas, tan familiar al oído, ni el rasgueo delirante de unos dedos cortados arañando la vieja puerta que se ha cerrado definitivamente, los dedos de sensibilidad cortada de una mano amputada; descendía de la corona una emanación lucífuga —qué fenómeno extraño, incomprensible para la ciencia— una luz huida de la luz, resuelta a propósito de la venganza, hacia el piso donde los refugiados aguardaban la orden que deshiciera la lacerante atadura al miedo. Minos dio de bruces con el estrépito de la maza de Voystrom a este lado de la puerta. Por un instante se preguntó cómo podía aguantar la violencia de la caza un parapeto tan endeble. Al instante siguiente arremetió urgido contra la débil separación de madera renegrida, golpeándola, cargando con la máxima aspiración de su humanidad contra aquel muro transmutado que no cedía una rendija por la que introducir una palanca. El soldado estrellaba su auxilio y su sangre ante un cielo inmovible cuya indiferencia por el rescate todavía era peor. Los gritos de los refugiados taladraban las paredes del solitario edificio y en su entraña se perdían sin asomarse al exterior. Había bastado un momento de ausencia justificada, esa rápida despedida a pie de puerta, para que la energía apostada en el ático penetrara en el reducto defensivo. Una fina capa de escombros amortajaba a los cautivos que luchaban por sobrevivir ignorantes del enemigo que acometía con saña y certera puntería; siguieron gritando, probablemente Dimeo el que más, ¿o eran los asesores del poder quienes a dúo clamaban por una reconsideración de la sentencia, una negociación de entrega pecuniaria en efectivo y al contado?; hasta que la esencia del miedo se fundió a la del dolor y la piel se hizo tiras, los cabellos hilachas, los huesos astillas, los humores charcos y la sangre coágulos sucios; hasta que la luz oscura renovó su sombra; hasta que las gargantas se quebraron con el último acorde del preciado instrumento; hasta la histeria que muerde y desgarró al culpable confeso por todo el daño hecho o no evitado; hasta que la nada imperó en el desierto. Pero Minos no iba a desistir mientras le quedara vida y a Minos lo único que le quedaba era una vida de asistencia



**Primera edición: 2011**

**Ediciones Vitruvio y Nostrum, n.º 607**

**ISBN: 978-84-15233-59-6**

**Depósito legal: M-48641-2011**